

CLARIVIDENCIA

El Poder de Ver Lo que se Halla Oculto



Charles Leadbeater

CLARIVIDENCIA

El Poder de Ver Lo que se Halla Oculto

Por

Charles Leadbeater

MARDETEOSOFIA.COM

Indice

[Lo que es Clarividencia](#)

[Clarividencia Simple](#)

[Clarividencia Parcial](#)

[Clarividencia en el Espacio](#)

[Clarividencia Semi Intencional](#)

[Clarividencia No Intencional](#)

[Clarividencia en el Tiempo: Pasado](#)

[Clarividencia en el Tiempo: Futuro](#)

[Métodos de Desarrollo](#)

[Una Vida Hechizada](#)

Lo que es Clarividencia

Clarividencia, literalmente, no significa otra cosa que “ver con claridad”, siendo una palabra que ha sido muy mal aplicada y degradada, hasta el punto de empleársela para describir las tretas de un saltimbanqui en un espectáculo de feria. Aun en un sentido más restringido abarca una gran variedad de fenómenos que difieren tanto en carácter, que no es fácil dar una definición de la palabra que a la vez sea exacta y sucinta. Ha sido llamada “visión espiritual”, pero no hay interpretación más errónea que ésta, pues en la mayor parte de los casos no existe facultad alguna relacionada con ella, que tenga el menor derecho a honrarse con nombre tan elevado.

Al objeto de este trabajo pondríamos quizá definida como el poder de ver lo que se halla oculto a la mirada física ordinaria. Conviene igualmente exponer desde luego que con mucha frecuencia (aunque de ningún modo siempre) está acompañada de lo que se llama la clariaudiencia o el poder de oír lo que es imperceptible para el oído físico ordinario; por lo que, para nuestro objeto, consideraremos el título nuestro libro como comprensión también de esta facultad, a fin de evitar lo pesado de usar constantemente dos palabras largas cuando basta con una.

Los fenómenos de la clarividencia difieren tanto, así en carácter como en grado, que no es muy fácil decidir el modo más satisfactorio de clasificarlos. Pudiéramos, por ejemplo, ordenarlos con arreglo a la clase de vista empleada, esto es, ya sea devachánica, astral o meramente etérica. Pudiéramos dividirlos con arreglo a la capacidad del clarividente, tomando en consideración si había sido o no educado; si su visión era regular y estaba bajo su dominio, o espasmódica e independiente de su voluntad, si la podía ejercitar solamente bajo la influencia magnética, o si esta ayuda no le era necesaria; si podía usar su facultad en estado de vigilia en el cuerpo físico, o si sólo se manifestaba cuando estuviese temporalmente fuera del cuerpo dormido o en trance.

Todas estas distinciones son de importancia, y tendremos que

tomarlas en consideración a medida que avancemos; pero quizá después de todo, la clasificación más útil sea una semejante a la que adoptó Sinnett en su libro Racionales del Mesmerismo, libro que, dicho sea de paso, deberían leer todos los estudiantes de clarividencia.

Nota: Alfred Percy Sinnett (1840-1921), fue un teósofo y periodista inglés.

Cuando lleguemos, pues, a tratar de los fenómenos, los ordenaremos más bien con arreglo a la dirección de la visión empleada que al plano en que se ejercite, de manera que podremos agrupar los ejemplos de clarividencia bajo denominaciones como las siguientes:

1. Clarividencia simple: esto es una mera facultad de ver, que permite a su poseedor distinguir las entidades astrales o etéricas que se hallen a su alrededor, pero que no comprende el poder de observar, ya sea sitios distantes o escenas pertenecientes a otro tiempo que al presente.

2. Clarividencia en el espacio: la facultad de ver escenas o sucesos a distancia del vidente, y aún demasiado alejados para la observación ordinaria, u ocultos por objetos intermedios.

3. Clarividencia en el tiempo: esto es la facultad de ver objetos o sucesos alejados del vidente por el tiempo, o en otras palabras, el poder de ver en el pasado o en el porvenir. Antes, sin embargo, de emprender útilmente una más detallada explicación, es necesario que dediquemos un poco de tiempo a algunas consideraciones preliminares, a fin de que tengamos bien presente algunos hechos generales respecto de los diferentes planos en que puede ejercitarse la visión clarividente, y las condiciones que hacen posible su ejercicio.

Se nos asegura constantemente en la literatura teosófica, que todas estas elevadas facultades serán muy pronto la herencia de la humanidad en general, que la facultad de la clarividencia, por ejemplo, existe latente en todos, y que aquellos en quienes se manifiesta ya, se encuentran sencillamente, en lo que a este punto se refiere, un poco delante de los demás. Ahora bien: esta afirmación es verdadera, y sin embargo parece muy vaga y muy poco real a la mayor parte de la gente, sólo porque consideran semejante facultad con lo algo absolutamente distinto de todo lo que hasta ahora han experimentado,

y se sienten bien seguros de que, por lo menos ellos, no se encuentran a una distancia de posible apreciación de su desarrollo.

Puede ayudar a desvanecer este sentimiento de falta de realidad, el tratar de comprender que la clarividencia, como otras tantas cosas de la naturaleza, es principalmente cuestión de vibraciones; y que después de todo, no es más que una extensión mayor de los poderes que todos estamos usando en nuestra vida diaria. Vivimos rodeados de un vasto océano de aire y éter mezclados, este último compenetrando al primero como lo hace con toda la materia física; y principalmente por medio de las vibraciones en este vasto mar de materia es cómo llegan a nosotros desde afuera las impresiones. Esto lo sabemos todos; pero es posible que a muchos de nosotros no se nos haya ocurrido que el número de estas vibraciones, a las cuales podemos responder, es en realidad casi infinitesimal.

Entre las extremadamente rápidas vibraciones que afectan el éter, hay cierta pequeña sección -pero muy pequeña- a la que puede responder la retina del ojo humano; y estas vibraciones particulares producen en nosotros la sensación que llamamos luz, esto es, podemos ver únicamente aquellos objetos de los cuales emana o es reflejada una luz de esta clase particular.

Exactamente del mismo modo el tímpano del oído humano es capaz de responder a una limitadísima esfera de vibraciones relativamente lentas -lo bastante lentas para afectar el aire que nos rodea-, por lo que los únicos sonidos que podemos oír, son los producidos por objetos que pueden vibrar de algún modo dentro de esa esfera especial.

En ambos casos, es cosa bien sabida de la ciencia que hay un gran número de vibraciones, así por encima como por debajo de estas dos secciones, y que, por tanto, hay mucha luz que no podemos ver, y muchos sonidos que nuestros oídos no perciben. En el caso de la luz, la acción de estas vibraciones más altas y más bajas que las perceptibles es fácil de distinguir en los efectos producidos por los rayos actínicos en un extremo del espectro y los rayos calóricos en el otro.

Es un hecho positivo que existen vibraciones de todos los grados de rapidez que sea posible imaginar, que llenan todo el vasto espacio que

media entre las ondas lentas y las rápidas; ni es esto todo: pues indudablemente hay vibraciones más lentas que las del sonido, y toda una infinidad de ellas que son más rápidas que las que conocemos como luz. Así hemos principiado a comprender que los grados de vibración por medio de los cuales vemos y oímos, son tan sólo como dos diminutos grupos de unas pocas cuerdas escogidas de un arpa colosal, de extensión prácticamente infinita, y cuando pensamos en lo mucho que hemos podido aprender e inferir con el uso de estos dos diminutos fragmentos, entrevemos vagamente qué posibilidades pueden existir ante nosotros si pudiéramos utilizar el vasto y maravilloso todo.

Otro hecho que hay que considerar en este punto, es que seres humanos diferentes varían de una manera considerable, aunque dentro de límites relativamente reducidos, en su poder de responder aun a las escasísimas vibraciones que se hallan al alcance de nuestros sentidos físicos. No me refiero con esto a la agudeza de la vista o el oído, que permite a un hombre distinguir un objeto o percibir un sonido que otro no ve ni oye; no se trata en modo alguno de fuerza de visión, sino de extensión de susceptibilidad.

Por ejemplo, tómese un buen prisma de bisulfito de carbono, y por su medio fíjese un espectro claro en una hoja de papel blanco; y luego que un número de personas marque en el papel los límites extremos del espectro que cada una perciba, y con seguridad se verá que su poder de visión difiere de un modo apreciable. Algunos verán que el violeta se extiende mucho más allá que lo que la mayoría percibe; otros quizá verán bastante menos que la mayor parte, al paso que ganan una extensión correspondiente de visión en el extremo rojo. Unos pocos habrá, quizá, que puedan ver más allá de lo ordinario en ambos extremos, y éstos serán, casi seguramente, los que llamamos sensitivos, sensibles, en una palabra, a una escala más vasta de vibraciones que la mayor parte de la gente de hoy día.

Respecto del oído puede comprobarse la misma diferencia, escogiendo un sonido que no sea todo lo bastante alto para ser perceptible -por decido así, en el límite preciso de la perceptibilidad- y descubrir cuántos, entre un determinado número de personas, pueden

oído. El plañido de un murciélago es un ejemplo familiar de un sonido semejante, y la experiencia demostrará que en una noche de verano, cuando todo el aire está lleno de sus gritos sutiles, mucha gente no se da cuenta de ello y no pueden oír absolutamente nada.

Ahora bien, estos ejemplos demuestran seguramente que no se puede fijar un límite al poder del hombre para responder a las vibraciones etéricas y aéreas, sino que hay algunos que tienen esta facultad mucho más desarrollada que otros; y hasta pudiera observarse que este poder en el mismo hombre varía en diferentes ocasiones. No hay, pues, dificultad en suponer la posibilidad de que un hombre desarrolle esta facultad y aprenda con el tiempo a ver y oír mucho que es invisible e inaudible para los demás; pues sabemos muy bien que existen efectivamente un número enorme de estas vibraciones adicionales, que, por decido así, están aguardando a ser reconocidas.

Los experimentos con rayos X (o Roentgen) nos presentan un ejemplo de los sorprendentes resultados que se producen cuando unas pocas de estas vibraciones adicionales son traídas dentro de la esfera del conocimiento humano; y la transparencia, por medio de estos rayos, de muchas sustancias consideradas hasta entonces como opacas, nos muestra desde luego, por lo menos, un modo de poder explicar la clarividencia elemental, que implica la lectura de una carta dentro de una caja cerrada, o el describir las personas que se hallan en una habitación próxima. El aprender a ver por medio de los rayos Roentgen, además de los que se emplean generalmente, sería lo bastante para que cualquiera pudiese ejecutar una proeza de magia de este orden.

Hasta aquí sólo hemos tratado de un desarrollo de los sentidos puramente físicos del hombre; y cuando recordamos que el cuerpo etérico del hombre, sólo es en realidad la parte más fina de la forma física, y que, por tanto, todos los órganos de los sentidos contienen una gran cantidad de materia etérica de varios grados de densidad, cuyas facultades están todavía prácticamente latentes en la mayor parte de nosotros, veremos que aun limitándonos sólo a esta clase de desarrollo, hay grandes posibilidades de todas clases, que empiezan ya

a mostrarse ante nosotros.

Pero además, y más allá de todo esto, sabemos que el hombre posee un cuerpo astral y un cuerpo mental, cada uno de los cuales pueda ser puesto en actividad con el tiempo, y que responderán a su vez a las vibraciones de la materia de su respectivo plano, abriendo así, ante el Ego, a medida que aprende a funcionar por su medio, dos mundos completamente nuevos, mucho más vastos en conocimiento y en poder. Ahora bien, estos mundos nuevos, aunque nos rodean y se compenetran libremente, no hay que suponerlos distintos y sin conexión alguna en su sustancia, sino más bien fundidos uno en otro, formando lo astral inferior una serie directa con lo más elevado de lo físico, así como lo inferior mental forma a su vez una serie directa con lo superior astral. No se nos pide que nos imaginemos alguna nueva y rara clase de materia, sino simplemente considerar la clase física ordinaria como subdividida mucho más sutilmente, y vibrando con tanta mayor rapidez que nos conduce a lo que prácticamente son estados y cualidades por completo nuevos.

De este modo, pues, no nos es difícil comprender la posibilidad de un desarrollo constante y progresivo de nuestros sentidos; de manera que lo mismo con la vista que con el oído podamos apreciar vibraciones mucho más altas y más bajas que las reconocidas ordinariamente. Una gran parte de estas vibraciones pertenecen aún al plano físico, y solamente nos permitirán obtener impresiones de la parte etérica de este plano, que en la actualidad es un libro cerrado para nosotros. Tales impresiones pueden todavía recibirse con la retina del ojo; por supuesto que afectarán más bien la materia etérica que la sólida; pero sin embargo podemos considerarlas como afectando tan sólo a un órgano apropiado para recibirlas, y no a toda la superficie del cuerpo etérico.

Hay, sin embargo, algunos casos anormales, en los cuales otras partes del cuerpo etérico responden a estas vibraciones adicionales, tan prontamente y hasta con mayor prontitud que los ojos. Semejantes excepciones se explican de varios modos, pero principalmente como efectos de algún desarrollo parcial astral; pues se verá que las partes sensitivas del cuerpo corresponden casi invariablemente a uno u otro

de los chakras o centros de vitalidad en el cuerpo astral. y aun cuando, si la conciencia astral no está desarrollada, estos centros que para nada sirven en su plano propio, son, sin embargo, lo bastante poderosos para estimular a una actividad más sutil la materia etérica que compenentran. Cuando se trata de los sentidos astrales mismos, los métodos de funcionamiento son muy distintos. El cuerpo astral no tiene órganos de sensación especiales, sino que si en alguna parte de él choca una vibración dentro de los límites de su fuerza de cognición, responde a tal vibración, y el resultado será el ver o el oír, según sea el caso. De manera que una persona, al usar la visión astral, no tiene necesidad de volverse y de mirar un objeto, sino que lo puede ver igualmente por detrás o de costado; al paso que si usa la vista etérica está en la misma situación, en lo que a este punto se refiere, que un hombre que viese físicamente del modo ordinario.

Por otra parte, la visión del plano devachánico o mental es totalmente diferente, pues en este caso ya no se puede hablar de sentidos separados, tales como la vista y el oído, sino más bien de un sentido general que responde. tan perfectamente a las vibraciones que a él llegan, que cuando cualquier objeto se pone al alcance de su conocimiento, lo comprende en el acto por completo; pues, por decido así, lo ve, lo oye, lo siente y sabe cuánto hay que saber respecto de él por una sola e instantánea operación. Sin embargo, hasta esta maravillosa facultad difiere tan sólo en grado y no en especie de las que actualmente disponemos, pues en el plano mental, lo mismo que en el físico, las impresiones se perciben por medio de vibraciones que, partiendo del objeto, se dirigen al vidente.

En el plano búdico nos encontramos por primera vez con una nueva facultad que no tiene nada de común con aquellas de que nos hemos ocupado, pues allí el hombre conoce los objetos de un modo completamente distinto, en el cual no toman parte las vibraciones externas. El objeto se convierte en una parte de sí mismo, y lo estudia desde dentro en lugar de desde fuera. Pero con este poder no está relacionada la clarividencia ordinaria.

El desarrollo, ya sea completo o parcial, de cualquiera de estas facultades, se halla bajo nuestra definición de la clarividencia -el poder

de ver lo que está oculto a la vista física ordinaria-. Pero esta facultad puede desenvolverse de varios modos, y convendría decir algunas palabras acerca de ellos.

Presumimos que, si fuera posible que un hombre viviese aislado, durante su evolución, de todo lo que no fuera las influencias externas más apacibles, y que se desenvolviere desde un principio de un modo perfectamente regular y normal, desarrollaría también sus sentidos con regularidad. Sus ojos físicos extenderían gradualmente su campo de acción hasta llegar a responder a todas las vibraciones físicas, tanto de la materia densa como de la etérica; después, en serie ordenada, vendría la sensibilidad de la parte más grosera del plano astral, a la que pronto sucedería la más fina, hasta que a su debido tiempo la facultad devachánica se presentaría a su vez.

En la vida real, sin embargo, apenas se conoce semejante desarrollo regular, y muchos hombres tienen a veces vislumbres de la conciencia astral, sin haber poseído jamás la visión etérica. y esta irregularidad en el desarrollo es una de las causas principales de la extraordinaria propensión al error en asuntos de clarividencia; propensión que no hay medio de evadir sino por un largo curso de cuidadosos ejercicios bajo la dirección de un maestro experto.

Los estudiantes de la literatura teosófica saben muy bien que existen tales maestros; que aun en este materialista siglo es todavía verdad el antiguo dicho de que *“cuando el discípulo está pronto, el Maestro lo está también”*, y que *“en el templo del saber, cuando sea capaz de entrar en él, el discípulo encontrará siempre a su Maestro”*. También saben que sólo con un guía así puede un hombre desarrollar sus poderes latentes sin peligro y con seguridad, pues saben cuán fatalmente fácil es que el clarividente inexperto se engañe respecto del sentido y valor de lo que ve, o que desnaturalice por completo su visión al transportarla a la conciencia física.

No se sigue de esto que el discípulo que recibe una instrucción regular en el uso de los poderes ocultos, vea éstos desenvolverse exactamente del modo ordenado que antes hemos indicado como ideal probable. Su progreso anterior puede que no haya sido de naturaleza tal que sea esta senda la más fácil o deseable para él; pero en todo caso

se halla entre las manos de alguien perfectamente competente para guiarle en su desenvolvimiento espiritual, y se apoya en la firme seguridad de que el camino por donde le llevan debe ser el que más le conviene.

Otra gran ventaja que adquiere, es que dominará definitivamente cualquiera facultad que obtenga, la cual podrá usar por completo y constantemente siempre que la necesite para su obra teosófica; al paso que si se trata de un hombre inexperto, semejantes poderes sólo se manifiestan de un modo muy parcial y espasmódico; y van y vienen aparentemente según quieren.

Puede objetarse, con razón, que si la clarividencia es, como se ha dicho, parte del desarrollo oculto de un hombre, y por tanto una señal de cierto progreso en esta senda, parece extraño que sea a menudo propiedad de gentes primitivas o de personas ignorantes e incultas entre nosotros, que evidentemente son muy poco desarrolladas desde cualquier punto de vista que se las considere. No hay duda que esto es sorprendente a primera vista; pero el hecho es que la sensibilidad del hombre primitivo, vulgar ignorante, no es, en realidad, lo mismo que la facultad del individuo debidamente educado, ni tampoco la ha adquirido del mismo modo.

Una explicación exacta y detallada de esta diferencia nos conduciría al tecnicismo más bien recóndito, pero quizá pueda obtenerse una idea general de la distinción entre ambos, con un ejemplo tomado del plano más ínfimo de la clarividencia en. muy próximo contacto con el físico denso. El doble etérico del hombre está en estrechísima relación con su sistema nervioso; y cualquier clase de acción en uno de ellos, reacciona inmediatamente en el otro. Ahora bien: en la aparición esporádica de la vida etérica en el hombre primitivo, ya sea del África Central o de la Europa Occidental, se ha observado que la alteración nerviosa correspondiente se halla casi por completo en el sistema simpático, y que todo el asunto está fuera del dominio del individuo; es, en una palabra, una especie de sensación maciza que pertenece vagamente a todo el cuerpo etérico, más bien que una percepción definida y exacta de los sentidos comunicada por un órgano especial.

Como en las razas ulteriores y en un desarrollo más elevado, las

energías del hombre toman una parte cada vez mayor en la evolución de las facultades mentales, esta sensibilidad vaga desaparece generalmente; pero más tarde aún, cuando el hombre espiritual principia a desenvolverse, vuelve a obtener su poder de clarividencia. Esta vez, sin embargo, la facultad es precisa y exacta, bajo el dominio de la voluntad del hombre, y ejercida por medio de un órgano definido; siendo de notar que cualquiera acción nerviosa en simpatía con él, se encuentra ahora casi exclusivamente en el sistema cerebroespinal.

Algunas veces suele suceder que le sobrevienen al hombre de elevada cultura y de mente espiritual, ráfagas de clarividencia, aun cuando no haya oído jamás cosa alguna acerca de la posibilidad de ejercitar semejante facultad. En este caso, tales ráfagas significan generalmente que se está aproximando a ese estado de su evolución en que estos poderes empiezan a manifestarse naturalmente, y su aparición debe servir como un estímulo más para esforzarse en sostenerse en la senda elevada de la pureza moral y equilibrio mental, sin los cuales la clarividencia es más bien una maldición que no una dicha para su poseedor.

Entre los que son completamente insensibles y los que se hallan en posesión del poder clarividente, hay muchos grados intermedios. Entre ellos merece alguna atención ese grado en que el individuo, aunque carece de la facultad de la clarividencia en la vida ordinaria, la exhibe, sin embargo, más o menos completa, bajo la influencia del magnetismo. Este es un caso en el cual la naturaleza psíquica es ya sensible, pero en el que la conciencia no es todavía capaz de funcionar en ella en medio de las múltiples distracciones de la vida física. Necesita ponerse en libertad por la impresión temporal de los sentidos externos en el sueño magnético, antes de que pueda usar las facultades más divinas que precisamente principien a alborear en ella. Por supuesto, aun en el sueño magnético hay innumerables grados de lucidez, desde el sujeto ordinario sin inteligencia alguna, hasta el hombre cuyo poder de visión se halla por completo bajo el dominio del operador, quien puede dirigido adonde quiere, o hasta el grado todavía más avanzado en el cual, cuando la conciencia está libre, se escapa por

completo del poder del magnetizador y se eleva a campos de visión exaltada en donde se halla completamente fuera de su alcance.

Otro paso en la misma senda es aquel en que no es necesaria una supresión tan perfecta de lo físico, como la que tiene lugar en el sueño hipnótico, sino que la facultad de la vista supra-normal, aunque no se manifiesta durante el estado de vigilia, se hace posible cuando el cuerpo se encuentra entregado al sueño ordinario. En este estado de desarrollo estaban muchos de los profetas y videntes de quienes leemos que fueron “avisados por Dios en un sueño”, o que se comunicaban con seres mucho más elevados que ellos en las silenciosas vigilias de la noche.

La gente más culta de las razas evolucionadas, posee hasta cierto punto este desarrollo, esto es, los sentidos del cuerpo astral se hallan en completa actividad y son perfectamente capaces de recibir impresiones de objetos y entidades de su propio plano. Mas para que este hecho les sea de algún modo útil aquí abajo en el cuerpo físico, son necesarios, generalmente, dos cambios: primero, que el ego sea despertado a las realidades de aquel plano e inducido a salir de la crisálida formada por sus propios pensamientos del estado de vigilia, y mire a su alrededor para observar y aprender; y segundo, que la conciencia se conserve de tal modo a la vuelta del ego al cuerpo físico, que pueda imprimir en su cerebro físico el recuerdo de lo que ha visto o aprendido.

Si ha tenido lugar el primero de estos cambios, entonces el segundo tiene poca importancia, toda vez que el ego, el hombre verdadero, podrá aprovecharse de lo que aprenda en aquel plano, aun cuando no tenga la satisfacción de aportar a la vida física ningún recuerdo de ello.

Los estudiantes preguntan a menudo cómo empezará a manifestarse en ellos por primera vez esta facultad de la clarividencia; cómo pueden conocer cuándo han alcanzado el estado en el cual principien a ser visibles las primeras vagas manifestaciones. Los casos difieren de tal modo, que es imposible dar a esta pregunta una respuesta que sea universalmente aplicable.

Algunos principian, por decido así, por una zambullida, y bajo un

estímulo anormal pueden en aquel preciso momento ver alguna visión sorprendente; y muy a menudo, en este caso, dado que la experiencia no se repite, el vidente llega con el tiempo a creer que ha debido ser víctima de una alucinación. Otros principian por tornarse conscientes, pero con intermitencias, de los brillantes colores y vibraciones del aura humana; otros se aperciben de que con frecuencia cada vez mayor ven y oyen algo para lo que están ciegos y sordos los demás; otros, también, ven caras, paisajes o nubes de colores flotando en la oscuridad antes de dormirse, al paso que quizá la experiencia más común de todas, es aquella de los que principien a recordar con más y más claridad lo que han visto y oído en otros planos durante el sueño.

Habiendo, hasta cierto punto, despejado las nebulosidades del asunto, podemos pasar a considerar los diversos fenómenos de la clarividencia bajo las tres denominaciones que hemos mencionado.

Clarividencia Simple

Hemos definido ésta como un mero principio de visión etérica o astral, que permite a su poseedor ver lo que haya a su alrededor en estos planos, pero que generalmente no está acompañada del poder de ver a gran distancia, ni de leer el pasado ni el porvenir. No es posible excluir por completo estas últimas facultades; porque la visión astral tiene necesariamente una extensión mucho mayor que la física, y porque de vez en cuando se presentan cuadros del pasado y el porvenir, hasta a los clarividentes que no saben cómo buscarlos especialmente; pero sin embargo, existe una verdadera diferencia entre tales vislumbres accidentales y el poder definido de proyección.

Entre las personas sensitivas, vemos gentes de todos grados en esta clase de clarividencia; desde el hombre que recibe una impresión vaga que apenas merece el nombre de vista, hasta el que posee por completo la visión etérica o astral respectivamente. Quizás el método más sencillo para nosotros sea principiar por describir lo que es visible en el caso de este mayor desarrollo de la facultad, toda vez que los casos de su posesión parcial caerían naturalmente en su respectivo lugar.

Principiemos por la visión etérica. Ésta consiste simplemente, como ya se ha dicho, en ser susceptible a una serie de vibraciones físicas mucho mayor que la ordinaria, pero, sin embargo, su posesión presenta a la vista mucho, para lo cual la mayor parte de la humanidad está ciega todavía. Consideremos los cambios que su adquisición produce en el aspecto de los objetos familiares animados e inanimados, y veamos luego qué factores completamente nuevos nos presenta. Pero hay que tener presente que lo que voy a describir pertenece tan sólo a la posesión completa y el dominio perfecto de la facultad, y que la mayor parte de los casos que se encuentran en la vida real no se aproximan, ni con mucho, a tal resultado en ninguno de sus aspectos.

El cambio más sorprendente que se verifica en la apariencia de los objetos inanimados por la adquisición de esta facultad, es que la

mayor parte de ellos se hacen casi transparentes, debido a la diferencia en, la rapidez de las ondas en algunas de las vibraciones a que el hombre se ha hecho ahora susceptible. Se encuentra capaz de ejecutar con la mayor facilidad la proeza proverbial de “ver al través de una pared de ladrillo” pues para su nueva visión, la pared no parece tener mayor consistencia que la de una ligera niebla. Por tanto, puede ver lo que pasa en la habitación vecina, casi como si no existiese tal pared intermedia puede describir con exactitud el contenido de una caja cerrada, o leer una carta sellada, y con un poco de práctica, encontrar un pasaje dado en un libro cerrado. Este último hecho, si bien es sumamente fácil para la visión astral, presenta mucha dificultad para la vista etérica, a causa de la circunstancia de que hay que mirar cada página *al través* de todas las que tenga sobrepuestas.

A menudo se hace la pregunta de si en estas circunstancias el clarividente ve siempre con su vista anormal, o tan sólo cuando quiere. La contestación es, que si la facultad está perfectamente desarrollada, estará por completo bajo su dominio; de suerte que puede usar ésta o la visión ordinaria a voluntad. Pasa de una a otra con la misma prontitud y facilidad que nosotros cambiamos el foco de los ojos cuando desviamos la mirada de nuestro libro para seguir los movimientos de algún objeto a una milla de distancia. Es, como si dijéramos, enfocar la conciencia en uno u otro aspecto de lo que se ve; y aun cuando el individuo tenga claramente a la vista el aspecto en que por el momento haya fijado su atención, continuará también estando vagamente consciente del otro aspecto, lo mismo que cuando enfocamos nuestra vista en un objeto que tenemos en la mano, vemos, sin embargo, de un modo vago la pared opuesta de la habitación.

Otro cambio curioso que ocurre cuando se posee esta vista, es que el suelo sólido, sobre el que camina el individuo, se le hace hasta cierto punto transparente; de suerte que puede ver dentro del mismo hasta una profundidad considerable, de un modo semejante a como se ve en un estanque de agua muy clara. Esto le permite observar cualquier animal que esté trabajando bajo tierra, distinguir un filón de carbón o de metal que no esté a gran profundidad, y así sucesivamente.

El límite de la vista etérica, cuando se mira a través de la materia

sólida, parece que es análogo al que se alcanza cuando miramos a través del agua o de la niebla. No podemos pasar de cierta distancia, porque el medio a través del cual miramos no es por completo transparente.

También cambia considerablemente la apariencia de los objetos animados, para el hombre que ha aumentado hasta este punto su poder de visión. Los cuerpos de los hombres y de los animales son para él transparentes, de suerte que puede observar la acción de los diversos órganos internos, y hasta cierto punto diagnosticar algunas de sus enfermedades. Esta extensión de vista le permite también percibir, con más o menos claridad, varias clases de seres elementales, y otros cuyos cuerpos no son capaces de reflejar ninguno de los rayos dentro del límite del espectro que ordinariamente se ve.

Entre las entidades que de este modo se perciben, hay algunas de las clases inferiores de espíritus de la naturaleza, o aquellos cuyos cuerpos están constituidos por la materia etérica más densa. A esta categoría pertenecen casi todas las hadas, gnomos y duendes, acerca de los cuales hay aún tantas historias en las montañas escocesas e irlandesas, y en los lugares remotos en todo el mundo. El vasto reino de espíritus de la naturaleza es, en su mayor parte, un reino astral; pero no obstante, hay una sección grande del mismo que pertenece a la parte etérica del plano físico, y esta sección, por supuesto, es mucho más probable que se ponga dentro de la esfera de acción de algunos individuos que las otras. Ciertamente, cuando leemos los cuentos comunes de hadas, tropezamos con frecuencia con indicaciones de que se trata de esta especie de seres. Cualquier estudiante de esta clase de tradiciones, deberá recordar cuán a menudo se menciona un unguento o droga misteriosa, que al ser aplicada a los ojos del hombre, le permite ver los individuos del reino de las hadas cuando los encuentra. Este unguento y su resultado se mencionan con tanta frecuencia, y provienen de partes tan distintas del mundo, que sin duda debe haber alguna verdad en ello, como la hay siempre en toda tradición popular universal. Ahora bien: ninguna clase de unta en los ojos puede, en modo alguno, abrir la visión astral de un individuo, por más que ciertos unguentos, dados en todo el cuerpo, ayudan muchísimo al

cuerpo astral para poder abandonar el físico en plena conciencia; pero su aplicación al cuerpo físico puede fácilmente estimular su sensibilidad de tal modo, que lo haga susceptible a algunas de las vibraciones etéricas.

Esta clase de historias refieren con frecuencia cómo, algunas veces que el ser humano, con este unguento místico, ha podido ver una hada con su mayor poder de visión, ésta le ha golpeado o pinchado los ojos, con lo cual no sólo le ha privado de la vista etérica, sino también de la física más densa. (Véase *La Ciencia de los Cuentos de Hadas*, por Edwin Sidney Hartland).

Si la vista adquirida hubiese sido astral, semejante procedimiento hubiera sido inútil, porque ningún daño en el aparato físico puede afectar una facultad astral; pero siendo etérica la vista que la untura produjera, la destrucción del ojo físico ocasionaría en el acto la de aquélla en la mayor parte de los casos, puesto que es el mecanismo por cuyo conducto obra.

Otro hecho que también observaría pronto, sería su mayor extensión de vista en la percepción de los colores, pues vería colores completamente nuevos que no se parecerían en lo más mínimo a los del espectro que hoy conocemos, y por tanto, serían por completo indescriptibles en nuestro lenguaje actual. Y no sólo vería objetos nuevos con tales nuevos colores, sino que también se apercibiría de que el color de muchos objetos que le eran familiares se había modificado, según tuviesen o no algún matiz de estos nuevos colores mezclados con los antiguos. De suerte que dos tonos de color que para el ojo ordinario aparecerían armonizarse perfectamente, presentarían muchas veces matices diferentes para la vista más penetrante.

Hemos bosquejado ya algunos de los principales cambios que tendrían lugar en el mundo de un hombre al obtener la vista etérica; y debe tenerse siempre presente que, en la mayor parte de los casos, esto acarrearía a la vez un cambio correspondiente en sus demás sentidos, de suerte que podría oír y quizá hasta sentir más que la generalidad. Ahora bien, suponiendo que además de esto obtuviese la vista del plano astral, ¿qué otros cambios se observarían?

Estos cambios serían muchos y grandes; en una palabra, todo un mundo nuevo se abriría ante sus ojos. Consideremos brevemente sus

maravillas en el mismo orden que antes, y veamos primeramente que diferencia habría en la apariencia de los objetos inanimados. En este punto principiaré por citar una hábil contestación que se dio en El Vahan:

“Hay una marcada diferencia entre la vista etérica y la astral, siendo esta última la que parece corresponder a la cuarta dimensión.

La manera más fácil de comprender esta diferencia, es presentar un ejemplo. Si se mira un hombre con las dos vistas, empleando una después de otra, veréis en ambos casos los botones de atrás de su traje; sólo que con la vista etérica se verían a través de él, percibiéndose como más próximo a uno el frente anterior; pero si se mira astralmente, se verá, no sólo de este modo, sino también como si uno se hallara detrás del hombre a la vez que delante.”

Nota: El Vahan fue un periódico publicado por la prensa HPB en Londres de 1890 a 1920. Estaba subtítuloado, “Un vehículo para el intercambio de noticias y opiniones teosóficas”.

O bien si se mira etéricamente un cubo de madera con escritos en todos sus lados, sería lo mismo que si el cubo fuera de cristal; de modo que se vería a través de él y se distinguirían las letras en el lado opuesto, todas por detrás, al paso que las de la derecha e izquierda no serían claras, a menos de cambiar de sitio, porque se verían de perfil. Pero mirando astralmente se verían todos los lados a la vez, y todo derecho, como si el cubo hubiese sido aplanado ante uno, viéndose también cada partícula del interior, pero no a través de las demás, sino como si estuviesen en el mismo plano se las miraría desde una nueva dirección en ángulo recto, con todas las direcciones que conocemos.

Si se mira etéricamente un reloj por detrás, se verán al través todas las ruedas, y las caras respectivas de éstas *al través de las mismas*, pero por detrás; pero mirando astralmente, se verán las caras de forma directa y todas las ruedas separadamente, pero nada en los extremos de nada.

Aquí tenemos desde luego la Clave, el factor principal del cambio; el hombre mira todas las cosas desde un punto de vista absolutamente nuevo, completamente fuera de todo lo que hasta entonces hubiera imaginado. No tendrá la más ligera dificultad de leer cualquier página de un libro cerrado, porque no la ve al través de las otras páginas

sobrepuestas, sino que la mira directamente como si fuera la única página que hubiese que ver. La profundidad a que se hallase una vena de metal o de carbón, no constituiría una barrera a su vista, porque entonces no miraría a través de la profundidad intermedia de la tierra. El espesor de un muro o el número de muros que hubiesen entre el observador y el objeto, constituiría una notable diferencia para la claridad de la vista etérica, pero tal diferencia no existiría para la vista astral, porque en el plano astral los muros no intervendrían entre el observador y el objeto. Naturalmente, esto suena paradójico e imposible, y es por completo inexplicable para la mente que no está especialmente educada para comprender la idea; sin embargo, no es por esto menos absolutamente cierto.

Esto nos lleva derechamente en medio de la enfadosa cuestión de la cuarta dimensión, asunto del mayor interés, aunque no pretendemos discutirlo en el espacio de que disponemos. Los que deseen estudiar lo como merece, se les recomienda principiar con *Romances Científicos*, por Charles Howard Hinton, o *Otro Mundo*, del doctor A. T. Schofield, y seguir luego con la obra más extensa del primero, *Una Nueva Era de Pensamiento*. Hinton no sólo pretende poder él mismo asir mentalmente algunas de las formas más sencillas de cuatro dimensiones, sino que también declara que cualquiera que se tome el trabajo de seguir sus instrucciones, puede también, con perseverancia, adquirir igualmente esta comprensión mental. No estoy seguro de que esta posibilidad se halle al alcance de todos, según él cree, porque me parece que se requiere considerable habilidad matemática; pero sí puedo, en todo caso, afirmar que me consta que el “tesseract” o cubo de cuatro dimensiones que describe, es una realidad por ser una figura muy familiar en el plano astral.

Sé que Madame Blavatsky, aludiendo a la teoría de la cuarta dimensión, ha expresado el parecer de que sólo era una manera tosca de expresar la idea de la completa permeabilidad de la materia, y que William T. Stead ha seguido el mismo método, presentando a sus lectores el concepto bajo el nombre de *through* (a través). Sin embargo, una investigación cuidadosa, detallada y muy repetida, parece demostrar de modo concluyente, que esta explicación no

abarca todos los hechos. Es una descripción perfecta de la visión etérica; pero la otra idea por completo diferente de la cuarta dimensión, según expone Hinton, es la única que presenta alguna explicación aquí abajo de los hechos constantemente observados de la visión astral. Por esta razón me aventuro a indicar deferentemente, que cuando Madame Blavatsky escribió lo que antecede se refería a la visión etérica y no a la astral, y que la gran propiedad de la frase aplicada a esta otra y superior facultad, en la cual no pensaba en aquel momento, no se le ocurrió. La posesión, pues, de este poder extraordinario y apenas expresable, debe siempre tenerse presente en todo lo que sigue. Expone cada punto del interior de todo cuerpo sólido absolutamente manifiesto a la mirada del vidente, del mismo modo que cada punto del interior de un círculo se halla manifiesto a la vista de la persona que lo mire.

Pero aún esto no es, en modo alguno todo lo que esta facultad concede a su poseedor, pues no sólo ve el interior lo mismo que el exterior de los objetos, sino también sus dobles astrales. Cada átomo y molécula del plano físico tiene su correspondiente átomo y molécula astral, y la masa que constituyen es claramente visible al clarividente. Generalmente, el astral de cualquier objeto se proyecta un poco fuera de la parte física, y así los metales, las piedras y demás están rodeados por un aura astral.

Se verá desde luego por esto, que aun para el estudio de la materia inorgánica, la adquisición de esta visión concede ventajas inmensas. No solamente se ve la parte astral del objeto que se mira, la cual se hallaba antes absolutamente oculta; no sólo se percibe muchísimo más que antes, acerca de su constitución física, sino que hasta lo que antes era visible, se ve entonces mucho más clara y fielmente. Un momento de consideración demostrará que esta nueva visión se aproxima mucho más a la verdadera percepción que la vista física. Por ejemplo, si se mira astralmente un cubo de cristal, sus lados se verán iguales, como sabemos que realmente son, al paso que en lo físico se ve el lado más lejano en perspectiva, esto es, parece más pequeño que el lado más próximo, lo cual es, por supuesto, una mera ilusión debida a las limitaciones físicas.

Cuando consideramos las demás facilidades que ofrece en la observación de los objetos animados, vemos aún más claramente las ventajas de la visión astral. Ella exhibe al clarividente el aura de las plantas y los animales, y por tanto, en lo que se refiere a estos últimos Sus deseos y emociones, y cualquier pensamiento que tengan, se presenta claro a sus ojos.

Pero tratándose de seres humanos es cuando podrá apreciar mejor el valor de esta facultad, pues muchas veces podrá ayudarlos mucho más eficazmente, guiándose por lo que por su medio aprende.

Podrá ver su aura hasta el cuerpo astral, y aunque las partes superiores de la misma sigan ocultas para él, sin embargo, le será posible, por medio de atenta observación, llegar a conocer mucho acerca de la parte superior por el estudio de la que está a su alcance. Su facultad de poder examinar el doble etérico le concede ventajas considerables para poder localizar y clasificar cualquier defecto o enfermedad del sistema nervioso, al paso que por la apariencia del cuerpo astral conocerá en seguida todas las emociones, pasiones, deseos y tendencias del hombre que tenga delante y aun de muchos que tenga en pensamiento.

Al mirar una persona, la verá rodeada por la niebla luminosa del aura astral, brillando con toda suerte de colores, y cambiando constantemente de matices y de brillo a cada variación de los pensamientos y sentimientos de la persona. Verá esta aura inundada del hermoso color rosado de los afectos puros, el rico azul del sentimiento de devoción, el pardo oscuro del egoísmo, el escarlata profundo de la cólera, el horrible rojo cárdeno de la sensualidad, el gris lívido del temor, las nubes negras del odio y la maldad, o cualquiera de las innumerables indicaciones tan fáciles de leer en ella por el ojo práctico; y así le sería imposible a cualquier persona el ocultarle el verdadero estado de sus sentimientos sobre cualquier asunto.

Estas diversas indicaciones del aura constituyen en sí un estado del más profundo interés, pero no dispongo aquí del espacio suficiente para ocuparme de ellas. En mi estudio *El aura*, se puede ver un relato algo más completo, y también hay otra obra más extensa sobre el

asunto.

Nota: El primero puede verse en “El Aura y los Anales Akáshicos” y la segunda se refiere al “El Hombre Visible e Invisible” por el mismo Autor.

No solamente demuestra el aura astral el resultado temporal de las emociones que pasan por ella en aquel momento, sino que también presenta, por la coordinación y proporción de sus colores, cuando se halla en estado de reposo relativo, la clave de la disposición general y carácter del individuo; pues el cuerpo astral es la expresión de cuanto el hombre manifiesta en ese plano, de modo que por lo que se ve en él, puede inferirse mucho más, perteneciente a planos superiores, con bastante certeza.

En este juicio del carácter, el clarividente es muy ayudado por todos los pensamientos de la persona que se manifiestan en el plano astral, y que, por consiguiente, caen bajo su percepción. La verdadera morada del pensamiento es el plano mental devachánico, y todo pensamiento se manifiesta, en primer término, allí como una vibración del cuerpo mental. Pero si de algún modo es un pensamiento egoísta o está relacionado de alguna manera con emociones o deseos, desciende inmediatamente al plano astral y se reviste de una forma visible de materia astral.

En la mayor parte de los hombres casi todos los pensamientos pertenecen a una de estas clases, de suerte que prácticamente toda su personalidad se presentará con claridad a la vista del vidente astral, puesto que sus cuerpos astrales y las formas de pensamientos que de los mismos radian constantemente, serían para él como un libro abierto, en el que estarían escritas sus cualidades características con tanto relieve, que hasta corriendo podrían leerse. Cualquiera que desee tener una idea del cómo se presentan las formas de pensamiento a la visión del clarividente, puede, hasta cierto punto, satisfacerse examinando las ilustraciones que acompañan a Formas de pensamiento, la obra que sobre el asunto publicó Annie Besant con mi colaboración.

Hemos visto algo de la alteración en la apariencia de los objetos, tanto animados como inanimados, cuando se les contempla con la visión astral completa, en lo que a este plano se refiere; consideremos

ahora qué objetos absolutamente nuevos se ven. El clarividente estará consciente de un lleno mucho mayor en la naturaleza en todas direcciones, pero lo que principalmente llamará su atención son los habitantes de este nuevo mundo. No podemos intentar, en el espacio de que disponemos, un relato detallado de ellos; para esto puede el lector dirigirse las obras [El Plano Astral](#) o [El Plano Mental](#). Aquí no podemos hacer más que enumerar sólo unas pocas clases de las vastas huestes de los habitantes astrales.

Le impresionarán las formas volubles de la incesante marea de esencia elemental, siempre girando a su alrededor, a menudo amenazadoras, pero, sin embargo, retirándose siempre ante un esfuerzo determinado de la voluntad; se quedará maravillado ante el enorme ejército de entidades, traídas temporalmente a la existencia por los pensamientos y deseos, ya buenos o malos, de los hombres. Observará las múltiples tribus de espíritus de la naturaleza, ya trabajando, ya jugando; algunas veces podrá estudiar con placer siempre creciente la magnífica evolución de algunos de los órdenes inferiores del glorioso reino de los Devas, que corresponden aproximadamente a la hueste angélica de la terminología cristiana.

Pero quizá será para él de interés aún más palpitante que todo esto, los habitantes humanos del mundo astral, y los cuales encontrará que se dividen en dos grandes clases: los que llamamos vivientes, y aquellos otros, en su mayor parte infinitamente más vivos, a quienes tan neciamente damos el nombre erróneo de muertos. Entre los primeros, verá aquí y allí alguno por completo despierto y consciente, enviado, quizás, a llevarle algún mensaje, o bien examinándole atentamente para ver qué progresos está haciendo; al paso que la mayor parte de sus vecinos, cuando están fuera del cuerpo físico durante el sueño, flotan vagamente, tan envueltos en sus propios pensamientos, que prácticamente están inconscientes de todo lo que pasa a su alrededor.

Entre la gran hueste de los muertos recientemente, verá todos los grados de conciencia e inteligencia, todos los matices de carácter, pues la muerte, que a nuestra visión limitada parece un cambio tan grande, en realidad no altera nada del hombre en sí. Al día siguiente de su

muerte es exactamente el mismo hombre que el día antes de ella, con la misma disposición, las mismas cualidades, las mismas virtudes y vicios, con sólo la diferencia de que no posee un cuerpo físico; pero la pérdida de este no hace de él, en modo alguno, un hombre distinto, porque es como si se hubiera quitado el gabán. Así pues, entre los muertos, nuestro estudiante verá hombres inteligentes y estúpidos, de corazón bondadoso o de genio áspero, serios y frívolos, de mente espiritual y de mente sensual, exactamente lo mismo que entre los vivos.

Puesto que no sólo puede ver los muertos, sino también hablarles, puede muchas veces serles muy útil, informándoles y guiándoles, lo cual es para ellos de capital importancia. Muchos de ellos se encuentran en un estado de profunda sorpresa y perplejidad, y algunas veces presa de gran desesperación, porque encuentran los hechos del otro mundo tan diferentes de las leyendas infantiles, que es todo lo que la religión popular en Occidente tiene que ofrecerles; y por tanto, el hombre que comprende estos hechos y puede explicárselos es indudablemente un amigo necesario.

De muchas otras maneras puede el hombre que posee por completo esta facultad ser útil a los vivos, así como a los muertos; pero sobre este aspecto de la cuestión ya he escrito en [Protectores Invisibles](#). Además de las entidades astrales, verá cadáveres astrales - sombras y cascarones en todos los estados de decadencia- pero esto basta con mencionarlo, porque el lector que desee un relato más detallado puede encontrarlo en el libro antes citado.

Otro resultado maravilloso que el completo goce de la visión astral proporciona al hombre, es que ya no sufre ninguna interrupción de conciencia. Cuando duerme, deja al cuerpo físico en el reposo que necesita, y mientras tanto marcha a sus asuntos en el mucho más cómodo vehículo astral. Al despertar, vuelve y penetra de nuevo en su cuerpo físico, pero sin ninguna pérdida de conciencia ni de memoria entre los dos estados, pudiendo así vivir, como si dijéramos, una vida doble, la cual, sin embargo, es una, y estar útilmente ocupado durante toda su existencia en lugar de perder la tercera parte de ella en la inconsciencia.

Otro extraño poder de que será poseedor (aun cuando su completo dominio pertenece más bien a la facultad devachánica, aún más elevada) es el de ver aumentada a voluntad la partícula física o astral más diminuta hasta el tamaño que quiera, como si empleara un microscopio, aunque no existe microscopio ni probablemente existirá jamás, que tenga ni siquiera la milésima parte de este poder psíquico aumentador. Por su medio se convierten en realidades visibles y vivientes para el estudiante ocultista la molécula y el átomo hipotéticos presupuestos por la ciencia, y por este examen más profundo encuentra que son mucho más complejos en su estructura que lo que el hombre científico ha podido hasta ahora suponer. También le permite seguir con minuciosa atención y el mayor interés todas las acciones eléctricas, magnéticas y otras asimismo etéricas; y cuando alguno de los especialistas en estos ramos de la ciencia pueda desarrollar el poder de ver estas cosas sobre las que se escribe tan fácilmente, podrán esperarse algunas revelaciones maravillosas y preciosas.

Este es uno de los *siddhis* o poderes que los libros orientales asignan al hombre que se dedica al desarrollo espiritual, aunque el nombre con que se le menciona no sea desde luego reconocible. Se le llama “el poder de hacerse uno grande o pequeño a voluntad” y la causa de una descripción que de un modo tan raro parece presentar los hechos al revés, es que en realidad la manera de ejecutar la proeza, es precisamente la indicada en estos antiguos libros. Usando un aparato visual temporal de una pequeñez inconcebible, es como el mundo de lo infinitamente se ve con claridad; y del mismo modo (o más bien de la manera contraria), aumentando temporalmente de un modo enorme el tamaño del aparato que se usa, es cómo se hace factible el aumentar el campo de nuestra vista -en el sentido físico, como en el moral- mucho más allá de lo que la ciencia ha podido jamás soñar como posible para el hombre. De modo que la alteración del tamaño reside en realidad en el vehículo de la conciencia del estudiante y no fuera de él; y el antiguo libro oriental, después de todo, ha expuesto el caso con más exactitud que nosotros.

La psicometría y la segunda vista *in excelsis*, serían también

facultades de que podría disponer el clarividente; pero de éstas se tratará con más propiedad bajo otra denominación, puesto que en casi todas sus manifestaciones comprenden la clarividencia así en el espacio como en el tiempo.

He indicado ya, aunque muy a *grosso modo*, lo que un estudiante ejercitado que poseyese la completa visión astral vería en el mundo inmensamente más extenso en el que esta visión le introduciría; pero no he dicho nada del cambio estupendo que en su actitud mental sucedería con la certeza adquirida por experiencia propia, de la existencia del alma, de su supervivencia: después de la muerte, de la acción de la ley del karma y de otros puntos de importancia capital. La diferencia hasta entre la convicción intelectual más profunda y el conocimiento preciso que se obtiene por la experiencia personal directa, hay que sentirla para poderla apreciar.

Clarividencia Parcial

Las experiencias de los clarividentes no ejercitados -y téngase presente que esta clase comprende todos los clarividentes europeos, excepto unos pocos- se quedan, por regla general, muy atrás de lo que he dicho; se quedan muy atrás de muchos modos diferentes, en grado, en variedad, en permanencia y, sobre todo, en precisión.

Algunas veces, por ejemplo, la clarividencia de una persona será permanente, pero muy parcial, extendiéndose tan sólo a una o dos clases de los fenómenos observables; se encontrará dotado de una parte solamente de visión superior, sin poseer aparentemente otros poderes de vista que debieran de un modo normal acompañarla o precederla. Por ejemplo, uno de mis más queridos amigos ha tenido toda su vida el poder de ver el éter atómico y la materia astral atómica, y de reconocer su estructura, tanto en la luz, como en la oscuridad, como compenetrando todo lo demás; sin embargo, sólo rarísimas veces ha visto entidades cuyos cuerpos están compuestos de éter inferior o de materia astral más densa, mucho más perceptibles, y en todo caso no puede verlos siempre. Sencillamente, se encuentra en posesión de esta facultad especial, sin ninguna razón aparente que lo explique, o relación alguna conocida con cualquier otra cosa; y fuera de probarle la existencia de estos planos atómicos y demostrarle su arreglo, es difícil comprender para qué cosa especial le sirve en la actualidad. Sea como quiera, tal es el hecho, y es una garantía de cosas más grandes futuras, de otros poderes que aún esperan desarrollo.

Hay muchos casos parecidos, parecidos, quiero decir, no en la posesión de esta forma particular de vista (que es única en mi experiencia), sino en que demuestran el desarrollo de una pequeña parte especial de la visión completa y clara del plano astral y etérico. De diez casos, sin embargo, de esta clarividencia parcial, en nueve habrá también falta de precisión, esto es, habrá mucha parte de impresión vaga y de inferencia en lugar de la definición concreta y clara y de la certeza del hombre ejercitado. Ejemplos de esta clase se ven constantemente con especialidad entre aquellos que se anuncian

como “clarividentes probados para negocios”.

Luego hay también los que son sólo clarividentes temporales, bajo ciertas condiciones especiales. Entre éstos hay varias subdivisiones: algunos pueden reproducir el estado de clarividencia a voluntad colocándose en las mismas condiciones, mientras que a otros les ocurre esporádicamente, sin relación alguna observable con las circunstancias; y a otros suele suceder que la facultad sólo se muestra una o dos veces en el curso de toda su vida.

A la primera de estas subdivisiones pertenecen los que son clarividentes sólo en el sueño magnético, fuera del cual son incapaces de oír ni de ver nada anormal. Éstos pueden a veces alcanzar grandes alturas de conocimiento; pero cuando esto sucede, es porque están pasando por un curso de educación regular, aunque por alguna razón no pueden aún libertarse sin ayuda del peso abrumador de la vida terrestre.

En la misma clase podemos colocar aquellos -en su mayor parte orientales- que adquieren alguna vista temporal sólo bajo la influencia de ciertas drogas, o por medio de la ejecución de ciertas ceremonias. Estos últimos se hipnotizan algunas veces por la repetición de las ceremonias, y en este estado se hacen clarividentes hasta cierto punto, pero lo más común es simplemente quedar reducidos a un estado pasivo, en el cual alguna otra entidad puede obsesionarle y hablar por su medio. Algunas veces sus ceremonias no tienen por objeto afectarlo a él mismo, sino el invocar alguna entidad astral que le da la información deseada; pero, por supuesto, éste es un caso de magia y no de clarividencia. Tanto las drogas como las ceremonias son métodos que a todo trance deben evitarse por todo el que desee llegar a la clarividencia en su aspecto superior. El sanador del África Central o médico-brujo y los siameses tártaros son buenos ejemplos de este tipo.

Los que sólo ocasionalmente han poseído cierto poder clarividente sin intervención de su propio deseo, han sido muchas veces personas histéricas o sumamente nerviosas, en quienes esta facultad viene a ser en gran parte uno de los síntomas de la enfermedad. Su aparición demuestra que el vehículo físico se ha debilitado hasta tal punto, que

ya no ofrece obstáculo alguno a la manifestación de un poder de visión etérica o astral. Un ejemplo extremo de esta clase es el hombre que se alcoholiza hasta el *delirium tremens*, y en este estado de absoluta ruina física y de excitación psíquica impura, ocasionada por los estragos de esta horrible enfermedad, puede ver por el momento algún asqueroso elemental y otras entidades, las cuales ha atraído a su alrededor por el abuso de su vicio degradante y bestial. Hay también otros casos en que este poder de visión ha aparecido y desaparecido sin relación alguna aparente con el estado de la salud física; pero parece probable que aun en éstos, si hubiesen podido observarse con toda minuciosidad, se hubiera visto alguna alteración en el estado del doble etérico.

Aquellos que sólo pueden contar un solo ejemplo de clarividencia en toda su vida, son difíciles de clasificar en todas sus diferencias, a causa de la gran variedad de las circunstancias que han contribuido a ello. Hay muchos entre ellos que han pasado por tal experiencia en algún momento supremo de la vida, cuando es comprensible que haya podido haber una exaltación temporal de las facultades, lo cual sería suficiente para explicar el fenómeno. Otros hay, dentro de esta misma clase, para quienes el caso único ha consistido en ver una aparición, siendo lo más común que ésta haya sido la de un amigo o un pariente en el momento de la muerte. Dos interpretaciones se presentan ante nosotros en este caso, y en ambas es la fuerza impulsora un fuerte deseo del difunto. Esta fuerza puede haberle permitido materializarse por un instante, en cuyo caso, por supuesto, no hay necesidad de clarividencia; o lo que es más probable, puede haber obrado magnéticamente sobre el vidente, entorpeciendo por el momento su sensibilidad física y estimulando las superiores. En ambos casos la visión es el resultado de un incidente, y no se repite por la sencilla razón de que las condiciones necesarias tampoco se repiten.

Queda, sin embargo, en esta clase un resto irresoluble de casos en los cuales sólo ocurre un único ejemplo de indudable clarividencia en circunstancias que nos parecen por completo triviales y sin interés. Acerca de estos casos sólo podemos formar hipótesis; las condiciones directas no están, evidentemente, en el plano físico, y antes de poder

emitir una opinión cierta, sería necesaria la investigación de cada caso. En algunos de ellos ha resultado que una entidad astral ha estado intentando comunicarse, no habiendo conseguido más que transmitir algún detalle sin importancia de un asunto, sin que lo más útil del mismo haya podido penetrar en la conciencia del sujeto.

En la investigación de los fenómenos de la clarividencia se encontrarán todos estos diversos tipos y muchos otros, y seguramente se presentarán también cierto número de casos de meras alucinaciones, los cuales deben eliminarse con cuidado de la lista de ejemplos. El que se dedica al estudio de este asunto necesita una dosis inextinguible de paciencia y de firme perseverancia; pero si continua el tiempo necesario principiará a distinguir confusamente el orden tras del caos, hasta que de un modo gradual adquiere alguna idea de la gran ley bajo la cual marcha toda la evolución. Le ayudará mucho en sus esfuerzos el adoptar el orden que nosotros acabamos de seguir aquí, esto es, tomarse primeramente el trabajo de familiarizarse, en cuanto le sea posible, con los hechos efectivos concernientes a los planos en los cuales se manifiesta la clarividencia ordinaria. Si quiere aprender lo que realmente hay que ver con la vista etérica y astral, y cuáles son sus limitaciones respectivas, tendrá entonces una regla para medir los casos que observe. Dado que todos los ejemplos de vista parcial tienen necesariamente que encontrar su sitio apropiado en este cuadro, si tiene el bosquejo de todo el esquema en su cabeza encontrará relativamente fácil, con un poco de práctica, el clasificar los ejemplos que se le presenten.

No hemos dicho nada todavía acerca de las posibilidades aún más maravillosas de la clarividencia en el plano devachánico, ni en verdad es necesario decir mucho de ello, toda vez que es sumamente improbable que el investigador encuentre jamás ejemplo alguno de tal facultad, a no ser entre discípulos debidamente ejercitados en las escuelas más elevadas de ocultismo. Para éstos se abre otro mundo mucho más vasto que todos los inferiores -un mundo en el cual todo lo que podamos imaginar de más glorioso y esplendente es lo más común de la existencia-. [En El Plano Astral](#) y [El Plano Mental](#) hemos expuesto algo acerca de esta maravillosa facultad, su dicha inefable, sus

magníficas oportunidades para aprender y trabajar, y a ellos remitimos al estudiante.

Todo lo que tiene que dar -por lo menos todo lo que de él puede asimilarse- está al alcance del discípulo ejercitado; pero para el clarividente no ejercitado sólo el tocarlo es poco menos que una imposibilidad. Se ha conseguido en el sueño magnético, pero el caso es extremadamente raro, pues se necesitan cualidades casi sobrehumanas en lo que se refiere a elevadas aspiraciones espirituales y pobreza absoluta de pensamiento y de intención, tanto de parte del sujeto como de la del operador.

A semejante tipo de clarividencia, y todavía mucho más a la que pertenece al plano superior siguiente, puede aplicarse con mucha razón el nombre de visión espiritual; y puesto que el mundo celestial que presenta a nuestros ojos nos rodea por todas partes aquí y ahora, creemos oportuno colocar la referencia que de pasada hacemos, en la denominación de clarividencia simple, aunque sea necesario volver hacer alusión a ella cuando tratemos de la clarividencia en el espacio, a la cual pasamos ahora.

Clarividencia en el Espacio

Hemos definido ésta como la facultad de ver sucesos o escenas a distancia del vidente y demasiado alejadas para la observación ordinaria. Los ejemplos de esto son tan numerosos y diversos, que consideramos conveniente intentar una clasificación de ellos algún tanto más detallada. No importa gran cosa el orden que adoptemos, siempre que sea suficientemente inteligible y comprenda todos los casos; quizá sea conveniente el agrupados bajo las dos grandes clasificaciones de clarividencia intencional y clarividencia no intencional en el espacio, con una clase intermedia que pudiera denominarse Como semi intencional, título curioso que explicaremos más tarde.

Como antes, principiaré por exponer lo que es posible para el clarividente ejercitado, y trataré de explicar cómo funciona su facultad y bajo qué limitaciones actúa.

Después de esto nos encontraremos en mejor situación para tratar de comprender los múltiples ejemplos de clarividencia parcial y no ejercitada. Discutamos, pues, en primer término la Clarividencia Intencional.

Clarividencia Intencional

Claro es, por lo que ya hemos manifestado acerca del poder de la visión astral, que cualquiera que la posea por completo, podrá ver por su medio prácticamente todo lo que desee ver en este mundo. Los sitios más secretos están abiertos a su mirada, y los obstáculos no existen para él, por razón del cambio de su punto de vista; de modo que si le concedemos el poder de moverse libremente en su cuerpo astral, puede sin dificultad alguna ir a todas partes y verlo todo dentro de los límites del planeta. A la verdad esto le es en gran parte posible, aun sin necesidad de viajar en el cuerpo astral, como veremos pronto.

Consideremos más de cerca los métodos por los cuales puede usarse esta vista supra-física para observar sucesos que se verifican a

distancia. Cuando, por ejemplo, un hombre aquí en Europa ve en sus menores detalles algo que está pasando en aquel momento en la India o en América, ¿cómo se verifica esto?

Se ha presentado una hipótesis muy ingeniosa para explicar el fenómeno. Se ha dicho que todos los objetos irradian constantemente en todas direcciones, al modo que los cuerpos luminosos lanzan rayos de luz, aunque en forma más sutil, y que la clarividencia no es otra cosa que la facultad de ver por medio de estas irradiaciones más finas. La distancia, en este caso, no sería obstáculo para la vista; todos los objetos intermedios serían penetrables por estos rayos, y podrían cruzarse entre sí hasta lo infinito en todas direcciones sin confundirse, precisamente como sucede con las vibraciones de la luz ordinaria.

Ahora bien, aunque no es este exactamente el modo como funciona la clarividencia, la teoría es, sin embargo, muy verdadera en la mayor parte de sus premisas. Todos los objetos, indudablemente, arrojan radiaciones en todos sentidos; y justamente de esta manera, aunque en un plano más elevado, es cómo se forman los anales akáshicos. Sobre ellos es necesario que digamos algo más adelante, y así ahora no hacemos más que mencionarlos. Los fenómenos de psicometría dependen también de estas radiaciones, como se explicará seguidamente.

Existe, sin embargo, ciertas dificultades prácticas en el uso de estas vibraciones etéricas (pues esto es, por supuesto, lo que son), como medio para ver algo que tiene lugar a distancia. Los objetos intermedios no son por completo transparentes; y como los actores de la escena que el experimentador tratase de observar, serían, sin duda, igualmente transparentes, es claro que de todo ello resultaría gran confusión

La dimensión adicional que entra en juego, si en lugar de las radiaciones etéricas se perciben las astrales, haría desaparecer algunas de las dificultades; pero por otra parte introducirían algunas complicaciones que le son propias; así, pues, para objetos prácticos, al tratar de comprender la clarividencia, podemos desterrar esta hipótesis de nuestra mente, y ocuparnos de los métodos que están en realidad a disposición del estudiante. Se verá que hay cinco, siendo

cuatro de ellos realmente variedades de la clarividencia, al paso que el quinto no tiene en modo alguno sitio bajo la denominación de que tratamos, sino que pertenece al dominio de la magia. Nos ocuparemos primero de este último, a fin de descartamos de él.

Por la Ayuda de un Espíritu de La Naturaleza

Este método no envuelve necesariamente la posesión de ninguna facultad psíquica de parte del experimentador: bástale saber cómo inducir a algún habitante del mundo astral a hacer la investigación por él. Esto puede hacerse bien por invocación o por evocación; esto es, el operador puede persuadir a su coadjutor astral a ayudarlo por medio de ruegos u ofertas, o bien puede obligarle a prestar su ayuda por el ejercicio determinado de una voluntad altamente desarrollada.

Este método ha sido muy usado en Oriente, donde la entidad empleada es usualmente un espíritu de la naturaleza, y en la antigua Atlántida, donde “los señores de la oscura faz” empleaban una variedad altamente especial y muy venenosa de elementales artificiales con tal objeto. De un modo semejante se obtienen informaciones en nuestras modernas sesiones espiritistas; pero en este caso el mensajero empleado es mucho más probable que sea algún ser humano recientemente fallecido, y que se encuentre actuando en el plano astral más o menos libremente, aunque también suele suceder que sea algún servicial espíritu de la naturaleza que se divierte haciendo el papel de un pariente difunto. En todo caso, según he dicho ya, este método no tiene nada de clarividente, sino de mágico, y sólo se menciona aquí para evitar que el lector se confunda al tratar de clasificar casos de esta índole, bajo las denominaciones que seguirán.

Por Medio de una Corriente Astral

Esta es una frase que se usa con frecuencia, y no siempre con propiedad, en parte de nuestra literatura teosófica, para determinar una diversidad considerable de fenómenos, y entre ellos el que intento explicar. Lo que en realidad hace el estudiante que adopta este método, no es poner en acción una corriente en la materia astral, sino

más bien construir a través de ella un teléfono temporal.

Es imposible poder dar en este trabajo un tratado completo de física astral, aunque tuviese conocimientos para ello; basta con decir que es posible construir en la materia astral una línea conectora definida que actúe como un hilo telegráfico para conducir vibraciones, por cuyo medio pueda verse todo lo que pasa en el otro extremo. Semejante línea no se establece, entiéndase bien, por una proyección directa de materia astral a través del espacio, sino por una acción sobre una línea (o más bien muchas líneas) de partículas de esta materia, que las haga capaces de formar un conductor a propósito para las vibraciones del carácter que se requiere.

Esta acción preliminar puede ejecutarse de dos maneras: ya sea por la transmisión de la energía de partícula a partícula, hasta que la línea quede formada, o bien por el uso de una fuerza desde un plano superior capaz de actuar simultáneamente sobre toda la línea. Por supuesto, este último método implica un desarrollo mucho mayor, puesto que envuelve el poder y el conocimiento para el empleo de fuerzas de un nivel considerablemente superior; de suerte que el hombre que pudiese construir de este modo una línea, no necesitaría de tal línea, puesto que podría ver mucho más fácil y perfectamente por medio de una facultad por todos conceptos más elevada.

De estos dos métodos, aun el más sencillo resulta muy difícil de describir, por más que sea muy fácil de ejecutar. Puede decirse que participa algún tanto de la naturaleza de la magnetización de una barra de acero; pues consiste en lo que pudiera llamarse la polarización, por un esfuerzo de la voluntad, de un número de líneas paralelas de átomos astrales, que parten desde el operador hasta la escena que desea observar. Todos los átomos de esta suerte afectados son mantenidos durante el tiempo de la observación, con sus ejes rígidamente paralelos entre sí, de manera que forman una especie de tubo temporal, por el cual mira el clarividente. Este método tiene la desventaja de que la línea telegráfica puede ser desarreglada y hasta destruida por cualquier corriente astral, lo bastante fuerte para ello, que se interponga en su camino; pero si el esfuerzo original de la voluntad fuese bien definido, entonces sería ésta una contingencia que

sólo raramente ocurriría.

La vista de una escena distante obtenida por medio de esta “corriente astral”, se asemeja, por muchos conceptos, a la que se ve por medio de un telescopio. Las figuras humanas aparecen comúnmente muy pequeñas, como las de un escenario distante; pero a pesar de su pequeñez, son tan claras como si estuvieran al lado de uno. Algunas veces es posible por este medio oír lo que se dice igualmente que ver lo que hacen; pero como en la mayor parte de los casos no es esto lo que sucede, debemos considerarlo más bien como la manifestación de otra facultad, que no como un corolario indispensable de la clarividencia.

Se observará que en este caso el vidente no abandona, por regla general, su cuerpo físico, no hay ninguna clase de proyección de su vehículo astral ni de parte alguna de sí mismo hacia aquello que está viendo, sino que simplemente se fabrica un telescopio astral temporal. Por consiguiente, se halla en poder, hasta cierto punto, del uso de sus facultades físicas, hasta cuando está examinando escenas distantes; por ejemplo, su voz seguirá, generalmente, bajo su dominio, de manera que podrá describir lo que vea al mismo tiempo que está haciendo sus observaciones. La conciencia del hombre, en una palabra, se encuentra clara y tranquila al extremo de la línea.

Este hecho, sin embargo, tiene sus limitaciones así como sus ventajas; limitaciones que se parecen también mucho a las que se encuentran en el uso del telescopio en el plano físico. El experimentador, por ejemplo, no puede cambiar su punto de vista; su telescopio, por decido así, tiene un campo particular de visión que no puede agrandarse ni alterarse; ve la escena desde cierta dirección, y no puede darle vuelta repentinamente para verla desde el otro lado. Si dispone de suficiente energía psíquica, puede desechar por completo el telescopio que está usando y fabricar otro totalmente nuevo, que enfoque el objeto de un modo diferente; pero éste no es un método que tenga probabilidades de ser puesto en práctica.

Pero, se nos dirá: el solo hecho de que use la vista astral debiera permitirle ver el objeto por todos lados a la vez. Así sería si usase esta vista del modo normal sobre un objeto bastante cercano, dentro de su

alcance astral, por decirlo así; pero a una distancia de cientos o de miles de millas el caso es muy distinto. La vista astral nos da la ventaja de una dimensión adicional, pero existe todavía una posición en esta dimensión, la cual es, naturalmente, un factor potente en la limitación del uso de los poderes de un plano. Nuestra vista ordinaria de tres dimensiones nos permite ver desde luego todos los puntos del interior de una figura de dos dimensiones, tal como un cuadrado, pero para hacer esto, el cuadro tiene que estar a una distancia razonable de nuestros ojos; la sola dimensión adicional puede servir a un hombre en Londres, pero muy poco si trata de examinar un cuadrado en Calcuta.

La vista astral, al ser dificultada por dirigida a través de lo que prácticamente resulta un tubo, se limita de un modo muy semejante a lo que sucedería con la vista física en las mismas circunstancias; aunque si se posee a la perfección seguirá demostrando, aun a esta distancia, las auras, y por tanto, todas las emociones y la mayor parte de los pensamientos de la gente bajo la observación.

Hay mucha gente para quien este tipo de clarividencia se les facilita mucho si tienen a mano algún objeto físico que puedan emplear como punto de partida de su tubo astral, un foco conveniente para el poder de su voluntad. Una bola de cristal es el más usual y efectivo de tales focos, pues tiene además la ventaja de poseer en sí cualidades que estimulan la facultad psíquica; pero también se emplean otros objetos a los cuales tendremos necesidad de referimos más particularmente cuando lleguemos a tratar la clarividencia semi intencional.

Relacionados con esta forma de clarividencia de corriente astral, así como con otras, vemos que hay algunos psíquicos que no pueden usarla excepto bajo la influencia del magnetismo. La peculiaridad de este caso es que entre tales psíquicos hay dos variedades: una en la cual, al libertarse de este modo, el hombre puede hacer un telescopio para sí, y otro en que el magnetizador mismo hace el telescopio, y el sujeto sólo tiene que mirar a través. En este último caso, es claro que el sujeto no tiene bastante fuerza de voluntad para construir el tubo, y que el operador, aunque posee la fuerza de voluntad necesaria, no es clarividente, porque de otro modo podría ver por medio de su propio

tubo sin necesidad de ayuda.

Ocasionalmente, aunque pocas veces, el tubo que se forma posee otro de los atributos del telescopio -el de aumentar los objetos sobre los que se dirige hasta que parecen del tamaño natural-. Por supuesto, los objetos tienen que ser siempre aumentados hasta cierto punto, porque de otro modo serían absolutamente invisibles; pero por regla general la extensión es determinada por el tamaño del tubo astral, y toda la cosa es sencillamente un diminuto cuadro vivo. En los pocos casos en que las figuras se ven de tamaño natural por este método, es probable que sea porque una nueva facultad esté empezando a mostrarse; pero cuando esto sucede se necesita una observación muy cuidadosa, a fin de poderlos distinguir de ejemplos de nuestra próxima clasificación.

Por Medio de La Proyección de una Forma de Pensamiento

La habilidad de emplear este método de clarividencia implica un desarrollo algo más avanzado que el anterior, pues necesita cierto dominio en el plano mental. Todos los estudiantes de teosofía saben que el pensamiento toma forma, en todo caso, en su propio plano, y en la mayor parte de los casos también en el plano astral; pero puede que no sea tan conocido que, si un hombre piensa fuertemente en sí mismo como estando presente en un sitio dado, la forma que este pensamiento toma será una semejanza del pensador, que aparecerá en el sitio en cuestión.

Esencialmente esta forma debe componerse de la materia del plano mental, pero en muchísimos casos atraerá también alrededor de sí materia del plano astral, y de este modo se aproximará mucho más a la visibilidad. Ha habido, efectivamente, muchos casos en que ha sido vista por la persona pensada -muy probablemente por medio de la influencia magnética inconsciente que emana del pensador original-. Sin embargo, ninguna parte de la conciencia del pensador pasaría dentro de esta forma de pensamiento. Una vez que ha sido lanzada, se convierte, normalmente, en una entidad aparte; seguramente no del

todo sin relación con su hacedor, pero sí prácticamente en lo que se refiera a recibir alguna impresión por su medio.

El tercer tipo de clarividencia consiste, pues, en el poder de mantener tanta relación y dominio como sean necesarios, sobre una forma de pensamiento acabada de crear, para que sea posible recibir impresiones por su medio. En este caso las impresiones que esta forma recibiera serían transmitidas al pensador -no a lo largo de una línea telegráfica astral, como antes, sino por vibración simpática-. En el caso perfecto de clarividencia de esta clase, es casi como si el vidente proyectase una parte de su conciencia dentro de la forma de pensamiento, y la usase como una especie de avanzada desde la cual fuese posible la observación. Ve casi tan bien como si él mismo estuviese en el lugar de su forma de pensamiento.

Las figuras que mire, le aparecerán como de tamaño natural y muy cerca, en lugar de diminutas y a distancia, como en el caso anterior; y le será posible cambiar su punto de vista si lo desea. La clariaudiencia está quizá menos frecuentemente asociada con este tipo de clarividencia que con la anterior; pero en su lugar se posee hasta cierto punto una especie de percepción mental de los pensamientos y acciones de las personas que se ven.

Dado que la conciencia del hombre sigue en el cuerpo físico puede (aun cuando esté ejercitando esta facultad) oír y hablar, en tanto pueda hacerlo sin distraer su atención. En el momento en que falte intensidad a su pensamiento, toda la visión se desvanece y tendrá que construir una nueva forma de pensamiento para poder continuar su intento. Los ejemplos en que esta clase de vista se posee con alguna perfección por gente no ejercitada son, naturalmente, más raros que en el caso del tipo anterior, a causa del dominio mental que se requiere y de las fuerzas de naturaleza más fina que se emplean.

Viajando en el Cuerpo Astral

En este punto entramos en una variedad completamente nueva de la clarividencia, en la cual la conciencia del vidente no permanece en el cuerpo físico ni está muy relacionada con éste, sino que definitivamente

es transferida a la escena que se examina. Aun cuando es indudable que envuelve peligros mayores para el vidente inexperto que cualquiera de los métodos antes descritos, es, sin embargo, la forma más satisfactoria de clarividencia que puede presentársele, pues la variedad inmensamente superior que trataremos bajo la denominación quinta no es asequible sino para estudiantes especialmente ejercitados.

Nota del editor: Para prácticas astrales véase [“26 Maneras Para Salir en Cuerpo Astral”](#)

En este caso, el cuerpo del hombre, o bien está dormido, o en estado de trance, y por tanto sus órganos no están en estado de funcionar mientras dura la visión; de suerte que la descripción de lo que se ve y toda pregunta respecto de los demás particulares tienen que suspenderse hasta que el viajero vuelve a este plano. Por otra parte, la vista es mucho más completa y perfecta; el hombre oye tan bien como ve todo lo que pasa a su alrededor, y puede moverse a voluntad dentro de los amplísimos límites del plano astral. Puede ver y estudiar con comodidad todos los demás habitantes de este plano, de suerte que el gran mundo de los espíritus de la naturaleza (del cual sólo es una pequeñísima parte la tierra tradicional de las hadas) hallase abierto ante él y hasta el de algunos de los Devas inferiores.

Tiene también la inmensa ventaja de poder tomar parte, por decirlo así, en las escenas que se presentan a su vista, de conversar a voluntad con estas diversas entidades astrales, de las cuales puede recibir tantos informes curiosos e interesantes. Si además de esto puede aprender la manera de materializarse (cosa que no le será muy difícil una vez que ha adquirido el modo) podrá tomar parte en los sucesos físicos o en las conversaciones que pasan a distancia, y mostrarse a voluntad a sus amigos ausentes. Tiene también, además, la facultad de poder buscar lo que necesita. En los casos anteriores, para todos los objetos prácticos, sólo podía encontrar una persona o un lugar cuando los conocía, o cuando se le ponía en relación con ellos, tocando algo relacionado físicamente con los mismos, como en la psicometría. Es verdad que en el tercer método es posible cierto movimiento, pero el proceso es muy fastidioso, excepto para distancias muy cortas.

Con el uso del cuerpo astral, un hombre puede ir a todos lados libremente y con rapidez, y puede, por ejemplo, encontrar cualquier punto que se señale en un mapa, sin haber tenido conocimiento previo del lugar ni objeto alguno para establecer relación con él. Puede también elevarse a cualquier altura en el aire, de suerte que pueda contemplar a vista de pájaro el país que está examinando, de manera que pueda observar su extensión, el contorno de sus costas o su carácter general. A la verdad, por todos conceptos, sus poderes y su libertad son muchísimo mayores cuando emplea este método, que usando cualquiera de los anteriores.

Un buen ejemplo de la completa posesión de este poder se nos muestra, bajo la autoridad del escritor alemán Jung Stilling, por la señora Grove en El Lado Nocturno de la Naturaleza. Se refiere la historia de un vidente que residía en los alrededores de Filadelfia, en los Estados Unidos:

“Sus costumbres eran morigeradas y hablaba poco; era grave, benévolo y piadoso, y no se sabía nada en contra de su carácter, excepto que tenía la reputación de poseer algunos secretos que no eran considerados completamente legales. Se contaban de él muchas historias extraordinarias, y entre ellas la siguiente:

“La esposa del capitán de un barco (cuyo marido se hallaba en un viaje a Europa y a África), llena de ansiedad por su suerte, fue inducida a dirigirse a esta persona. Habiendo oído él su relato, le rogó que le dispensase un momento, que necesitaba para traerle las noticias que deseaba. El hombre pasó entonces a una habitación interior y ella le esperó; pero como su ausencia se prolongase más de lo que ella esperaba, empezó a impacientarse, creyendo que la había olvidado, y acercándose silenciosamente a la puerta, miró por alguna hendidura, y con sorpresa suya le vio tendido en un sofá, tan inmóvil como si estuviera muerto. Ella, por supuesto, no creyó prudente despertarle, sino que esperó a que volviera; entonces el hombre le dijo que su esposo no había podido escribirle por tales y cuales razones, pero que se encontraba en aquel momento en un café en Londres, y que muy pronto emprendería el viaje de

regreso." Efectivamente, pronto volvió, y su esposa supo por él que las causas de su desusado silencio habían sido precisamente las que el hombre le había dicho, por lo que sintió gran deseo de asegurarse de la verdad de las demás noticias. En esto fue satisfecha, porque tan pronto como el capitán vio al mago, dijo que le había visto en Londres en un café, y que le había dicho que su esposa estaba muy inquieta por su causa, y que entonces él le había referido cómo no había podido escribir, añadiendo que estaba en vísperas de salir para América. Entonces perdió de vista al desconocido entre la multitud y no volvió a saber de él."

Por supuesto, no tenemos los medios de saber qué pruebas tenía Jung Stilling de la verdad de esta historia, aunque él declara que está perfectamente satisfecho de la autoridad que le garantiza la verdad del relato. El vidente, como quiera que sea, debió haber desarrollado esta facultad por sí mismo o la había aprendido en alguna escuela distinta de la que nosotros tomamos la mayor parte de nuestros informes teosóficos, pues en nuestro caso existen reglas bien entendidas que prohíben expresamente al discípulo presentar manifestación alguna de un poder que puede probarse de un modo definido y completo, y constituir así lo que se llama "un fenómeno". Que estas reglas son admirablemente sabias, es cosa conocida por todos los que están enterados de la historia de nuestra Sociedad, por los desastrosos resultados que siempre siguieron a las menores infracciones de tales reglas.

He presentado algunos casos, en mi pequeño tratado *Protectores invisibles*, muy semejantes al referido. William Stead, en *Historias Reales de Fantasma*s, presenta el ejemplo de una señora que me es muy conocida, y que frecuentemente se aparece de este modo a sus amigos a distancia; y Andrew Lang, en su *Sueños y fantasmas*, hace el relato de cómo el señor Cleave, que se hallaba entonces en Portsmouth, se apareció intencionalmente en dos ocasiones a una señorita en Londres, y la alarmó considerablemente. En resumen, existe una gran abundancia de pruebas para todo el que quiera estudiar el asunto seriamente.

Cuando a la proximidad de la muerte los principios (constituyentes del hombre) se aflojan, estas visitas astrales intencionales parece que a menudo se hacen posibles para gentes que en otras ocasiones no han podido hacer tal proeza. De esta clase hay aún más ejemplos que de la obra. Expondré uno de ellos, bastante interesante, referido por Andrew Lang en Sueños y fantasmas, ejemplo del cual él mismo dice: pocas historias tienen tan buen testimonio a su favor como ésta:

“María, esposa de John Goffe de Rochester, padecía una larga enfermedad, y se trasladó a la casa de su padre en West-Malling, a unas nueve millas de la suya. El día antes de su muerte sintió grandes e impacientes deseos de ver a sus dos hijos, que había dejado en su casa al cuidado de una nodriza. Estaba demasiado enferma para poder ser trasladada, y entre la una y las dos de la mañana cayó en una especie de trance. La viuda de un tal Tumer, que la cuidaba aquella noche, dice que sus ojos estaban abiertos y fijos, y caía la mandíbula. La señora Turner le puso la mano en la boca, pero no pudo percibir aliento alguno. Creyó que le había dado un ataque, y empezó a dudar de si estaría muerta o viva. A la mañana siguiente la moribunda contó a su madre que había estado en su casa con sus hijos, diciéndole: ‘Anoche, mientras dormía, estuve con ellos’. La nodriza en Rochester, llamada viuda de Alejandro, afirma que un poco antes de las dos de aquella mañana, vio la aparición de la referida María Goffe salir de la habitación próxima (donde la niña mayor dormía sola), quedando la puerta abierta y acercarse a su cama, en la que también estaba la otra niña, permaneciendo junto a esta cosa de un cuarto de hora. La nodriza dice además que ella estaba perfectamente despierta, y que era de día, por ser uno de los días más largos del año. Se sentó en la cama y miró fijamente la aparición. En este momento oyó que daban las dos en el reloj, y un poco después dijo: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿quién eres tú?". Entonces la aparición echó a andar y se marchó; se vistió apresuradamente y la siguió; pero no pudo averiguar lo que había sido de ella.”

Aparentemente la nodriza se atemorizó más por su desaparición que con su presencia, pues después de esto tuvo miedo de permanecer en la casa, y pasó todo el tiempo hasta las seis de la mañana paseando arriba y abajo por fuera. Cuando los vecinos se despertaron, les refirió lo que le había sucedido, y ellos, por supuesto, le dijeron que había soñado todo aquello; ella, naturalmente, rechazaba con calor tal idea; pero no pudo conseguir que la creyeran hasta que se supo el otro aspecto de la historia en West-Malling, y entonces la gente principió a admitir que realmente podía haber algo de verdad en lo que refería.

Otra circunstancia notable de esta historia es que la madre tuvo necesidad de pasar del estado de sueño ordinario al más profundo del estado de trance antes de poder visitar conscientemente a sus hijas; sin embargo, puede ser paralela los análogos que aquí y allí entre los muchos de esta especie que se encuentran en la literatura que al asunto se refiere.

El hombre que posee por completo este tipo de clarividencia, tiene a su disposición muchas y grandes ventajas, aun además de las que ya se han mencionado. No sólo puede visitar sin trabajo ni gasto alguno todos los lugares bellos y famosos del mundo, sino que, si se trata de un hombre erudito, ¡calcúlese lo que será para él el tener libre entrada en todas las bibliotecas del mundo! ¿Qué será para el hombre científico el ver funcionando ante sus propios ojos muchos procedimientos de la química oculta de la naturaleza; para el filósofo el serle reveladas tantas cosas más que antes sobre los grandes misterios de la vida y de la muerte? Para él todos los que han marchado de este plano, ya no están muertos, sino vivos y a su alcance durante mucho tiempo; para él han cesado de ser cosas de fe muchos conceptos de la religión que se han cambiado en conocimientos propios. Sobre todo, puede unirse al ejército de auxiliares invisibles, y ser realmente útil en gran escala. Indudablemente, la clarividencia, aún limitada el plano astral, es un gran don para el estudiante.

Ciertamente tiene también sus peligros, en especial para los no ejercitados; peligros por ciertas entidades de varias clases, que pueden aterrorizar o hacer daño a aquellos que pierden el valor para hacerles frente; peligros de decepciones de todas clases, de comprender mal e

interpretar erróneamente lo que ven, siendo el mayor de todos el infatuarse y creer imposible equivocarse. Pero un poco de sentido común y un poco de experiencia bastarán para guardar a un hombre de este último riesgo.

Viajando en el Mayavirûpa

Esta es, sencillamente, una forma más elevada, y, por decido así, más gloriosa de esta última clase de clarividencia. El vehículo que se emplea no es ya el cuerpo astral, sino un sustituto fabricado para el caso con la sustancia del cuerpo mental del vidente; vehículo que, por lo tanto, pertenece al plano mental y que encierra en sí todas las potencialidades del maravilloso sentido devachánico, que es la síntesis de todos los sentidos, tan trascendente en su acción y, sin embargo, tan imposible de describir. El hombre que funciona en tal vehículo deja tras sí su cuerpo astral igualmente que el físico, y si desea mostrarse en el plano astral por alguna circunstancia, no acude para ello a su propio cuerpo astral, sino que por medio de un acto propio se construye uno para el momento.

La inmensa ventaja que se obtiene con la adquisición de este poder es la facultad de entrar en toda la gloria y hermosura de la región superior de la dicha, y la posesión, aun cuando se actúe en el plano astral, de un sentido mucho más comprensivo, que le abre perspectivas de conocimientos maravillosos y prácticamente hace imposible el error. Este vuelo superior, sin embargo, se halla al alcance sólo del hombre ejercitado, puesto que la construcción del mayavirûpa necesita, la primera vez, de la ayuda de un Maestro competente.

Antes de abandonar el asunto de la clarividencia completa e intencional, será conveniente que dediquemos unas cuantas palabras a contestar una o dos preguntas respecto de sus limitaciones, que constantemente se les ocurren a los estudiantes. ¿Es posible, se nos pregunta a menudo, que el vidente encuentre cualquier persona con quien desee comunicarse en cualquier parte del mundo, ya se halle entre los vivos, ya entre los muertos?

La contestación debe ser condicionalmente afirmativa. Sí, es posible

encontrar cualquier persona, si el experimentador puede, de algún modo, ponerse en relación con esa persona. Sería inútil sumergirse vagamente en el espacio para encontrar una persona completamente extraña entre los millones que nos rodean, sin ninguna clase de clave; pero, por otra parte, bastaría ordinariamente para el éxito una ligera clave.

Si el clarividente sabe algo acerca de la persona que busca, no tendrá dificultad en encontrarla, pues cada hombre tiene lo que pudiera llamarse una cuerda musical propia, una cuerda que es su expresión como un todo, resultante, quizá, de una especie de término medio de los grados de vibración de todos sus diferentes vehículos en sus planos respectivos. Si el operador sabe cómo distinguir esta cuerda y tocarla, atraerá por vibración simpática, la atención de las personas de un modo instantáneo y dónde quiera que esté, despertando en él una respuesta inmediata.

Que el hombre pertenezca a los vivos o que haya muerto recientemente, no hace diferencia alguna, y la clarividencia de la quinta clase puede encontrarlo desde luego aun entre los incontables millones del estado devachánico, aunque en este caso el hombre estaría inconsciente de que se hallaba bajo observación. Naturalmente, un vidente, cuya conciencia no pasase más allá del plano astral -y que, por tanto, emplease uno de los métodos anteriores de videncia- no podría en modo alguno encontrar una persona en el plano devachánico; sin embargo, aun así podría al menos decir que la persona que buscaba estaba en aquel plano, por el mero hecho de que el toque de la cuerda hasta en el nivel astral no producía respuesta alguna.

Si el hombre que se buscase fuese desconocido del investigador, este último necesitaría de algo que tuviese relación con él y que le sirviese de clave: una fotografía una carta escrita por él, una prenda suya que estuviese impregnada de su magnetismo personal; cualquiera de estas cosas sería suficiente en manos de un vidente práctico.

De nuevo repito, que no por esto debe suponerse que los discípulos que han sido enseñados a emplear este arte, están en libertad de establecer una especie de oficina de inteligencia astral, por medio de la

cual puedan obtenerse comunicaciones con parientes perdidos o ausentes. Un mensaje del lado de acá, de esta naturaleza, podría o no ser llevado, según las circunstancias; pero pudiera no traerse ninguna respuesta porque resultaría ser de los llamados fenómenos, algo que en el plano físico podría probarse ser un acto de magia.

Otra pregunta que se hace a menudo, es si en la acción de la vista psíquica hay alguna limitación por la distancia. La contestación parece que debe ser que no hay más límite que el de los planos respectivos: Debe tenerse presente que los planos astral y devachánico de nuestra tierra son tan definidamente suyos como lo es su atmósfera, aun cuando se extienden mucho más (aun considerándolos bajo el aspecto de nuestro espacio, de tres dimensiones) que el aire físico. Por consiguiente, ni el paso a otros planetas ni la vista detallada de los mismos, sería posible para cualquier sistema de clarividencia relacionado con estos planos. Es muy posible y fácil por lo que respecta a nuestra propia cadena de mundos para el hombre que puede elevar su conciencia al plano búdico; pero esto está fuera de nuestro presente asunto.

Sin embargo, puede obtenerse mucha información adicional acerca de otros planetas por medio de las facultades clarividentes que hemos descrito. Es posible hacer que la vista sea muchísimo más clara fuera de los constantes disturbios de la atmósfera terrestre, y no es muy difícil aprender a emplear una facultad aumentadora de inmensa potencia, de suerte que, aun por medio de la clarividencia ordinario, podrían obtenerse conocimientos astronómicos sumamente interesantes. En cuanto a lo que se refiere a esta tierra y a sus alrededores inmediatos, prácticamente no hay limitación.

Clarividencia Semi Intencional

Bajo este título, algo curioso, agrupo los casos de todas las personas que definitivamente se proponen ver algo, pero sin tener idea de lo que será y sin dominio alguno sobre la vista, una vez que han principiado a ver -psíquicos que se colocan en condiciones receptivas y luego esperan sencillamente a que pase algo-. Muchos médiums en trance caen bajo esta denominación; se hipnotizan a sí mismos de algún modo, o son hipnotizados por un “espíritu protector”, y luego describen las escenas o personas que se ponen al alcance de su visión. Algunas veces, sin embargo, hallándose en este estado, ven lo que sucede a distancia, y de este modo entran en la denominación de “clarividentes en el espacio”.

Pero la clase más numerosa y más generalizada de estos clarividentes semi intencionales, la constituyen los diversos “miradores por cristales”, los que, como describe Andrew Lang, “miran dentro de una bola de cristal, en un espejo, en una burbuja de tinta (Egipto e India), en una gota de sangre (entre los maoríes de Nueva Zelanda), en una vasija de agua (pieles rojas), en un estanque (romanos y africanos), en agua en una vasija de cristal (en Fez), y en casi toda superficie pulimentada” (*Sueños y fantasmas*).

Dos páginas más adelante, Lang nos presenta un buen ejemplo de la clase de visión que más generalmente se obtiene por estos métodos.

“Yo había dado una bola de cristal –dice- a una tal señorita Baillie, que no tuvo éxito. Ésta la prestó a la señorita Leslie, la cual vio un antiguo sofá de color rojo, largo y cuadrado, cubierto de muselina, que había visto en otra casa de campo que había visitado. El hermano de la señorita Baillie, un joven atleta, se rió de estos experimentos, se llevó la bola a su estudio y volvió muy pálido y turbado. Dijo que había visto una visión, alguien a quien conocía, bajo una lámpara, que en aquella misma semana sabría si lo que había visto era verdadero o falso. Esto sucedía a las cinco y media de la tarde de un domingo.

El martes siguiente, el señor Baillie se hallaba en un baile, a unas cuarenta millas de su casa, y se encontró con una tal señorita Preston.

-El domingo pasado -le dijo-, a eso de las cinco y media, se hallaba usted sentada bajo una lámpara de pantalla, con un vestido que nunca le he visto, una blusa azul con lazos en los hombros, llenando una taza de té para un hombre vestido de sarga azul, con la espalda vuelta hacia mí, de suerte que no pude ver más que las guías del bigote.

-Es indudable que las persianas debieron estar levantadas -dijo la señorita Preston.

-Yo estaba en Dulby -replicó Baillie. Y, efectivamente, era verdad.”

Este es un caso perfectamente típico de la visión por cristales: el cuadro exacto en todos sus detalles, como veis, y, sin embargo, absolutamente sin importancia, y sin tener significado alguno aparente para nadie, excepto que sirvió para probar a Baillie que realmente había algo de verdad en la visión por cristales. Quizá lo más general sea que las visiones tiendan al aspecto romántico: hombres con vestidos extraños o vistas hermosas y por lo general desconocidas.

Ahora bien: ¿cuál es el fundamento de esta clase de clarividencia? Como he indicado antes, pertenece generalmente al tipo de la “corriente astral”, y el cristal o cualquier otro objeto actúa simplemente como foco para el poder de la voluntad del que mira, como un punto de partida conveniente para un tubo astral. Hay algunos que pueden influir en lo que ven con su voluntad, esto es, que tienen el poder de dirigir como quieren su telescopio; pero la mayor parte no pasan de formar un tubo fortuito y ver lo que quiera que se presenta al otro extremo.

Algunas veces puede ser una escena relativamente próxima, como en el caso que acabamos de referir; en otras, una vista oriental lejana; en otras puede ser una reflexión de algún fragmento de anales akáshicos, y entonces el cuadro contendrá figuras con vestidos antiguos, y el fenómeno pertenecerá a nuestra gran división de “clarividencia en el

tiempo”. Se dice que algunas veces se ven visiones del porvenir en los cristales: otro desarrollo a que nos referimos más adelante.

He visto a un clarividente usar, en lugar de la ordinaria superficie brillante, una negra y mate, producida por una cantidad de polvos de carbón en una salsera. En verdad, no parece que tenga gran importancia lo que se use como foco, excepto que el cristal puro tiene una ventaja indudable sobre otras sustancias, en cuanto su arreglo peculiar de esencia elemental lo hace especialmente estimulante de las facultades psíquicas.

Parece probable, sin embargo, que en los casos en que se emplea un objeto brillante, tal como un punto de luz, o la gota de sangre usada por los maoríes, se trate de un ejemplo de auto hipnosis. El experimento es muchas veces precedido o acompañado por ceremonias e invocaciones mágicas, de suerte que es muy probable que la visión que se obtenga pueda ser realmente algunas veces la de una entidad extraña, y así el fenómeno puede ser, después de todo, un caso de posesión temporal y en modo alguno de clarividencia.

Clarividencia No Intencional

Bajo este título podemos agrupar todos aquellos casos en que las visiones de algún suceso que se esté verificando a distancia, se ven inesperadamente y sin ninguna clase de preparación. Hay personas que son aptas para tales visiones, mientras que hay muchas otras a quienes semejante cosa sólo les pasa una vez en la vida. Las visiones son de todas clases, así como de todos grados de perfección, y aparentemente son producidas por varias causas. Algunas veces la razón de la visión es patente, y el asunto de la misma de gran importancia; otras veces no se descubre razón alguna, y los sucesos que se muestran parecen de la naturaleza más trivial. Algunas veces estos vislumbres de la facultad supra-física vienen como visiones en estado de vigilia, y otras se manifiestan durante el sueño, como sueños vívidos o a menudo repetidos. En este último caso la vista empleada es usualmente de la clase asignada a nuestra cuarta subdivisión de clarividencia en el espacio; pues el durmiente ve muchas veces en su cuerpo astral a un punto estrechamente relacionado con sus intereses o afecciones, y simplemente observa lo que tiene lugar allí; en el primer caso parece probable que lo que se pone a contribución es el tipo de clarividencia, por medio de la corriente astral; pero entonces la corriente o tubo es formada de un modo por completo inconsciente, y es casi siempre el resultado automático de un pensamiento o emoción fuerte, proyectado de un extremo o del otro, bien sea desde el vidente o desde la persona que se ve.

El plan más sencillo será el de exponer algunos ejemplos de las diferentes clases, intercalando las explicaciones que sean necesarias. Stead ha reunido una serie numerosa y variada de casos recientes y auténticos en su *Historias Reales de Fantasma*s, y elegiré algunos de mis ejemplos entre ellos, condensándolos algunas veces para ganar espacio.

Hay casos en que es patente para cualquier estudiante de teosofía, que el ejemplo excepcional de clarividencia fue especialmente producido por uno de la asociación que hemos llamado de “auxiliares

invisibles”, a fin de que pudiese ser auxiliado alguno que lo necesitase mucho. A esta clase, indudablemente, pertenece la historia referida por el capitán Yonnt, del valle de Napa, en California, al doctor Bushnell, quien lo repite en su *La Naturaleza y lo Sobrenatural*:

“Hace cosa de seis o siete años, en una noche de mitad del invierno, tuvo un sueño en que vio lo que parecía una partida de emigrantes, detenidos por las nieves de las montañas, y pereciendo rápidamente de frío y hambre. Observó el aspecto mismo del lugar señalado por el enorme corte perpendicular de una colina de rocas; vio a los hombres cortando lo que parecía copas de árboles que sobresalían de profundos abismos de nieve; distinguió las facciones mismas de las personas, así como el sufrimiento particular de cada uno.

Se despertó profundamente impresionado por la claridad y aparente realidad del sueño. Por fin se durmió y volvió a soñar exactamente lo que la primera vez. A la mañana siguiente no podía apartarlo de su imaginación. Encontrándose, poco después, con un antiguo camarada de caza, le refirió la historia, quedando aún más impresionado ante él reconocimiento, sin vacilación, por su amigo, de la escena del sueño. Este camarada había atravesado la sierra por el paso del valle Carson, y declaró que cierto lugar del paso correspondía exactamente a esta descripción. Ante esto el antisofístico patriarca se decidió. Reunió inmediatamente una partida de hombres, con mulas y mantas y todas las provisiones necesarias. Los vecinos se reían de su credulidad.

-No importa -decía-, puedo hacer esto y lo hago, pues en verdad creo que los hechos son tales como en mi sueño.

Los hombres fueron enviados a las montañas a una distancia de ciento cincuenta millas, directamente al paso del valle Carson, y allí encontraron la partida exactamente en el estado del sueño, rescatando a las que aún permanecían con vida.”

Puesto que no se dice si el capitán Yonnt acostumbraba tener visiones, parece claro que algún auxiliar, observando el estado

desesperado de la partida de emigrantes, llevó a la persona, impresionable y adecuada por otros conceptos, que más cerca estaba (que sucedió ser el capitán) al lugar en cuestión, en cuerpo astral, y le despertó lo suficiente para fijar firmemente la escena en su memoria. El auxiliar es posible que construyera una “corriente astral” para el capitán; pero lo más probable es que fuera lo primero. De todos modos, el motivo, y sobre todo el método de la obra, son bastante claros en este caso. Algunas veces la “corriente astral” puede ponerse en actividad por un fuerte pensamiento emocional al otro extremo de la línea, y esto puede suceder aun cuando el pensador no tenga semejante intención. En la historia, un tanto sorprendente, que vaya citar, es evidente que el lazo fue formado por el frecuente pensamiento del doctor en la señorita Broughton; sin embargo, era evidente que no tenía ningún deseo especial de ver lo que ella estaba haciendo en aquel momento. Que era el tipo de clarividencia de la “corriente astral” el empleado se demuestra por la fijeza del punto de vista de ella, que se observará no es el punto de vista del doctor, transferido simpáticamente (como pudo haber sido), puesto que ella ve su espalda sin reconocerle.

“La señorita Broughton se despertó una noche en 1844 y llamó a su marido, diciéndole que algo terrible había pasado en Francia. Él le rogó que se volviese a dormir y no le importunase. Ella le aseguró que no dormía cuando vio lo que insistía en referirle; esto es lo que vio, en una palabra: Primeramente, el accidente de un carruaje -que ella no vio por sí misma, sino el resultado- un coche roto, una multitud reunida, una persona levantada con cuidado y llevada a la casa más próxima; luego una figura acostada en una cama, en quien luego reconoció al duque de Orleans. Gradualmente se reunían amigos alrededor de la cama, entre ellos varios individuos de la familia real, la reina, luego el rey, todos silenciosos, observando con pena al duque evidentemente moribundo. Un hombre (podía ver su espalda, pero no sabía quién era), que era un doctor, estaba inclinado sobre el duque tomándole el pulso, con su reloj en la otra mano y luego todo se desvaneció y

no vio más. Tan pronto como fue de día, escribió en su diario todo lo que había visto. Sucedió esto antes de los días del telégrafo eléctrico, y dos o más días pasaron antes de que la revista Times anunciara ‘La muerte del Duque de Orleans’ Al visitar a París algún tiempo después, vio y reconoció el lugar del accidente y recibió la explicación de su visión. El doctor que atendía al moribundo duque era un antiguo amigo suyo, y en aquellos momentos su imaginación había estado constantemente ocupada con ella y su familia.” —Este relato se encuentra en los Procedimientos de la Sociedad de Investigación Psíquica (vol. II, pág. 160)

Este es un ejemplo común en el que grandes afecciones forman la necesaria corriente; probablemente transcurre, en estos casos, entre ambas partes, una corriente firme de pensamiento mutuo, y alguna necesidad repentina o peligro inminente, de parte de uno de ellos, dota temporalmente a esta corriente del poder polarizador que se requiere para crear el telescopio astral. Citaremos un ejemplo, que ilustra estos casos, de la misma fuente:

“El 18 de septiembre de 1848, en el sitio de Mooltan, el mayor general R. C. B., entonces ayudante de su regimiento, fue gravísimamente herido, y suponiéndose moribundo, pidió a un oficial que le sacase la sortija del dedo y se la mandara a su esposa, que entonces se encontraba a una distancia de más de ciento cincuenta millas, en Ferozepore. “En la noche del 9 de setiembre de 1848 -escribe su esposa- me hallaba acostada en la cama, entre vela y sueño, cuando claramente vi a mi marido conducido por el campo de batalla y gravemente herido, y oí su voz que decía: -Sacadme esta sortija y enviadla a mi esposa. Todo el siguiente día no pude desechar de mi mente la visión ni la voz. A su debido tiempo supe por el general R. que había sido peligrosamente herido en el asalto de Mooltan. Sobrevivió, sin embargo, y vive aún. Algún tiempo después del sitio, supe por el general L., el oficial que ayudó a transportar a mi marido fuera del campo de batalla, que efectivamente le había hecho el encargo de la sortija, tal cual lo oí en Ferozepore en aquel mismo instante.” —Procedimientos de la Sociedad de Investigación Psíquica (vol. I, pág. 30)

Luego hay una clase muy numerosa de visiones clarividentes casuales, que no tienen causa conocida, que aparentemente carecen de todo significado y no tienen relación alguna reconocible con sucesos conocidos por el vidente. A esta clase pertenece gran parte de los panoramas que ven muchos en el momento de dormirse. Cito un relato muy interesante y realista de una experiencia de esta clase, de William T. Stead, en su *Historias Reales de Fantasma*s:

“Me acosté en la cama, pero no pude dormir. Cerré los ojos y esperé que viniera el sueño; sin embargo, en lugar de éste llegó una sucesión de cuadros clarividentes curiosamente vívidos. No había luz en la habitación, la cual estaba perfectamente a oscuras; yo también tenía los ojos cerrados. Pero a pesar de la oscuridad, tuve repentinamente conciencia de estar mirando una escena de hermosura singular. Era como si viese una miniatura viviente del tamaño de un cuadro de una linterna mágica. En este momento puedo recordar la escena como si la viese de nuevo. Era un trozo de costa. La luna brillaba sobre las aguas, cuyas olas morían lentamente en la playa. Precisamente enfrente de mí se extendía un muelle dentro del agua. A cada lado del muelle se levantaban sobre el nivel del mar rocas irregulares. En la playa había varias casas cuadradas y toscas, que no se parecían a nada de lo que había visto de arquitectura. Nadie se movía, pero la luna estaba allí, y el mar, y el resplandor de la luna sobre sus agitadas aguas, tal como si estuviera mirando la escena real.

Era tan bello, que recuerdo haber pensado que si continuase, tan interesado me hallaba en mirar, que no me dormiría nunca. Yo estaba completamente despierto y, al mismo tiempo que veía la escena, oía claramente el ruido de la lluvia sobre los cristales de la ventana. Luego, repentinamente, sin objeto ni razón alguna aparentes, la escena cambió. Desapareció el mar iluminado por la luna, y en su lugar me encontré mirando en el interior de un salón de lectura. Parecía como si por el día hubiese servido de escuela y se destinase por la noche a salón de lectura. Recuerdo haber visto un lector que tenía una

curiosa semejanza con Tim Harrington, aunque no era él, quien con una revista o libro en la mano se reía. No era un cuadro, era la realidad. La escena era exactamente como si estuviera mirando por unos gemelos de teatro; veía el juego de los músculos, el brillo de los ojos, todos los movimientos de las personas desconocidas del lugar, no menos desconocido, que estaba mirando. Veía todo sin abrir los ojos, ni éstos tenían relación alguna con la visión. Estas cosas se ven como si fuera con otro sentido que está más bien dentro de la cabeza que no en los ojos. Esto fue una experiencia muy pobre y vulgar, pero me permitió comprender cómo ven los clarividentes mejor que todo género de explicaciones. Los cuadros no tenían razón alguna de ser; no habían sido sugeridos por nada que hubiese leído ni de que hubiese hablado; se presentaron simplemente como si hubiese estado mirando por un cristal lo que estaba pasando en alguna parte del mundo. Tuve tiempo de echar una ojeada, y pasó, y no he vuelto a tener experiencia alguna de esta clase.”

Stead considera esto como una “experiencia pobre y vulgar” y puede quizá serlo, comparada con posibilidades mayores; sin embargo, conozco muchos estudiantes que se considerarían muy afortunados con poder referir una experiencia personal semejante.

Por pequeña que en sí sea, proporciona des de luego al vidente la clave de toda la cosa, y la clarividencia sería una realidad viviente para cualquier hombre que viera otro tanto, de un modo que no hubiera podido realizarse sin este contacto con el mundo invisible.

Estos cuadros eran demasiado claros para ser meras reflexiones del pensamiento de otros; y, por otra parte, la descripción demuestra, sin género de duda, que eran vistas contempladas a través de un telescopio astral; de suerte que o bien Stead puso en actividad inconscientemente una corriente, o (mucho más probable) alguna amable entidad astral la puso en movimiento por él, proporcionándole, para entretener un rato de fastidiosa espera, cualquier cuadro que estuviese a mano al otro extremo del tubo.

Clarividencia en el Tiempo: Pasado

La clarividencia en el tiempo -esto es, el poder de ver en el pasado y en el futuro- como todas las demás variedades, la poseen diferentes personas en grados muy diversos, desde el hombre que domina por completo ambas facultades, hasta aquel que sólo obtiene, ocasional e involuntariamente, vislumbres o reflexiones imperfectos de las escenas de otros tiempos. Una persona de esta última clase puede tener, por ejemplo, una visión de algún suceso del pasado, pero estaría sujeta a grandes errores, y aun cuando sucediese que viera con bastante exactitud, sería, casi con seguridad, un cuadro aislado, que ciertamente no podría relacionar con algo que hubiera ocurrido antes o después, ni explicar cualquier cosa extraordinaria que pudiese ver en él. Por el contrario, el hombre experto podría seguir el drama relacionado con el cuadro, ya fuera hacia atrás o hacia adelante, en cualquier extensión de tiempo que deseara, y encontrar con igual facilidad las diferentes causas que lo habían originado, así como los resultados que a su vez habría de producir.

Probablemente nos será más fácil comprender esta sección, algo difícil de nuestro tema, si la consideramos en las subdivisiones que naturalmente sugiere, y tratamos primeramente de la visión que se refiere al pasado, dejando para un examen posterior la que pasa a través del velo del futuro. En ambos casos será conveniente que tratemos de comprender lo que podemos del *modus operandi*, aun cuando sólo alcancemos un éxito muy mediano, debido en primer término a la información imperfecta de algunas partes del asunto, que actualmente disponen nuestros investigadores; y en segundo lugar, a la constante imposibilidad de expresar en el lenguaje ordinario de la palabra física, una centésima parte de lo poco que *realmente* sabemos acerca de los planos y facultades superiores.

En el caso, pues, de una visión detallada del remoto pasado, ¿cómo se obtiene y a qué plano de la naturaleza pertenece realmente? La contestación a estas preguntas trato de dada lo mejor que puedo mi estudio sobre los anales del pasado. Los lectores pueden, desde luego,

consultar dicho trabajo en *El Aura y los Anales Akáshicos*, de modo que no es necesario repetir aquí lo que ya queda escrito, aunque insertaré en él, en este punto, algunos extractos, a fin de reunir en este pequeño volumen un bosquejo bastante completo de lo que actualmente sabemos del asunto. Pero téngase siempre presente que esta información que poseemos es imperfecta, y que además hay muchas consideraciones que nos impiden seriamente comunicarla, aun así, por completo.

En resumen, semejante visión tiene que ser, bien una vislumbre directa o una reflexión de esa gran memoria de la Naturaleza que ha sido llamada en nuestra literatura los anales akáshicos; y el plano más bajo en el cual se puede alcanzadas de un modo claro y exacto es el mental, al paso que en el astral sólo se tienen muy a menudo reflexiones parciales más o menos desnaturalizadas. Como siempre, vemos ejemplos de todos los grados del poder de ver estas cosas, desde el hombre ejercitado que puede consultar tales anales a voluntad, hasta la persona que sólo obtiene vagas vislumbres circunstanciales, o que quizá haya tenido tan sólo una de semejantes vislumbres.

Cualquiera puede imaginarse las espléndidas posibilidades que se abren ante el hombre que esté en completa posesión de este poder. Tiene ante sí un campo de investigación histórica del mayor interés. No sólo puede pasar revista cómodamente a toda la historia que conocemos, corrigiendo a medida que la examina los muchos errores y falsas interpretaciones de que adolecen los relatos que nos han sido transmitidos, sino que también puede a voluntad pasar revista a toda la historia del mundo desde su principio, observando el lento desarrollo de la inteligencia en el hombre, el descenso de los Señores de la llama, y el crecimiento de las poderosas civilizaciones que fundaron. Ni tampoco se limitaría este estudio sólo al progreso de la humanidad; ante él tendrá, como en un museo, todas las formas animales y vegetales extrañas que se mostraban en escena cuando el mundo era joven; podría seguir todos los maravillosos cambios geológicos que se han verificado y observar el curso de los grandes cataclismos que cambiaron toda la faz de la tierra una y otra vez.

Hasta el hombre que sólo posee esta facultad parcial y

circunstancialmente, la encuentra del más profundo interés. El psicómetra que necesita de un objeto relacionado físicamente con el pasado, a fin de traer éste otra vez a la vida a su alrededor, Y el que mira a través de cristales al que le es posible algunas veces dirigir su menos seguro telescopio astral a alguna escena histórica de hace mucho tiempo, pueden obtener los mayores goces con el ejercicio de sus respectivos dones, aun cuando no comprendan bien cómo se producen estos resultados, y no puedan tenerlos siempre que quieran a su disposición en toda circunstancia. En muchos de los casos de manifestaciones inferiores de este poder, vemos que se practican inconscientemente; muchos de los que observan mediante cristales ven escenas del pasado, sin poder diferenciarlas de visiones del presente, y muchas personas vagamente psíquicas ven presentarse constantemente ante ellos cuadros, sin llegar nunca a darse cuenta de que les están sirviendo de instrumentos de su facultad psicométrica los diversos objetos que se hallan a su alrededor cuando los tocan o se aproximan a ellos.

Una interesante variedad de esta clase de psíquicos, es el hombre que sólo puede psicometrizarse personas y no objetos inanimados; de manera que semejante psíquico, cuando es presentado a un desconocido, ve muchas veces como una ráfaga algún suceso prominente de su vida pasada, aunque en otras ocasiones no recibirá ninguna impresión especial. Más raros son los que tienen visiones detalladas del pasado de todas las personas que ven. Quizás uno de los mejores ejemplos de esta clase fue el del escritor alemán Zschokke, quien describe en su autobiografía el poder extraordinario que se encontraba en su posesión. Dice:

“Me ha sucedido algunas ocasiones, que la primera vez que veía a una persona que me era completamente desconocida, y después de escuchar en silencio su conversación, se presentaba ante mí como en un sueño su vida pasada hasta el momento presente, con muchos detalles minuciosos referentes a una u otra escena particular de ella; y esto de un modo claro y completamente involuntario, y durando unos minutos. Por mucho tiempo consideré estas rápidas visiones-sueños como

jugarretas de mi fantasía, tanto más cuanto que tales visiones me presentaban el vestido y los movimientos de los actores, la aparición de la habitación, los muebles y otras circunstancias de la escena; hasta que en una ocasión, con ánimo de bromear, referí a mi familia la historia secreta de la costurera que acababa de salir de la habitación. Jamás la había visto hasta entonces. Sin embargo, los oyentes se quedaron sorprendidos, se rieron y no quisieron creer que yo no conocía la vida pasada de aquella mujer, porque todo lo que yo había dicho era perfectamente cierto.

No fui yo el menos sorprendido de que mi visión-sueño estuviese de acuerdo con la realidad. Entonces presté más atención al asunto, y cuantas veces lo permitían las circunstancias, refería a aquellos cuyas vidas habían pasado ante mi vista, la sustancia de mi visión-sueño, a fin de obtener de ellos una rectificación o una confirmación. En todas ocasiones obtuve una confirmación, no sin profunda sorpresa de parte de los que me la daban.

Cierto día fui a la ciudad de Waldshot acampanado de dos jóvenes deportistas que aún viven. Era al oscurecer, y cansados de nuestra caminata entramos en una posada llamada La vid. Cenamos en numerosa compañía en una mesa redonda, y en cierto momento empezaron a burlarse de las particularidades y sencillez de los suizos en relación con su creencia en el magnetismo, en el sistema fisionómico de Lavater, y cosas por el estilo. Uno de mis compañeros, cuyo orgullo nacional se sintió ofendido de sus burlas, me rogó que les dijese algo, particularmente a un joven de superior apariencia, sentado enfrente de nosotros, y que más marcadamente les había ridiculizado.

Precisamente ocurrió que los sucesos de la vida de esta persona habían pasado hacía poco ante mi mente. Me dirigí a él con la pregunta de si me contestaría con toda sinceridad si yo le refería los pasajes más secretos de la historia de su vida; siendo él tan desconocido para mí como yo para él.

-Esto -dije- iría más lejos que toda la habilidad fisonómica de Lavater. Prometió que si decía la verdad la admitiría francamente. Entonces referí los sucesos que mi visión me había sugerido, y todos los que había en la mesa supieron la vida del joven comerciante: sus años de estudiante, sus pecadillos y, finalmente, un acto delictivo cometido por él en la caja de caudales de su patrón. Describí la desierta habitación con sus blancas paredes, en donde a la derecha de la puerta de entrada se hallaba sobre una mesa la pequeña caja negra del dinero, etc. El hombre, sumamente sorprendido, admitió la exactitud de todas las circunstancias, hasta esta última misma, cosa que no era de esperar.”

¡Y después de referir este suceso, el digno Zschokke prosigue tranquilamente a considerar, si después de todo, esta notable facultad, que tan a menudo había ejercitado, no sería realmente la resultante de una mera coincidencia casual!

Relativamente pocos son los relatos que se encuentran de personas que posean esta facultad de ver en el pasado, en la literatura del asunto, y por tanto, pudiera suponerse que es mucho menos común que las de previsión. Sospecho, sin embargo, que la verdad es, más bien, que esta facultad es mucho menos comúnmente reconocida. Como he dicho antes, puede suceder muy fácilmente que una persona pueda ver un cuadro del pasado sin reconocerlo como tal, a menos que haya en él algo que le llame especialmente la atención, tal como un hombre con armadura o con vestidos antiguos. También la previsión puede no ser siempre reconocida como tal en el momento; pero la realización del suceso previsto la recuerda vívidamente, al mismo tiempo que manifiesta su naturaleza, de suerte que no es probable que pase inadvertida. Por tanto, puede muy bien suceder que las vislumbres ocasionales de estas reflexiones astrales de los anales akáshicos, sean más comunes que lo que lo hacen suponer los relatos publicados.

Clarividencia en el Tiempo: Futuro

Sobre este punto también remito a los lectores al trabajo mencionado antes. En él indico algo acerca de las predicciones, sobre su posibilidad, y cómo pueden explicarse. Trato de indicar cómo en el plano mental la mente libre puede fácil y rápidamente calcular el porvenir, y cómo en el plano búdico una facultad superior aún puede penetrarlo sin cálculos. El modo cómo funciona esta facultad superior es, naturalmente, por completo incomprensible para el cerebro físico; sin embargo, alguna que otra vez podemos tropezar con una alusión que parece que nos aproxima algo a una vaga posibilidad de comprensión. Una de estas alusiones fue hecha por el doctor Oliver Lodge, en su discurso a la Asociación Británica de Cardiff. Dijo:

“Una idea luminosa y auxiliar, es la de que el tiempo no es más que un modo relativo de considerar las cosas; progresamos por medio de los fenómenos con cierta rapidez definida, y este avance subjetivo lo interpretamos de un modo objetivo, como si los sucesos marchasen necesariamente en este orden y a este paso preciso. Pero esto puede ser sólo un modo de considerarlos. Los sucesos pueden estar, en cierto sentido, siempre existentes, tanto en el pasado como en el futuro, y puede ser que seamos nosotros los que llegamos a ellos, y no ellos los que se verifican. La analogía de un viajero en un ferrocarril, es útil; si no se pudiese abandonar nunca el tren ni cambiar su marcha, es muy probable que se consideraran los paisajes como necesariamente sucesivos, y no sé podría concebir su existencia.

...Percibimos, por tanto, un aspecto posible de cuatro dimensiones acerca del tiempo, y lo inexorable de su curso puede ser una parte natural de nuestras limitaciones presentes. Y si llegamos a comprender la idea de' que el pasado y lo futuro pueden existir actualmente, podríamos reconocer que tengan una influencia determinante en toda acción presente, constituyendo los dos juntos el "plano superior" o totalidad de

las cosas, las cuales, a mi parecer, nos vemos impulsados a buscar, en relación con la dirección de la forma o determinismo, y la acción de los seres vivos, conscientemente dirigida a un fin definido y preconcebido.”

El tiempo no es en realidad la cuarta dimensión en modo alguno; sin embargo, el considerado por un momento desde este punto de vista, es una ligera ayuda para comprender lo incomprensible. Supongamos que tenemos un cono de madera apoyado por el vértice y perpendicularmente sobre una hoja de papel, y que lentamente lo empujamos a través de la misma. Un microbio que viviese en la superficie de esta hoja de papel, y que no pudiese concebir nada fuera de esta superficie, no sólo no podría ver nunca el cono como un todo, sino que no podría formar ninguna clase de concepto de semejante cuerpo. Todo lo que vería sería la aparición repentina de un diminuto círculo, el del vértice, el cual se agrandaría más y más de un modo gradual y misterioso, hasta que desaparecería de su mundo tan repentina e incomprensiblemente como se había presentado.

Así, lo que en realidad sería una serie de secciones del cono, le parecerían ser estados sucesivos en la vida de un círculo, y le sería imposible asir la idea de que estos estados sucesivos podían verse simultáneamente. Sin embargo, es, por supuesto, cosa fácil para nosotros, mirando el asunto desde otra dimensión, el ver que el microbio está sencillamente bajo una ilusión derivada de sus propias limitaciones, y que el cono existe como un todo. Nuestra propia ilusión respecto del pasado, presente y futuro es, probablemente, semejante, y la vista que se obtiene de cualquier serie de sucesos desde el plano búdico, corresponde a la vista del cono como un todo. Naturalmente, cualquier intento de explicar esta indicación nos conduciría a una serie de paradojas sorprendentes; pero el hecho, sin embargo sigue siendo tal hecho, y llegará la hora en que será claro como el día a nuestra comprensión.

Cuando la conciencia del discípulo está por completo desarrollada en el plano búdico, la visión perfecta es, por tanto, posible para él, aun cuando no pueda -y seguramente no podrá- aportar a esta vida todo el resultado de su visión por completo y en orden. Sin embargo, es

evidente que en sus facultades reside una gran parte de clara presciencia siempre que desee ejercitarla; y hasta cuando no la ejercita, vienen a él durante su vida ordinaria frecuentes ráfagas de conocimiento previo, de modo que muchas veces tiene la intuición instantánea de los sucesos futuros, aun antes de iniciarse.

Fuera de esta previsión perfecta, vemos como en los casos anteriores, que existen todos los grados de este tipo de clarividencia, desde los vagos presentimientos ocasionales que no pueden llamarse visión, hasta la segunda vista frecuente y bastante completa. La facultad a la que se ha dado este último nombre, en parte erróneo, es muy interesante, y compensaría bien un estudio más atento y sistemático que el que hasta ahora se le ha dedicado. Nos es más conocida como propiedad bastante frecuente de los montañeses de Escocia, aun cuando en modo alguno se limita a ellos. En casi todas las naciones se han presentado ejemplos circunstanciales, pero ha sido siempre más común entre los montañeses y hombres de vida solitaria. Entre nosotros, en Inglaterra, se la menciona a menudo como si fuera don exclusivo de la raza celta; pero en realidad ha aparecido en todo el mundo entre gentes colocadas en análoga situación; por ejemplo, se dice que es muy común entre los aldeanos de Westphalia.

Algunas veces la segunda vista consiste en un cuadro, prediciendo claramente algún suceso futuro; quizá con más frecuencia se reciba la vislumbre del porvenir por medio de una apariencia simbólica. Es de notar que los sucesos que se predicen son invariablemente desagradables, siendo la muerte el más común de ellos; no recuerdo un solo ejemplo de segunda vista que no haya sido de la más sombría naturaleza. Tiene un simbolismo horripilante que es peculiar suyo, un simbolismo de mortajas, candeleros mortuorios y otros horrores funerarios. En algunos casos parece que hasta cierto punto depende de la localidad, porque se dice que los habitantes de la isla de Skye, que poseen esta facultad, la pierden las más de las veces cuando dejan la isla, aunque no sea sino para pasar al continente. El don de esta vista es algunas veces hereditario en una familia durante generaciones; pero ésta no es una regla invariable, pues a menudo aparece de un modo esporádico en un individuo de una familia, libre por otra parte de su

lúgubre influencia.

En el trabajo a que he hecho referencia, se dio un ejemplo de una visión clara de un suceso futuro, con algunos meses de antelación. Yo expuse otro quizá más sorprendente, exactamente como me había sido referido por uno de los actores de la escena en otro lugar de este trabajo. Pueden reunirse por docenas ejemplos de análoga naturaleza. Respecto de la variedad simbólica de esta vista, se asegura comúnmente entre los que la poseen, que si al ver una persona viva ven el fantasma de una mortaja envolviéndole, es un pronóstico seguro de su muerte. La fecha de la muerte está indicada, bien por la extensión en que la mortaja cubre el cuerpo, o por la hora del día en que se ve la visión; pues si es por la mañana temprano, dicen que el hombre morirá en el mismo día; pero que si es después de anochecer, entonces sucederá dentro del año. Otra variante (y bastante notable) de la forma simbólica de la segunda vista, es cuando se presenta al vidente la aparición sin cabeza de la persona cuya muerte se predice. Un ejemplo de esta clase se da en *Señales Antes de la Muerte*, como ocurrido en la familia del doctor Fenier, aunque en este caso, si no recuerdo mal, la visión no ocurrió hasta la hora de la muerte, o muy cerca de ella.

Sin contar los videntes que de un modo regular poseen cierta facultad, aun cuando no siempre dominan por completo sus manifestaciones, existe además un gran número de ejemplos aislados de previsión en gentes en quienes esta facultad nada tiene de regular.

Quizá ocurra la mayor parte de ellos en sueños, por más que abundan los ejemplos de visión en estado de vigilia. Algunas veces la previsión se refiere a un suceso de verdadera importancia para el vidente, justificándose así el trabajo que se ha tomado el ego en imprimirla. En otros casos el suceso es de los que no tienen importancia aparente, o no está relacionado en modo alguno con la persona que ha tenido la visión. Algunas veces es evidente que la intención del ego (o de la entidad que se comunica, cualquiera que sea) es avisar al yo inferior de la aproximación de alguna calamidad, bien sea para que la prevenga, o si esto no es posible, para que el golpe no sea tan rudo con la preparación.

El suceso que con más frecuencia se predice de este modo es, quizá, naturalmente, la muerte; algunas veces la muerte del vidente mismo, otras la de alguien que le es querido. Este tipo de previsión es tan común en la literatura sobre el asunto, y su objeto es tan patente, que casi no necesitamos presentar ejemplos de él; sin embargo, uno o dos casos en los que la vista profética, bien que evidentemente útil, ha sido, no obstante, de un carácter menos sombrío, quizás interesen a nuestros lectores. El que sigue está tomado del libro *Lado Nocturno de la Naturaleza*, pág. 72, de la sencilla señora Crowe.

“Hace pocos años que el doctor Watson, que actualmente reside en Glasgow, soñó que recibía un aviso para ir a ver a un cliente en un lugar distante unas millas de donde él vivía; montó a caballo y al atravesar un campo vio un toro que se dirigía hacia él furiosamente, y de cuyos cuernos escapó refugiándose en un sitio inaccesible para el animal, en donde estuvo esperando largo tiempo hasta que algunas personas, observando su situación, vinieron en su ayuda y le libertaron. A la mañana siguiente, mientras tomaba su desayuno, vino el aviso, y sonriéndose de la coincidencia (según él la creía) montó a caballo. Desconocía por completo el camino por donde debía ir, pero no tardó en llegar al campo, que reconoció, presentándose acto seguido el toro que se dirigía a escape sobre él. Pero su sueño le había enseñado el lugar de refugio, hacia el cual corrió sin vacilar, y allí pasó tres o cuatro horas sitiado por el animal, hasta que lo libertaron algunos aldeanos. El doctor Watson declara que, de no haber sido por el sueño, no hubiera sabido dónde refugiarse.”

Otro caso en el cual hubo un intervalo mucho mayor entre el aviso y su realización, lo presenta el doctor Frederick George Lee en su libro: *Vislumbres de lo Sobrenatural*, vol. 1, pág. 240:

“La señorita Hannah Groen, ama de llaves de una familia de labradores en Oxfordshire, soñó una noche que la habían dejado sola en la casa un domingo por la noche, y que oyendo que llamaban a la puerta de la entrada principal, fue a abrir y se encontró un individuo de muy mala catadura, armado de un

palo a modo de cachiporra, que insistía en penetrar en la casa. Luchó con él durante algún tiempo para impedirle la entrada, pero sin resultado, pues recibió un golpe que la hizo caer en tierra sin sentido, penetrando el hombre en la casa. En este momento despertó. Como nada sucedió durante un largo período de tiempo, el sueño fue pronto olvidado, y según ella aseguraba, se le había borrado por completo de la mente. Sin embargo, siete años después, esta misma ama de llaves quedó a cargo, con otros dos criados, de una mansión aislada en Kensington (que después fue la residencia en la ciudad de la familia), cuando un domingo por la noche, en que los otros dos criados habían salido dejándola sola, sintió que llamaban fuertemente a la puerta. Repentinamente vino a su memoria el recuerdo del sueño con viveza y fuerza singulares, y lamentó grandemente su aislamiento. Obrando, pues, con prudencia, y después de encender una lámpara en la mesa del vestíbulo - durante cuyo acto se repitió Con fuerza la llamada- tomó la precaución de subir a una mesita de la escalera y abrir una ventana, y desde allí, con gran espanto suyo, vio en la calle al hombre que algunos años antes había visto en su sueño, armado de una cachiporra, y pidiendo que le abriera. Con gran presencia de ánimo bajó a la entrada principal, aseguró mejor aquella y otras puertas y ventanas, y luego empezó a tocar violentamente las diversas campanillas de la casa, y encendió luces en las habitaciones superiores. Se supuso que estos actos pusieron en fuga al intruso.”

Es evidente que también en este caso el sueño tuvo una utilidad práctica, pues a no ser por él, la digna ama de llaves hubiera, sin duda alguna, por la fuerza misma de la costumbre, abierto la puerta del modo ordinario en contestación a la llamada.

Sin embargo, no sólo en sueños imprime el ego en su yo inferior lo que cree que le conviene saber. En los libros hay muchos ejemplos que confirman esto; pero en lugar de citar de ellos, expondré un caso que me fue referido hace unas pocas semanas por una señora amiga mía; un caso que si bien no está rodeado de incidentes románticos, tiene el

mérito de ser nuevo.

Mi amiga, pues, tiene dos hijas pequeñas y hace poco tiempo la mayor cogió (según se supuso) un fuerte constipado, y sufrió durante algunos días una obstrucción completa en la parte superior de la nariz. La madre no se preocupó de esto, esperando que pasaría pronto, hasta que un día vio repentinamente ante ella, en el aire, lo que describe como un cuadro de la sala de un hospital, en donde yacía en una cama su hija mayor aparentemente insensible, con un paño manchado de sangre bajo la mejilla. La cuidaba un doctor y un enfermero, y la madre tuvo la impresión de que se acababa de sufrir una operación relacionada con la nariz. Los detalles más minuciosos de la escena se le presentaron claros, y observó particularmente que la niña tenía puesta una camisa de noche blanca, mientras que ella sabía que todos los vestidos de esta clase de su pequeña hija eran de color de rosa.

Esta visión la impresionó considerablemente y le sugirió por primera vez la idea de que su hija tuviese algo más grave que un constipado, y así la llevó a un hospital para que la examinaran. El cirujano que la reconoció descubrió una excrecencia de mal carácter en la nariz, que dijo había que extirpar inmediatamente. La niña fue subida al piso superior, puesta en la cama (con una camisa de noche blanca), y la operación se ejecutó, reproduciéndose exactamente todas las circunstancias de la visión.

En todos estos casos la previsión consiguió su resultado; pero los libros están llenos de relatos de avisos descuidados o no tenidos en cuenta, y de los desastres que consiguientemente se seguían. Algunas veces el aviso lo recibe alguien que prácticamente no puede intervenir en el asunto, como en el ejemplo histórico en que John Williams, un director de minas en Comwall, previó con los más minuciosos detalles, ocho o nueve días antes de que sucediera, el asesinato de Spencer Perceval, el entonces ministro de Hacienda, en el Congreso de Diputados. Aun en este caso, sin embargo, también hubiera quizá sido posible hacer algo; pues según leemos, el señor Williams se impresionó de tal modo que consultó a sus amigos sobre si debía ir a Londres a prevenir a Perceval. Desgraciadamente le disuadieron y el asesinato se verificó. No parece muy probable que aun cuando hubiese

ido a la capital y referido su historia, le hubieran hecho gran caso; sin embargo, existía la posibilidad de que se hubiesen tomado algunas precauciones que hubieran podido impedir el asesinato.

Hay poco que nos demuestre a qué acción particular de los planos superiores se debió esta curiosa visión profética. Los individuos se desconocían por completo, de suerte que no fue causada por ninguna estrecha simpatía entre ellos. Si fue una tentativa de parte de algún auxiliar (de la hueste de auxiliares en el plano astral) para impedir la catástrofe, parece extraño que no se encontrase a nadie lo suficientemente sensitivo más cerca que Comwall. Quizá Williams, estando en el plano astral durante el sueño, percibió de algún modo esta reflexión del futuro, y horrorizado naturalmente por ella la transmitió a su mente inferior con la esperanza de que pudiera hacer algo para impedida; pero es imposible precisar exactamente el caso sin examinar los anales akáshicos para ver lo que realmente tuvo lugar.

Un ejemplo típico de la previsión que carece absolutamente de objeto, es el referido por Stead en su *Historias Reales de Fantasma*s, de su amiga la señorita Freer, generalmente conocida como Miss X. Esta señora, estando en su casa de campo, y hallándose bien despierta y perfectamente consciente, vio una vez un carro tirado por un caballo blanco y ocupado por dos forasteros, uno de los cuales se apeó y empezó a acariciar a un perro. Vio que llevaba un ulster, así como también observó especialmente las señales que dejaron las ruedas en la arena.

Nota: ulster es un abrigo largo y suelto de tela áspera, generalmente con un cinturón en la parte posterior.

Sin embargo, en aquel momento no había por allí carro alguno; pero media hora después dos forasteros llegaron efectivamente en tal vehículo, cumpliéndose exactamente todos los detalles de la visión. Stead, cita seguidamente otro ejemplo de previsión sin objeto, en el cual entre el sueño (pues en este caso fue un sueño) y su realización, transcurrieron siete años.

Todos estos ejemplos, elegidos al azar entre cientos, demuestran que es indudablemente posible cierta previsión en el ego; y semejantes casos sucederían, sin duda alguna, con mucha más frecuencia, si no

fuera por la extrema densidad y falta de sensibilidad de los vehículos interiores de la mayor parte de lo que llamamos humanidad civilizada; defectos causados principalmente por el materialismo práctico grosero de la época presente. No me refiero a profesión alguna materialista, sino al hecho de que en todos los asuntos prácticos de la vida diaria, casi todos se guían tan solamente por consideraciones de interés mundano en alguna forma u otra.

En muchos casos el ego mismo puede ser poco desarrollado, y resultar, por tanto, su previsión muy vaga; en otros puede ver con claridad, pero ser sus vehículos inferiores tan poco sensibles, que todo lo más que puede conseguir es transmitir al cerebro físico la impresión indefinida de un desastre próximo. Además, hay casos en los que la advertencia no es en modo alguno obra del ego, sino de una entidad distinta, que por alguna razón se toma interés por la persona que percibe la sensación. En la obra antes citada, el doctor Stead nos refiere la seguridad que sintió, con algunos meses de anticipación, de que quedaría a su cargo la *Pall Mail Gazette*, aunque desde el punto de vista ordinario nada parecía menos probable. Si este conocimiento previo fue el resultado de una impresión hecha por su propio ego, o fuera alguna indicación amiga de algún otro, es imposible decidir sin una investigación definida; pero su confianza en ello fue plenamente justificada.

Hay otra variedad de clarividencia que no debe dejarse sin cuestionar. Es relativamente rara, pero se registran de ella bastantes ejemplos para llamar nuestra atención, por más que, desgraciadamente, entre los detalles que se dan, no se ven, por lo general, aquellos que se requieren para poder determinar con certeza. Me refiero a los casos en que se han visto ejércitos espectrales o ganados fantasmas. En *El Lado Nocturno de la Naturaleza*, hay relatos de tales visiones. Se nos refiere cómo en Havarah Park, cerca de Ripley, fue visto por personas respetables, un cuerpo de soldados con uniforme blanco, en número de varios cientos, hacer diversas evoluciones y luego desvanecerse; y cómo algunos años antes un ejército ilusorio semejante fue visto en las cercanías de Invernes, por un respetable agricultor y su hijo.

En este caso también el número de soldados era muy grande, y los espectadores no abrigaban, al principio, la menor duda de que eran formas sustanciales de carne y hueso. Contaron por lo menos dieciséis pares de columnas, y tuvieron tiempo sobrado para observar todos los detalles. Las filas del frente marchaban de siete en fondo, y estaban acompañadas de muchas mujeres y niños, que llevaban cacerolas de estaño y otros útiles de cocina. Los hombres vestían de encarnado y sus armas brillaban al sol. En medio de ellos había un animal, un venado o un caballo, no pudieron distinguir cuál de los dos, al que empujaban furiosamente con sus bayonetas.

El más joven de los dos hombres hizo al otro la observación de que de vez en cuando las filas de atrás tenían que correr para alcanzar la vanguardia; y el más viejo, que había sido soldado, le dijo que tal sucedía siempre, y le recomendó que si alguna vez servía, tratase de ir siempre al frente. Sólo había un oficial montado, jinete en un caballo tordo de dragones, y que llevaba un sombrero con galones de oro y uniforme azul de húsar, con mangas abiertas guarnecidas de encarnado. Los dos espectadores lo observaron tan particularmente, que dijeron después que podían reconocerle en cualquier parte. Sin embargo, temieron ser maltratados u obligados a seguir a las tropas, que supusieron habían venido de Irlanda y desembarcado en Kyntyre, y mientras se subían a un carro para evitar su encuentro, toda la escena desapareció.

Un fenómeno por el estilo fue observado en los primeros años de este siglo en Paderborn, Westfalia, y visto por lo menos por treinta personas; pero como algunos años más tarde tuvo lugar en aquel mismo sitio una revista de veinte mil hombres, se dedujo que la visión debía haber sido alguna clase de segunda vista: una facultad bastante común en aquel distrito. Se citan otros casos en que se han visto en ciertos caminos ganados de ovejas espectrales, y hay, por supuesto, varias historias alemanas de cabalgatas fantasmales de cazadores y bandidos.

Ahora bien; en estos casos, como tan a menudo sucede en la investigación de los fenómenos ocultos, existen varias causas posibles, cualquiera de las cuales sería apta para ocasionar los sucesos

observados; pero en la carencia de informes más completos, no puede hacerse otra cosa que conjeturar acerca de cuáles de entre estas causas posibles operaban en cada ejemplo.

La explicación que generalmente se da (cuando no se ridiculiza todo el relato como una falsedad) es que lo que se ve es la reflexión, por espejismo, de los movimientos de un cuerpo verdadero de tropas que se verifican a distancia considerable. Yo mismo he visto el espejismo ordinario en diversas ocasiones, y conozco, por tanto, algo de sus maravillosos poderes de ilusión; pero me parece que se necesitarla alguna variedad completamente nueva de espejismo, muy distinta de las conocidas hasta ahora por la ciencia, para explicar estas historias de ejércitos fantasmas, que pasan a unos pocos metros del espectador.

En primer término pueden ser, como en el caso de Westfalia antes mencionado, simples ejemplos de previsión en escala gigantesca; por quién arreglados y con qué objeto, no es fácil de adivinar. También pueden muchas veces pertenecer al pasado en lugar de al porvenir, y ser efectivamente reflexiones de escenas de los anales akáshicos; aunque también en este caso la razón y motivo de semejante reflexión no están claros. Hay muchas tribus de espíritus de la naturaleza capaces, si por alguna razón lo desearan hacer, de producir semejantes apariciones por medio de sus maravillosos poderes para ilusionar, y semejantes actos estarían muy en armonía con su tendencia a mistificar e impresionar a los seres humanos. Otra posibilidad es que en algunos casos lo que ha sido tomado por soldados eran simplemente los espíritus de la naturaleza mismos, ejecutando algunas evoluciones ordenadas en que tanto se divierten, aunque hay que admitir que éstas rara vez son de un carácter que pueda confundirse con las maniobras militares, excepto por los más ignorantes.

Los soldados son probablemente, en la mayor parte de los ejemplos, simples anales; pero hay casos como el de “los cazadores salvajes” de la historia alemana, que pertenecen a una clase completamente distinta de fenómenos, que está por completo fuera de nuestro asunto presente. Los estudiantes de lo oculto están familiarizados con el hecho de que las circunstancias que rodean cualquier escena de terror o pasión intensa, tales como un asesinato excepcional horrible,

tienden a reproducirse de vez en cuando en una forma en que se requiere muy poco desarrollo de facultad psíquica para poder ver, y ha sucedido algunas veces que varios animales han formado parte del escenario del suceso, y por consiguiente ellos también son periódicamente reproducidos por la acción de la conciencia culpable del asesino. Probablemente, sea cualquiera el fundamento verdad que tengan estos relatos de jinetes espectrales y partidas de caza, pueden clasificarse en esta categoría.

Métodos de Desarrollo

Cuando un hombre se convence de la verdad del valioso poder de la clarividencia, su primera pregunta es generalmente: “¿Cómo podré yo desarrollar esta facultad que se dice está latente en todos los hombres?”

Ahora bien; el hecho es que hay muchos métodos por los cuales puede desarrollarse, pero no hay más que uno que se pueda recomendar sin peligro como de uso general, el cual mencionaremos el último de todos. Entre las naciones menos avanzadas del mundo, el estado de clarividencia ha sido producido de diversos medios, todos censurables; entre las tribus no arias de la India, por el empleo de drogas intoxicantes, o por la aspiración de vapores estupefacientes; entre los derviches, dando vueltas en una danza alocada de fervor religioso, hasta que sobrevienen el vértigo y la insensibilidad; entre los partidarios de las prácticas abominables del culto Vudú, por espantosos sacrificios y ritos repugnantes de magia negra. Semejantes métodos no están, afortunadamente, en boga en nuestra propia raza; sin embargo, aún entre nosotros, un gran número de ignorantes en este antiguo arte adoptan un método propio de hipnosis, tal como el mirar con fijeza algún punto brillante, o la repetición de alguna fórmula hasta que se produce un estado de semi-estupefacción, al paso que otra escuela de entre ellos trata de llegar a los mismos resultados por medio del empleo de algunos sistemas indios de respirar.

Todos estos métodos deben ser, sin ningún género de duda, condenados como muy peligrosos para la práctica de cualquier hombre ordinario que no tiene idea de lo que hace, sino que simplemente pone por obra experiencias vagas en un mundo que le es por completo desconocido. Hasta el método de obtener la clarividencia, haciéndose magnetizar por otra persona, no tiene nada de recomendable y debe huirse de él. No debe jamás ser intentado excepto bajo condiciones de confianza absoluta y de afecto, entre el magnetizador y el magnetizado; y un grado de pureza de alma y corazón, de mente y de intención, tales como generalmente no se ven

nunca sino entre los santos más grandes.

Los experimentos relacionados con el sueño magnético son del mayor interés, pues ofrecen al escéptico (entre otras cosas) una posibilidad de comprobar el hecho de la clarividencia; sin embargo, excepto bajo las condiciones que acabo de mencionar, condiciones que desde luego admito que son casi imposibles de encontrar, nunca aconsejaría a nadie que se sujete a tales experiencias.

El magnetismo curativo (por medio del cual, sin dormir en modo alguno al paciente, se intente aliviarle, o curarle, o comunicarle vitalidad con los pases magnéticos), es una cosa muy distinta; y si el magnetizador, aunque sea completamente inexperto, está bien de salud y animado de intenciones puras, ningún perjuicio resultará para el sujeto. En los casos extremos como el de una operación quirúrgica, puede un hombre razonablemente someterse aún al sueño magnético; pero no es, en verdad, un estado que deba experimentarse sin necesidad. Por mi parte, aconsejaría del modo más terminante a toda persona que me hiciera el honor del consultarme sobre el asunto, que no intentase ninguna clase de investigación experimental en lo que es todavía para ella el campo de las fuerzas anormales de la naturaleza, antes de que, en primer término, se haya enterado bien de todo lo que se ha escrito, sobre el asunto, o lo que sería con mucho lo mejor de todo, hasta obtener la dirección de un maestro competente.

Pero se dirá: ¿dónde encontrar ese maestro competente? Seguramente, no entre los que se anuncian como tales, que ofrecen comunicar, mediante unas guineas o duros, los misterios sagrados de las edades, o que tienen “círculos para desarrollar” en los cuales se admiten los solicitantes a tanto por cabeza.

Mucho se ha dicho en este tratado acerca de la necesidad de una educación cuidadosa -de la ventaja inmensa del clarividente experto sobre el inexperto- pero esto nos vuelve otra vez a la misma pregunta: ¿dónde puede obtenerse tal educación definida?

La respuesta es que esta educación puede obtenerse precisamente donde siempre se ha obtenido desde que principió la historia del mundo: de la Gran Fraternidad Blanca de Adeptos, que se halla

actualmente, como siempre se ha hallado, a espaldas de la evolución humana, guiándola y auxiliándola bajo el régimen de las grandes leyes cósmicas que representan para nosotros la Voluntad de lo Eterno.

Pero puede preguntársenos: ¿cómo se llega hasta ellos?, ¿cómo puede el aspirante, sediento de conocimiento, comunicarles su deseo de instrucción?

De nuevo contestamos: tan sólo por los métodos honrados por el tiempo. No existe ninguna forma nueva por medio de la cual pueda un hombre hacerse apto sin trabajo, para convertirse en un discípulo de esta escuela, ningún camino real que conduzca al conocimiento que allí puede adquirirse. Hoy en día, lo mismo que en la más remota Antigüedad, el hombre que desee llamar la atención tiene que entrar en la senda lenta y trabajosa del propio desarrollo; tiene que aprender, en primer término, a tratarse a Sí mismo y hacerse todo lo que debe ser. Los pasos de este sendero no son un secreto, y han sido presentados tan a menudo en los libros teosóficos, que no los repetiré aquí. pero no es ningún camino fácil de seguir, y sin embargo, más tarde o más temprano todos tienen que andarlo, pues la gran ley de la evolución arrastra a la humanidad, lenta pero irresistiblemente, a su meta.

De entre aquellos que se agolpan en este sendero, escogen los Maestros sus discípulos, y solamente haciéndose apto para ser enseñado, es cómo el hombre puede conseguir la enseñanza. Sin esta aptitud, el ingresar en cualquier Logia o Sociedad, ya sea secreta o de otro modo, no le hará avanzar lo más mínimo en su propósito. Es verdad, como todos sabemos, que por iniciativa de algunos de estos Maestros fue fundada nuestra Sociedad Teosófica, y que de sus filas han sido escogidos algunos para entrar en relación más estrecha con ellos. Pero esta elección depende del esfuerzo del candidato, no del mero hecho de pertenecer a la Sociedad o a algún cuerpo dentro de la misma.

Este es, pues, el único modo absolutamente seguro de desarrollar la clarividencia: entrar con toda energía en el sendero de la evolución moral y mental, en uno de cuyos grados esta facultad, así como otras más elevadas, se empezarán a mostrar espontáneamente. Hay, sin

embargo, un ejercicio que es aconsejado por todas las religiones igualmente, el cual, si se adopta cuidadosa y reverentemente, no puede hacer daño a ningún ser humano, y por el cual suele desarrollarse un tipo muy puro de clarividencia; este ejercicio es el de la meditación.

Que una persona escoja cierto tiempo diario determinado en que tenga la seguridad de permanecer tranquilo y sin ser molestado, siendo preferible que sea durante el día más bien que por la noche, y dedicarse en tales momentos a mantener su mente, durante algunos minutos, completamente libre de todo pensamiento terrestre de cualquier clase que sea, y cuando lo haya conseguido, dirigir toda la fuerza de su ser hacia el ideal espiritual más elevado que conozca. Verá que el obtener semejante perfecto dominio del pensamiento es inmensamente más difícil que lo que supone; pero, una vez alcanzado, verá también que por todos conceptos le es grandemente beneficioso, y a medida que va adquiriendo mayor dominio para elevar y concentrar su pensamiento, gradualmente encontrará que nuevos mundos se abren ante su vista.

Después de todo, sin embargo, si los que ansiosamente desean la clarividencia pudieran poseerla temporalmente durante un día, o tan siquiera una hora, es muy dudoso que tratasen de retener el don. Es cierto que ante ellos se abren nuevos mundos de estudio, nuevas facultades para ser útiles, y por esta última razón la mayor parte de nosotros creemos que vale la pena; pero hay que tener presente que para uno cuyo deber todavía le obliga a vivir en el mundo, no es, en modo alguno, una dicha sin mezcla. Sobre el que obtiene esta visión se posa, como un peso siempre presente, el dolor y la desgracia, el mal y la codicia del mundo, hasta el punto que en los primeros pasos de su conocimiento siéntese a menudo inclinado a ser el eco de la abjuración apasionada que contienen estos fluidos versos de Schiller:

Dien Orakel zu verkünden, warum warfest du mich hin
In die Stadt der ewig Blinden, mit dem aufgeschloss'nen Sinn?
Frommt's, den Schleier aufzuheben, wo das nahe Schreckniss
droht?

Nur der Irrthum ist das Leben; dieses Wissen ist der Tod.
Nimm, O nimm die traur'ge Klarheit mir vom Aug' den
blut'gen Schein!
Schrecklich ist es deiner Wahrheit sterbliches Gefäss zu seyn!

Los cuales pueden, quizá, traducirse así:

¿Por qué para proclamar tu oráculo me has lanzado en la
ciudad de los eternos ciegos con el sentido abierto?

¿Vale levantar el velo donde amenaza el peligro cercano?

Sólo la ignorancia es vida; este conocimiento es la muerte.

Quítame, ¡oh!, quítame esta triste clarividencia, aparta de mis
ojos la visión sangrienta.

Es horrible ser el vehículo mortal de tu verdad.

Y más adelante exclama también: “Devuélveme mi ceguera, la
dichosa oscuridad de mis sentidos; quítame tu espantoso don”.

Pero esto es, por supuesto, un sentimiento que pasa, pues la vista
superior pronto muestra al discípulo algo más allá del deber; pronto
penetra en su alma la abrumadora certeza que cualesquiera que sean
las apariencias aquí abajo, todas las cosas, sin ningún género de duda,
trabajan juntas por el bien eventual de todo. Reflexiona que el pecado
y el sufrimiento están allí ya los pueda él percibir o no, y que cuando
puede verlos se encuentra, después de todo, en mejores condiciones
para prestar auxilio eficaz que si trabajara en las tinieblas, y de este
modo aprende a soportar su parte del pesado karma del mundo.

Hay algunos mortales descarriados, que teniendo la suerte de poseer
una parte de esta facultad superior, están, sin embargo tan
absolutamente destituidos de todo sentimiento elevado en relación
con tal poder, que lo usan con los fines más sórdidos, hasta el punto de
anunciarse como “clarividentes probados para negocios”. Inútil es
decir que semejante uso de esta facultad es una mera prostitución y
degradación de la misma, que demuestra que su desgraciado poseedor
la ha obtenido de algún modo, antes que el lado moral de su

naturaleza se hubiese desarrollado lo suficiente para soportar la prueba que impone. La percepción del mal karma que semejante conducta muy pronto genera, cambia la repugnancia en compasión por el desgraciado perpetrador de tal sacrílega imprudencia.

Se objeta a veces que la posesión de la clarividencia anula todo lo reservado y confiere un poder sin límites para explorar los secretos de los demás. No hay duda que efectivamente confiere semejante *poder*, pero, sin embargo, tal idea resulta algún tanto ridícula para cualquiera que conozca prácticamente el asunto. Semejante objeción es posible que sea muy fundada con respecto a los muy limitados poderes de los “clarividentes probados para negocios” pero la persona que la refiere a aquellos que han adquirido la facultad en el curso de su instrucción, y que, por consiguiente, la poseen por completo, olvida tres hechos fundamentales: primero, que es de todo punto inconcebible que una persona que tenga abiertos ante sí los espléndidos campos de investigación que la verdadera clarividencia presenta, pueda tener jamás el menor deseo de espiar los vanos secretillos de cualquier individuo; segundo, que si por alguna improbable casualidad nuestro clarividente *tuviese* semejante despreciable curiosidad por tales menudencias, existe, después de todo, lo que se llama el honor del caballero, que lo mismo en aquel plano que en éste, le impediría, por supuesto, hasta la idea momentánea de aprovecharse de ello bajo ningún concepto; y tercero, que en caso de la posibilidad sin precedente de que hubiese alguna variedad excepcional de una clase inferior de Pitris, para quien semejantes consideraciones no tuvieran peso alguno, hay que tener en cuenta que a todos los discípulos, así que principien a mostrar señales del desarrollo de esta facultad, se le comunican terminantes instrucciones que restringen su uso.

Para decido de una vez, estas restricciones son que no se debe espiar a los demás. que no se puede usar este poder en ningún sentido egoísta, ni debe hacerse ostentación alguna de fenómenos; o lo que es lo mismo, que las mismas consideraciones que sirven de norma de conducta a cualquier persona digna en el plano físico, se espera que las tenga también en el plano astral y el devachánico; que el discípulo no debe, en ningún concepto, usar los poderes que sus mayores

conocimientos le confieren, en beneficio propio mundano, o en nada que se relacione con ganancia; y que nunca debe prestarse a lo que se llama en los círculos espiritistas “pruebas”, esto es, hacer algo que pruebe de manera evidente a los escépticos del plano físico, que posee lo que para ellos aparecería como un poder anormal.

Respecto de esta última prohibición, la gente dice a menudo: ¿Y por qué no? ¡Sería tan fácil refutar a los escépticos y convencerlos en beneficio suyo! Tales críticos no tienen en cuenta que, en primer lugar, ninguno de los que saben algo, *desean* refutar ni convencer escépticos, ni les importa un ardite su actitud en ningún sentido; y en segundo, que no comprenden cuánto mejor es para el escéptico el llegar gradualmente a una apreciación intelectual de los hechos de la naturaleza, en lugar de que le sean repentinamente impuestos, como si dijéramos, por un golpe de maza. Pero este apunto ha sido perfectamente tratado hace muchos años en *El Mundo Oculto*, de Sinnett, y no es necesario repetir aquí los argumentos aducidos entonces.

Para algunos de nuestros amigos es muy difícil darse cuenta de que la necia chismografía y la vana curiosidad, que tan por completo ocupa la vida de la poco inteligente mayoría en la tierra, no preocupa en lo más mínimo la vida más real del discípulo; y así, algunas voces preguntan si aun sin ningún deseo especial de ver, no puede un clarividente observar casualmente algún secreto que otra persona tratase de ocultar, del mismo modo que la mirada de uno puede por casualidad fijarse en una sentencia de una carta de otro que se hallase sobre una mesa. Por supuesto que esto puede suceder; pero, y si sucede, ¿qué? El hombre de honor apartaría la vista, tanto en un caso como en otro, y sería como si nada hubiese visto. Si los objetantes se dieran cuenta del hecho de que a ningún discípulo *le importan* los asuntos de otro, excepto en el caso de que trate de serle útil, y que siempre tiene un mundo de ocupaciones propias a que atender, no estarían tan lejos de comprender las circunstancias de la vida más amplia del clarividente ejercitado.

Aun por lo poco que he dicho respecto de las restricciones impuestas al discípulo, es evidente que en muchos casos sabrá bastante más de lo

que está en libertad de decir. Esto, por supuesto, es también verdad, en un sentido de mucho más alcance, en lo que concierne a los mismos Maestros de Sabiduría, esta es la razón por que los que tienen el privilegio de hallarse alguna vez con Su presencia, oyen con el mayor respeto sus menores palabras, hasta en los asuntos que en nada se relacionan con la enseñanza directa; pues la opinión de un Maestro, y hasta la de uno de sus discípulos superiores, sobre cualquier asunto, es la de un hombre cuyas posibilidades de juzgar con exactitud están fuera de toda proporción comparadas con las nuestras.

Su situación, así como sus superiores facultades, son, en realidad, la herencia de toda la humanidad; y por muy lejos que ahora nos encontremos de esos grandiosos poderes, no por eso es menos cierto que serán nuestros algún día. Pero ¡qué diferencia entre el mundo actual y aquel en que la humanidad entera posea la clarividencia superior! Piénsese que diferente será la historia cuando todos puedan leer sus anales; la ciencia, cuando todos los procesos, acerca de los cuales los hombres sólo pueden emitir teorías, puedan observarse en todo su curso; la medicina, cuando tanto el doctor como el paciente puedan ver clara y exactamente lo que hay que hacer; la filosofía, cuando ya no exista la posibilidad de la discusión acerca de sus bases, porque todos igualmente podrán ver un aspecto más superior de la verdad; el trabajo, cuando toda ocupación será dichosa, porque cada hombre será dedicado a aquello que pueda ejecutar mejor; la educación, cuando la mente y el corazón de los niños sean libro abierto para el maestro que trate de formar sus caracteres; la religión, cuando ya no sea posible disputar sobre sus principales dogmas, toda vez que la verdad acerca de los estados después de la muerte, y la Gran Ley que gobierna el mundo, serán patentes para todos. Sobre todo, ¡cuánto más fácil será para los hombres evolucionados ayudarse mutuamente bajo unas condiciones mucho más amplias! Las posibilidades que se presentan a la mente son como vistas gloriosas que se extienden en todas direcciones, de manera que nuestra séptima ronda será talmente una verdadera edad de oro. Bueno es que estas grandiosas facultades no serán poseídas por toda la humanidad hasta que haya alcanzado un nivel muy superior, tanto en moralidad como en sabiduría, porque de

otra manera se repetiría, en condiciones aún peores, la terrible caída de la gran civilización atlante, cuyos individuos no supieron comprender que a un mayor poder corresponde una responsabilidad mayor. Sin embargo, nosotros mismos hemos estado, por la mayor parte, entre esos mismos hombres; esperemos que aquella caída nos haya servido de provechosa enseñanza, y que cuando de nuevo se abran ante nosotros las posibilidades de la vida más amplia, soportáremos la prueba mejor.

Nota del editor:

Aquí os dejo con un ejercicio extraído del libro “[Logos Mantram Teurgia](#)” por el maestro Samael Aun Weor. Recordemos que el practicante debe estar preparado para las salidas astrales o el don de la clarividencia. Podemos apreciar la causa y efecto si esta advertencia es ignorada en el [siguiente capítulo](#).

El Maestro:

El ejercicio más poderoso del mundo para desarrollar la Clarividencia, es el llamado en Ocultismo “Ejercicio Retrospectivo”.

El discípulo, sumergido en profunda meditación interna, comienza su práctica así: trata de recordar detalladamente los últimos incidentes de su vida acaecidos en el día: luego, abordará el recuerdo de los penúltimos; enseguida, de los antepenúltimos, y así sucesivamente. Deberá, pues, aplicar su percepción y su atención retrospectiva a todo el drama de su vida. Acabará por recordar los últimos quince días; el último mes; el antepenúltimo... el último año; el antepenúltimo, etc., siempre en forma retrospectiva, como quien está repasando la lectura de un libro desde la última página hasta la primera sin saltarse ninguna de las intermedias.

Sucede que al intentar recordar los primeros siete años de vida infantil, la práctica retrospectiva se vuelve más difícil. Sin embargo,

tiene que admitirse que todos los incidentes, todas las representaciones de aquel período de nuestra Infancia están depositadas en la “bolsa del Subconsciente” y la tarea importante es sacar a la luz de la conciencia esos recuerdos del fondo de esa “bolsa”.

Esto sólo es posible en el acto de entregarnos al sueño. Todo ser humano se pone en contacto con el Subconsciente durante el tiempo del sueño. Pues bien, en los instantes de estar dormitando, el discípulo combinará el Ejercicio Retrospectivo con el sueño. Y se esforzará por recordar, repetimos, todos los incidentes de su vida hasta llegar a cuando tenía siete años de edad, siempre en forma regresiva: revisará año por año, desde el 7º hasta el 1º; y después, hasta el Instante en que nació. Téngase la seguridad de que los recuerdos irán surgiendo poco a poco, después de duros esfuerzos y de numerosos e infatigables prácticas retrospectivas noche por noche.

Una Vida Hechizada

Según lo narrado por una Pluma

Las tortuosas calles de A..., pequeña ciudad Rhine, se veían sepultadas bajo un densísimo manto de niebla en una fría noche del otoño de 1884. Los moradores se habían ya retirado horas hacía, buscando en el sueño el descanso para sus laboriosas tareas del día. Todo era reposo, silencio, soledad y tristeza en aquellos ámbitos vacíos...

También yo me hallaba en mi lecho; pero, ¡ay!, de bien diferente manera por el dolor y la enfermedad que en él me retenían desde hacía varios días. El silencio en torno mío en aquella noche de misterio era tal que, según la paradójica frase de Longfellow, hasta se oía el silencio mismo. Percibía claramente hasta el latido de mi propia sangre al circular violenta por mis miembros doloridos, y mi sobreexcitada imaginación me llevaba como a escuchar el susurro de una voz humana musitando no sé qué misteriosas cosas en mi oído. No parecía, sino que era un eco transmitido desde largas distancias en una de esas gargantas de montaña tan solitarias como maravillosamente resonantes, que pueden transmitir una palabra a media milla cual por un tubo acústico. Era, sí, la voz tan familiar para mí desde hace tantos años: la voz de uno de esos grandes seres a quienes no se les puede conocer sin sentirse en el acto presa de la más viva veneración, y a quien, en los trances más crueles del paroxismo de mis dolores mentales y físicos siempre he debido la luz de un rayo de consuelo y de esperanza...

¡Olvida tus propios dolores –me decía aquella suavísima e inefable voz– apartando tu imaginación de ellos! Piensa en días felices y pretéritos;

en las lecciones que tantas veces has recibido acerca de los grandes misterios de la Naturaleza, verdades que los hombres, ciegos a toda luz espiritual, tanto se obstinan en no querer ver. Quiero hoy añadirte a

tales enseñanzas otra relativa a una vida extraña de ese ser que tienes ahí delante, precisamente tras las vidrieras de esa casa tristona de enfrente.

Y diciendo esto, la voz parecía querer revelarme algo muy raro: el misterio de un alma tras las paredes de la casa frontera. Los densos jirones de niebla que lamían la fachada como fantasmas, fueron desapareciendo, y una claridad brillante y suave cual la de la luna, parecía tender, por decirlo así, un puente encantado entre mis ojos y la casa aquella, cuyas paredes acabaron como por hacerse transparentes a mi mirada, dejándome ver con toda limpidez el interior de una habitación pequeña, como de un chalet suizo, con negruzcas paredes llenas de estantes con libros, manuscritos y arcaicos decorados. De pechos sobre una obscura mesa de nogal se veía un viejo mal encarado, un espectro casi, según lo amarillo y extenuado que se hallaba, con sus ojillos penetrantes y sus manos de marfil, escribiendo a la luz de la fúnebre lámpara, que apenas si servía para hacer más densas las tristezas y obscuridades de aquel pobre recinto.

Un instante después, al ir a hacer un movimiento involuntario como para ver mejor aquel cuadro, diría que todo él por entero, es decir, habitación, libros, espectro, etc., atravesando el puente de argentina luz astral que cruzaba la calle, se había trasladado frente a frente de mí hacia los pies de mi cama.

—Presta atento oído al rumor de esa pluma al rasgar el papel. — continuó diciéndome la voz misteriosa, tan distante y, sin embargo, tan cercana. —Así alcanzarás a saber por la pluma misma la más espeluznante y real de las historias de dolor que imaginarte puedes, olvidándote de tus propios sufrimientos y acortando las terribles horas de esta noche de insomnio. ¡Ensayá, pues! —añadió, repitiendo la tan conocida fórmula de cabalistas y rosacruces.

Ensayé, al punto, como se me ordenaba, concentrando toda mi atención en la imponente figura del anciano, quien parecía no darse ni cuenta de mi presencia. Al principio, el rasgueo de la pluma de ave de éste, me resultaba casi imperceptible, pero poco a poco fue haciéndose más claro y comprensible para mí, cual si aquel personaje de misterio estuviese relatando en alta voz aquello mismo que escribía. Pero no;

los labios de aquel espectro viviente no se desplegaban ni un instante para pronunciar la palabra más ínfima. La voz, por otra parte, era vaga, vacía, cual acentos de seres del otro mundo, y a cada letra y palabra un fulgor lívido y fosfórico parecía brotar bajo los puntos de la pluma, a la manera de un fuego fatuo, no obstante hallarse, quizá, el ser que delante tenía, a muchos miles de millas de Alemania, cosa nada infrecuente en el encantado misterio de la noche, cuando, en alas de nuestra mágica imaginación “aprendemos bajo los destellas de sidérea sombra el sublime lenguaje del otro mundo”, que lord Byron diría. Los clichés astrales de mis ojos y oídos internos se impresionaron de un modo indeleble con las frases aquellas, así que hoy no tengo sino copiarlas para transmitir las como las recibí, con riesgo de que las tornéis por una novela forjada de propósito, acerca de un personaje fantástico, cuyo verdadero nombre averiguar no pude.

Ora la aceptéis como realidad, ora la consideréis como cuento, espero, sin embargo, que ha de resultaros del más vivo interés.

La Historia del Extranjero

Nací en una aldeíta suiza; un grupo de míseras cabañas enclavado entre dos glaciares imponentes, bajo una cumbre de nieves perpetuas, y a ella, viejo de cuerpo y enfermo de espíritu, me he retirado desde hace treinta años, para esperar tranquilo, con mi muerte, el día de mi liberación... Pero aún vivo, acaso sólo para dar testimonio de hechos pasmosos sepultados en el fondo de mi corazón: itodo un mundo de horrores que mejor quisiera callar que revelar!

Soy un perfecto abúlico, porque, debido a mi prematura instrucción, adquirí falsas ideas, a las que hechos posteriores se han encargado de dar el mentís más rotundo. Muchos, al oír el relato de mis cuitas, las considerarán como absolutamente providenciales, y yo mismo, que no creo en Providencia alguna, tampoco puedo atribuirlos a la mera casualidad, sino al eterno juego de causas y efectos que constituyen la vida del mundo. Aunque enfermo y decrépito, mi mente ha conservado toda la frescura de los primeros días, y recuerdo hasta los detalles más nimios de aquella terrible causa de todos mis males ulteriores. Ello me

demuestra, bien a pesar mío, la existencia de una entidad excelsa, causa de todos mis males, entidad real, que yo desearía fuese tan sólo mera creación de mi loca fantasía... ¡Oh, ser maldito, tan terrible como bondadoso! ¡Oh, santo y respetado señor, todo perdón: tú, modelo de todas las virtudes, fuiste, no obstante, quien amargó para siempre toda mi existencia, arrojándome violentamente fuera de la égida monótona, pero segura y tranquila, de lo que llamamos vida vulgar; tú, el poderoso que, tan a pesar mío, me evidenciaste la realidad de una vida futura y de mundos por encima del que vemos, añadiendo así horrores tras horrores a mi mísero vivir!...

Para mostrar bien mi estado actual, tengo que interrumpir y detener la vorágine de estos recuerdos, hablando de mi persona. ¡Cuánto no daría, sin embargo, por borrar de mi conciencia ese odioso y maldito Yo, causa de todos nuestros males terrenos!

Nací en Suiza, de padres franceses, para quienes toda la sabiduría del mundo se encerraba en esa trinidad literaria del barón de D'Holbach, Rousseau y Voltaire. Educado en las aulas alemanas, fui ateo de cabeza a pies, y empedernido materialista para quien no podía existir nada fuera del mundo visible que nos rodea, y menos un ser que pudiese estar encima de este mundo y como fuera de él. En cuanto al alma, añadía, aún en el supuesto de que exista, tiene que ser material. Para el mismo Orígenes, el epíteto de incorporeus dado a Dios, sólo significa una causa más sutil, pero siempre física, de la que ninguna idea clara podemos formar en definitiva. ¿Cómo, pues, va ella a producir efectos tangibles? Así, no hay por qué añadir que miré siempre al naciente espiritualismo con desdén y asco, y casi con ira también las insinuaciones religiosas de ciertos sacerdotes, sentimientos que, a pesar de todas mis tristes experiencias, conservo aún.

Pascal, en la parte octava de sus Pensamientos, se muestra indeciso acerca de la misma existencia de Dios. “Examinando, en efecto, por doquiera si semejante Ser Supremo ha dejado por el mundo alguna huella de si mismo, no veo doquiera sino obscuridad, inquietud y duda completa...” Pero si bien en semejante Dios extracósmico jamás he creído, ya no puedo reírme, no, de las potencialidades maravillosas de

ciertos hombres de Oriente, que les convierten virtualmente en unos dioses. Creo firmemente en sus fenómenos, porque los he visto. Es más, los detesto y maldigo cualquiera que sea quien los produzca, y mi vida entera, despedazada y estéril, es una protesta contra tal negación.

Por consecuencia de unos pleitos desgraciados, al morir mis padres perdí casi toda mi fortuna, por lo cual resolví, más por los que amaba que por mí mismo, labrarme una fortuna nueva, y aceptando la propuesta: de unos ricos comerciantes hamburgueses, me embarqué para el Japón, en calidad de representante de la Casa aquella. Mi hermana, a quien idolatraba, había casado con uno de modesta condición.

El éxito más franco secundó a mis empresas. Merced a la confianza en mí depositada por amigos ricos del país, pude negociar fácilmente en comarcas poco o nada abiertas entonces a los extranjeros. Aunque indiferente por igual a todas las religiones, me interesó de un modo especial el budismo por su elevada filosofía, y en mis ratos de solaz visité los más curiosos templos japoneses, entre ellos parte de los treinta y seis monasterios budistas de Kioto: Day–Bootzoo, con su gigantesca campana; Enarino–lassero, Tzeonene, Higadzi–Hong–Vonsi, Kie–Misoo y muchos otros. Nunca, sin embargo, curé de mi escepticismo, y me burlaba de los bonzos y ascetas del Japón, no menos que antes lo hiciera de los sacerdotes cristianos y de los espiritistas, sin admitir la posibilidad más nimia de que pudiesen aquéllos poseer poderes extraños in estudiados por nuestra ciencia positiva. Ridículos en el más alto grado, además, me resultaban los supersticiosos budistas, buscando el hacerse tan indiferentes para el dolor como para el placer, por el dominio de las pasiones.

Un día fatal y memorable, entablé amistad con un anciano bonzo denominado Tamoorá Hideyeri. Con él visité el dorado Kwon–On, y de su gran saber aprendí no poco. No obstante, la devoción y afecto que por él sentía, no perdonaba nunca la ocasión propicia de burlarme de sus sentimientos religiosos; pero era de tan dulce condición como ilustrada, y a fuerza de buen budista, jamás se me mostró ofendido lo más mínimo por mis sarcasmos, limitándose a responder imperturbable: “Esperad, y veréis algún día”. Su privilegiada

mentalidad no podía creer que fuese sincero mi escéptico ateísmo, tan por encima de la creencia ridícula en un mundo invisible rechazado por la Ciencia y lleno de deidades y de espíritus malos y buenos. El apacible sacerdote me decía únicamente: “El hombre es un ser espiritual que es recompensado y castigado, alternativamente, por sus méritos y por sus culpas, teniendo por ello que volver, reencarnado, múltiples veces a la Tierra”. Contra aquellas célebres frases de Jeremy Collier de que somos meras máquinas ambulantes, simples cabezas parlantes y sin alma ni más leyes que las de la materia, argüía que si nuestras acciones estuviesen de antemano previstas y decretadas, sin que tuviésemos más libertad en ellas que la que tienen de detenerse las aguas de un río, la sabia doctrina del Karma, o de que cada cual recoge aquello que sembró, sería absurda. Así, pues, toda la metafísica de mi amigo se basaba en esta imaginaria ley, junta con la de la metempsícosis y otros delirios de este jaez.

–Después de esta vida material no podemos –dijo absurdamente mi amigo cierto día –vivir en el completo uso de nuestra conciencia sin habernos construido, por decirlo así, un vehículo, una sólida base de espiritualidad. Quien durante esta vida física, consciente y responsable, no ha aprendido a vivir en espíritu, no puede aspirar luego a una plena conciencia espiritual, cuando, privado de su cuerpo, tenga que vivir como mero espíritu.

–Pues, ¿qué entiende usted por vida como espíritu? –le pregunté.

–La vida es un plano puramente espiritual, el Jushitz Devaloka, o paraíso budista, por cuanto el hombre, mediante su cerebro animal y todas las facultades que desarrolla aquí en la Tierra, se labra ese elevadísimo estado celeste entre dos sucesivas existencias, transportando a ese plano de superior felicidad cuanto aquí abajo labró, mediante. el estudio y la contemplación.

–¿Qué le sucede al hombre que rehúsa la contemplación, es decir, que se niega a fijar su vista en la punta de su nariz, después de la muerte de su cuerpo? –le pregunté burlón.

–Que será tratado al tenor de aquel estado mental que en su conciencia prevaleció. En el caso mejor, tendrá un renacimiento

inmediato, y en el peor un Avitchi o infierno mental. No es preciso, sin embargo, hacerse un completo asceta: basta con esforzarse en aproximarse al Espíritu viviendo una vida espiritual; abriendo, aunque sólo sea por un momento, la puerta de nuestro Templo Interior.

–¡Sois siempre poético, aun en vuestras paradojas!, amigo mío –le respondí –¿Queréis explicarme un poco semejante misterio?

–No es ningún misterio, replicó– pero gustoso os responderé.– Suponed que el “plano espiritual” de que os hablo sea cual un templo en el que jamás pisasteis y cuya existencia, por tanto, creéis tener fundamento para negar, pero que alguien, compasivo, os toma por la mano, y conduciéndoos hacia la entrada, os hace mirar dentro un instante tan sólo. Por este mero hecho habréis establecido un lazo imperecedero con el templo. No podréis, desde aquel día, negar su existencia, ni el hecho de haber entrado en él, y según haya sido vuestro trabajo en él breve o largo, así viviréis en él después de la muerte.

–¿Pues qué tiene que ver mi conciencia post–mortem con semejante templo, aun en el falso caso de que la otra vida exista?

–¡Mucho! Después de la muerte– terminó diciendo el sabio anciano –no puede haber conciencia alguna fuera del Templo del Espíritu. Lo ejecutado en sus ámbitos es lo único que a vuestra muerte sobrevivirá, porque todo lo demás, como vano e ilusorio, está llamado a disolverse en el Océano de Maya o de la ilusión.

Como me chocaba, a fuerza de simple curioso, la peregrina y absurda idea de vivir fuera de mi cuerpo, disfracé mi escepticismo, y fingiendo interesarme por todo aquello, obligué a mi amigo a que continuase, engañado por completo respecto de mis intenciones.

Tamoorá Hideyeri servía en Tri–Onene, templo budista famoso no sólo en el Japón, sino en toda China y en el Tibet; no hay en Kioto otro tan venerado, y sus monjes, secuaces de Dzeno–doo, son tenidos por los mejores y los más sabios, entre aquellas fraternidades meritísimas, relacionadas a su vez con los ascetas o eremitas llamados Jamabooshi, discípulos de Lao–tse. Así se explican los altos vuelos metafísicos que, con ánimo de curarme mi ceguera mental, diese siempre mi amigo a

nuestra conversación, llevándome hacia sus enmarañadas doctrinas con sus peroratas, disparatadas a mi juicio, y sus ideas de espiritualidad, cuya práctica parece una verdadera gimnasia del plano espiritual.

Tamoorá había dedicado más de las dos terceras partes de su vida a la yoga o contemplación práctica, que le había dado las pruebas de que, una vez despojados los hombres de su cuerpo material con la muerte, vivían con plena conciencia en el mundo espiritual recogiendo el fruto centuplicado de sus acciones nobles y altos sentimientos, salario proporcionado, decía el asceta, al trabajo que se esforzaba aquí abajo en realizar.

–Pero, y si uno no hace más que asomarse al templo de la espiritualidad y retroceder, ¿qué le acontecerá después? –objeté con mi eterno escepticismo.

–Pues que en la otra vida no tendríais nada bueno que recordar, salvo aquel feliz instante, porque en dicha vida espiritual sólo se registran y viven las impresiones espirituales –respondió el monje.

–Entonces, antes de reencarnar aquí abajo, ¿qué me sucedería? –añadí burlonamente.

–Entonces –dijo, lento y solemne el sacerdote, con un aplomo severo que daba frío

–durante un período, que parecería una eternidad a vuestra angustia, no haríais sino repetir una y mil veces la acción de abrir y cerrar el templo con esa desesperante repetición de los temas de la calentura.

Semejante tarea que el buen hombre me asignaba *post-mortem*, me hizo soltar una carcajada. ¡Aquello era el colmo del absurdo! Pero mi amigo se limitó a suspirar, compasivo, añadiendo, así que yo le pedí perdones por mi sinceridad:

–No. Dicho estado espiritual después de la muerte no consiste en una repetición mímica y automática de lo realizado en la vida, sino el llenar y completar los vacíos de ella. Yo me he limitado a poner un ejemplo, incomprensible para vos, por lo que veo, de los misterios relativos a la Visión del Alma. Siendo entonces nuestro estado de

conciencia el goce final de cuantos actos espirituales hemos ejecutado en vida, cuando uno de éstos ha resultado fallido, no podemos esperar otra cosa que la repetición del acto mismo.

Y saludándome cortésmente, como buen japonés, el noble sacerdote se despidió de mí.

¡Ah, si me hubiera sido entonces posible el saber lo que después aprendí por dolorosa experiencia..., cuán poco me hubiera burlado de aquella enseñanza sapientísima!... Mas no, yo no podía creer a ojos cerrados en tamaños absurdos, y muy especialmente en que ciertos hombres elevados pudiesen adquirir poderes como sobrenaturales. Experimentaba una repulsión instintiva hacia aquellos eremitas o yamabooshi, protectores de todas las sectas budistas del Japón, – porque sus pretensiones milagreras me parecían el colmo de la necedad. ¿Quiénes podrán ser estos presuntos magos, de ojos bajos y manos cruzadas, esos “santos” mendigos, moradores extraños de montañas apartadas y escabrosas, inaccesibles hasta el punto de que a los simples curiosos acerca de su naturaleza les era imposible de todo punto llegar hasta ellas?... No podían ellos ser sino unos adivinos sin vergüenza, unos gitanos vendedores de hechizos, talismanes y brujerías.

Como se ve, mis insultos y mis odios alcanzaban por igual a maestros y a discípulos, porque conviene no olvidar que los yamabooshi, aunque no aceptan a los profanos cerca de ellos, a algunos, tras duras pruebas, los reciben como discípulos, quienes dan perfecto testimonio acerca de la sabiduría y de la pureza de su vida.

Mis desprecios no se detuvieron ni en los mismos sintos, es decir, en aquellos otros religiosos del Sin–Syu, o Sintoísmo, cuya divisa es la de “fe en los dioses y en el camino de los dioses”, porque practican un culto absurdo a los llamados “espíritus de la Naturaleza”. Así me capté no pocos enemigos, porque los Sinlo–kanusi, o maestros espirituales de este culto, pertenecen a la aristocracia japonesa, con el propio Mikado a su cabeza, y los secuaces del mismo constituyen el elemento más sabio de todo el Japón. No olvidemos que los kanusi, o maestros del Sintoísmo, no proceden de ordenación regular alguna conocida, ni forman casta aparte. Como jamás alardean de poseer poderes ni

privilegios que les eleven sobre los demás, y visten como los seculares pasando como meros estudiantes de las ocultas ciencias del espíritu, más de una vez tuve contacto con ellos sin sospechar siquiera su elevada categoría.

El Visitante Misterioso

Con el transcurso de los años, en lugar de mejorar, se agravó mi lamentable escepticismo. Mi hermana, que era toda mi familia en el mundo, se había casado, vivía en Nuremberg y sus hijos me eran queridos como si hijos míos fuesen. ¡Oh, y cómo amaba a aquella hermana mártir que antaño se sacrificó a sí misma y al hombre que se prestó a ayudar a mi padre en su vejez y darme a mí la educación debida...! Los que sostienen que ningún ateo puede ser ni súbdito leal, ni fiel pariente, ni amigo cariñoso, profieren la mayor de las calumnias. Es falso, sí, que el materialista se endurezca de corazón con los años, incapaz de amar, como dicen amar los –creyentes. Puede que ello sea verdad en algún caso, y que el positivista propenda a la vulgaridad y al egoísmo, pero el hombre bondadoso que se hace lo que suele llamarse ateo, no por motivos egoístas, sino por amor a la verdad, no hace sino fortalecer sus afectos hacia los hombres todos. Cuántas aspiraciones hacia lo desconocido dejan –de sentir; cuántas esperanzas se rechazan respecto de un cielo con su Dios correspondiente, se concentran, centuplicadas sin duda, en los seres amados y aun se extienden a la humanidad entera...

Un amor así fue el que me impulsó a sacrificar mi dicha para asegurar la de aquella santa hermana que había sido una madre para mí. Casi niño, partí para Hamburgo, donde luché con el ardor de quien trata de ayudar a sus seres queridos. Mi primer placer efectivo fue el de ver casada a mi hermana con el hombre a quien por mí había sacrificado, y ayudarles. Tan desinteresado era mi cariño hacia ellos y luego hacia sus hijos, que jamás quise constituirme por mi parte un hogar nuevo, pues el hogar de mi hermana, compuesto pronto de once personas, era mi iglesia única y el objeto de mis idolatrías. Por dos veces, en nueve años, crucé el mar con el solo fin de estrechar contra mi corazón a seres tan caros a mi amor, tornando en seguida al

extremo Oriente a seguir trabajando para ellos.

Desde el Japón mantuve siempre correspondencia con mi familia, hasta que un día la correspondencia quedó cortada por ésta, sin que pudiese Yo adivinar la causa. Durante todo un año estuve sin noticia alguna, esperando en vano día tras día y temiéndome alguna desgracia. Cuantos esfuerzos hice por saber de ella fueron inútiles.

–Mi buen amigo –me dijo un día mi único confidente Tamoorá – ¿por qué no buscáis el remedio a vuestras ansiedades consultando a un santo yamabooshi?

No hay por qué decir con qué desprecio rechacé la propuesta. Pero a medida que los correos de Europa se sucedían en vano, mi ansiedad se iba trocando en desesperación irresistible, que degeneró en una especie de locura. Era ya inútil toda lucha, y yo, pesimista a estilo Holbach, creyente en el aforismo de que la necesidad era el acicate para la dicha filosófica y el factor que más vigoriza a la humana flaqueza, me sentía vencido... Olvidando, pues, mi fatalismo frente a los ciegos decretos del destino, no podía resignarme. Mi conducta, mi temperamento eran ya muy otros que los de antaño, y, cual joven histérico, mil veces trataba mi mirada de sondear a través de los mares la verdadera causa de aquel enigma que me ponía ya al borde de la locura. Sí; un despreciable y supersticioso anhelo, me movía, bien a pesar mío, a desear conocer lo pasado y lo futuro...

Cierto día, al declinar el sol, mi amigo, el bonzo venerable, se presentó en mi barraca. Como hacía días que no nos veíamos, venía a informarse sobre mi salud.

–¿Por qué os molestáis en ello? –le dije sarcástico, aunque arrepintiéndome al punto de mi imprudencia –¿Teníais más sino consultar a un yamabooshi, que a distancia pueden verlo. y saberlo todo?

Ante tamaño ex abrupto, pareció un tanto ofendido el bonzo; pero, al contemplar mi abatido aspecto, replicó bondadoso que debería yo seguir su consejo de siempre, consultando acerca de mis torturas mentales a un miembro de aquella santa Orden.

–Desafío a cuantos se jactan de poseer poderes mágicos– le

repliqué, presa de retador desprecio –a que me adivinen en quién estaba yo pensando ahora y qué es lo que esta persona realiza en estos momentos.

A lo cual el imperturbable bonzo respondió:

–Nada más fácil: dos puertas por cima de mi casa se halla un santo yamabooshi visitando a un sinto que yace enfermo. Con sólo que pronunciéis una palabra afirmativa, os puedo conducir a su presencia augusta...

Y la palabra fue pronunciada, con lo cual quedó ya dictada mi sentencia cruel para mientras viva. ¿Cómo describir, en efecto, la escena que vino después? Baste decir que no habían transcurrido apenas quince minutos desde que acepté la propuesta del bonzo, cuando me vi frente por frente de un anciano alto, noble y extraordinariamente majestuoso, para ser de esa raza japonesa tan delgada, macilenta y minúscula. Allí donde pensé hallar una obsequiosidad servil, tropecé con ese tranquilo y digno continente característico del hombre que conoce su superioridad moral y mira con benevolencia la equivocación de aquellos que no alcanzan a reconocerla debidamente. A las preguntas irreverentes y burlonas que, necio, le hice, guardó silencio, mirándome de hito en hito cual mirarla un médico a un enfermo en su delirio, y yo, desde el instante mismo en que él fijó su escrutadora mirada en mis ojos, sentí, o vi más bien, un como delgado, y argentino hilo de luz, que, brotando de sus intensos ojos, penetraba buido en lo más recóndito de mi ser, sacando de mi corazón y de mi cerebro, bien a pesar mío, el secreto de mis más íntimos sentimientos y pensamientos. No cabía duda, aquel hombre imponente se adueñaba de todo mi ser, hasta el punto de serme aquello angustiosamente intolerable.

Esforzándome cuanto pude en romper la fascinación aquella, le incité a que me dijese qué era lo que había podido leer en mi pensamiento.

–Una ansiedad extremada por saber qué puede haberle ocurrido a su lejana hermana, a su esposo y a sus hijos –fue la respuesta exacta que me dio con toda tranquilidad aquel hombre–prodigio, añadiendo

detalles completos acerca de la morada de aquéllos.

Escéptico incurable, dirigí una mirada acusadora al bonzo, sospechando de su indiscreción; más al punto me avergoncé de mi sospecha sabiendo por un lado que los japoneses son esencialmente veraces y caballeros, y por otro, que Tamoorá no podía saber nada acerca de la disposición interior de la casa de mi hermana, cuya descripción exacta, sin embargo, acababa de darme el yamabooshi.

–El extranjero –respondió éste, al interrogarle de nuevo acerca del actual estado de mi inolvidable hermana –no se fía de palabras de nadie, ni de nada que él no pueda percibir por sí mismo. La impresión que en él pudiesen causar las palabras del yamabooshi acerca de aquélla, apenas duraría breves horas, dejándole luego tanto o más desgraciado que antes, por lo cual sólo cabe un remedio, y es el de que el extranjero vea y conozca la verdad por sí mismo. ¿Está, pues, dispuesto a dejarse poner en el estado requerido a todo yámabooshi, estado para él desconocido?

Al oír aquello, mi primera impresión fue, como siempre, la de la sonrisa escéptica. Aunque sin fe jamás en ellos, yo había oído en Europa hablar de pretendidos clarividentes, de sonámbulos magnetizados y otras cosas análogas, por lo que, desconfiado, presté, no obstante, mi silencioso consentimiento.

Magia Psíquica

Desde aquel instante procedió a operar el anciano yamabooshi. Alzó la vista al sol y al excelso Espíritu de Ten–dzio–dai–dzio que al sol preside, y hallándole propicio, sacó de bajo su manto una cajita de laca con un papel de corteza de morera y una pluma de ave, con la que dibujó sobre el papiro unos cuantos mantrams en caracteres naiden, escritura sagrada que sólo entienden ciertos místicos iniciados. Luego extrajo también un espejito redondo de bruñido acero, cuyo brillo era extraordinario, y colocándoselo ante los ojos, me ordenó que mirase en él.

Yo había oído hablar de semejantes espejos de los templos y hasta los había visto varias veces, siendo opinión corriente en el país que en

ellos, y bajo la dirección de sacerdotes iniciados, pueden verse aparecer los grandes espíritus reveladores de nuestro destino, o sean los daij–dzins, Por ello me supuse que el anciano iba a evocar con el espejo la aparición de una de tales entidades para que contestase a mis preguntas, pero lo que me aconteció fue hartamente diferente.

En efecto, tan pronto como tomé en mis manos el espejo abrumado por la angustia de mi absurda posición, noté como paralizados mis brazos y hasta mi mente, con aquel temor quizá con que tantos otros sienten en su frente el invisible aletazo de la intrusa.

¿Qué era aquella sensación tan nueva y tan contraria a mi eterno escepticismo, aquel hielo que paralizaba de horror todos mis nervios y aun la conciencia y la razón en mi propio cerebro? Cual si una serpiente venenosa me hubiese mordido el corazón, dejé caer el... – ¡me avergüenzo de usar el adjetivo!... – el espejo mágico, sin atreverme a recogerle del sofá sobre el que me había reclinado. Se entabló un momento en mi ser una lucha terrible entre mi indomable orgullo, mi ingénito escepticismo y el ansia inexplicable que me impulsaba a pesar mío a sumergir mi mirada en el fondo del espejo... Vencí mi debilidad un instante, y mis ojos pudieron leer en un librito abierto al azar sobre el sofá esta extraña sentencia: “El velo de lo futuro, le descorre a veces la mano de la misericordia.” Entonces, como quien reta al Destino, recogí el fatídico y brillante disco metálico, y me dispuse a mirar en él. El anciano cambió breves palabras con mi amigo el bonzo, y éste, acallando mis constantes suspicacias, me dijo:

–Este santo anciano le advierte previamente que si os decidís a ver mágicamente, por fin, en el espejo, tendréis que someteros luego a un procedimiento adecuado de purificación, sin lo cual –añadió recalcando solemnemente las palabras –lo que vais a ver lo veréis una, mil, cien mil veces y siempre contra toda vuestra voluntad y deseo.

–¿Cómo? –le dije con insolencia.

–Sí, una purificación muy necesaria para vuestra futura tranquilidad; una purificación indispensable, si no queréis sufrir constantemente la mayor de las torturas; una purificación, en fin, sin la cual os transformaríais para lo sucesivo en un vidente irresponsable

y desgraciado, y tamaña responsabilidad gravitaría sobre mi conciencia, si no os lo advirtiese así, del modo más terminante.

–¡Tiempo habrá luego de pensarlo! –respondí imprudentemente.

–¡Ya estáis al menos, advertido –exclamó el bonzo, con desconsuelo –y toda la responsabilidad de lo que os ocurra caerá únicamente sobre vos mismo, por vuestra terquedad absurda!

No pude ya reprimir mi impaciencia, y miré el reloj con gesto que no pasó inadvertido al yamabooshi: ¡eran, precisamente, las cinco y siete minutos!

–Concentrad cuanto podáis en vuestra mente sobre cuanto deseáis ver o saber– dijo el “exorcista” poniéndome el espejo mágico en mis manos, con más impaciencia e incredulidad que gratitud por mi parte. Tras un último momento de vacilación, exclamé, mirando ya en el espejo:

–Sólo deseo saber el por qué mi hermana ha dejado de escribirme tan repentinamente desde...

¿Pronuncié yo, en realidad, tales palabras, o las pensé tan sólo? Nunca he podido saberlo sólo sí tengo bien presente que, mientras abismaba mi mirada en el espejo misterioso, el yamabooshi tenía extrañamente fija en mí su vista de acero sin que jamás me haya sido dable poner en claro si aquella escena duró tres horas, o tres meros segundos. Recuerdo, sí, los detalles más nimios de la escena, desde que cogí el espejo con mi izquierda, mientras mantenía entre el pulgar y el índice de mi derecha un papiro cuajado de rúnicos caracteres. Recuerdo que, en aquel mismo punto, perdí la noción cabal de cuanto me rodeaba, y fue tan rápida la transición desde mi estado de vigilia a aquel nuevo e indefinible estado, que, aunque habían desaparecido de mi vista el bonzo, el yamabooshi y el recinto todo, me veía claramente desdoblado, cual si fuesen de otro y no mías mi cabeza y mi espalda, reclinadas sobre el diván y con el espejo y el papiro entre las manos...

Súbito, experimenté una necesidad invencible como de marchar hacia adelante, lanzado, disparado como un proyectil, fuera de mi sitio, iba a decir, necio, ¡fuera de mi cuerpo! Al par que mis otros sentidos se paralizaban, mis ojos, a lo que creí, adquirieron una

clarividencia tal como jamás lo hubiese creído...Me vi, al parecer, en la nueva casa de Nuremberg habitada por mi hermana, casa que sólo conocía por dibujos, frente a panoramas familiares de la gran ciudad, y al mismo tiempo, cual luz que se apaga o destello vital, que se extingue, cual algo, en fin, de lo que deben experimentar los moribundos, mi pensamiento parecía anonadarse en la noción de un ridículo muy ridículo, sentimiento que fue interrumpido en seguida por la clara visión mental de mí mismo, de lo que yo consideraba mi cuerpo, mi todo –no puedo expresarlo de otra manera –recostado en el sofá, inerte, frío, los ojos vidriosos, con la palidez de la muerte toda en el semblante, mientras que, inclinado amorosamente sobre aquel mi cadáver y cortando el aire en todas direcciones con sus huesosas y amarillentas manos, se hallaba la gallarda silueta del yamabooshi, hacia quien, en aquel momento, sentía el odio más rabioso e insaciable... Así, cuando iba en pensamiento a saltar sobre el infame charlatán, mi cadáver, los dos ancianos, el recinto entero, pareció vibrar y vacilar flotante, alejándose prontamente de mí en medio de un resplandor rojizo. Luego me rodearon unas formas grotescas, vagas, repugnantes. Al hacer, en fin, un supremo esfuerzo para darme cuenta de quién era yo realmente en aquel instante pues que así me veía separado brutalmente de mi cadáver, un denso velo de informe obscuridad cayó sobre mi ser, extinguiendo mi mente bajo negro paño funerario...

Una Visión de Horrores

¿Dónde estoy? ¿Qué me acontece?, me pregunté ansiosamente tan pronto como, al cabo de un tiempo cuya duración me sería imposible de precisar, torné a hallarme en posesión de mis sentidos, advirtiéndome, con sorpresa, que me movía rapidísimo hacia adelante, a la vez que experimentaba una rara y extraña sensación como de nadar en el seno de un agua tranquila, sin esfuerzo ni molestia alguna y rodeado por todas partes de la obscuridad más completa. Se diría que bogaba a lo largo de una inacabable galería submarina y llena de agua; de una tierra densísima, al par que perfectamente penetrable, o de un aire no menos sofocante y denso que la tierra misma, aunque ninguno de

aquellos elementos me molestase lo más mínimo en mi desenfrenada marcha de humano proyectil lanzado hacia lo desconocido..., mientras que aun sonaba el eco de aquella mi última frase: “deseo saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan prolongado silencio para conmigo que...” Pero de cuantas palabras constaba aquella frase, sólo una, la de “saber”, perduraba angustiosa en mi oído, viniendo a mí cual una criatura viviente que con ello me obsesionase.

Otro movimiento más rápido e involuntario, otra nueva zambullida en aquel tan informe como angustioso elemento, y heme aquí ya, de pie, efectivamente de pie, dentro del suelo, amacizado, por todos lados en una tierra compacta, y, que resultaba, sin embargo, de perfecta transparencia para mis perturbadísimos sentidos. ¡Cuán absurda, cuán inexplicable situación! Un nuevo instante de suprema angustia, y heme ahora ¡horror de horrores! con un negro ataúd tendido bajo mis pies; una sencilla caja de pino, lecho postrero de un desdichado que ya no era un hombre de carne, sino un repugnante esqueleto, dislocado y mutilado, cual víctima de nueva Inquisición, mientras la voz aquella, mía y no mía a la vez, repetía el eterno sonsonete postrero de “...saber las razones por las que...” sonando junto a mí, pero como proviniendo, no obstante, de la más apartada lejanía y despertando en mi mente la idea de que en todas aquellas intolerables angustias no llevaba empleado tiempo alguno, pues que estaba pronunciando, todavía las palabras mismas con las que en Kioto, al lado del yamabooshi, empezaba a formular mi anhelo de saber lo que a mi pobre hermana acontecía a la sazón.

Súbito, aquellos informes y repugnantes restos principiaron a revestirse de carne y como a recomponerse en el más extraño de los retornos retrospectivos, hasta reintegrar el aspecto normal de un hombre cuya fisonomía ¡ay! me era harto conocida, pues que resultaba nada menos que el marido de mi pobre hermana, a quien tanto había amado también; pero a quien, en medio de la mayor indiferencia, veía ahora destrozado como si acabase de ser víctima de un accidente cruel. –¿Qué te ha ocurrido, desdichado? –traté de preguntarle.

En el inexplicable estado en que yo me hallaba, no bien me formulaba mentalmente una pregunta cualquiera, la contestación se

me presentaba instantánea cual en un panorama retrospectivo. Vi, pues, así, en el acto y detalle tras detalle, todas las circunstancias que rodearon a la muerte de mi desdichado Karl, a saber: que el principal de la fábrica, en la que, lleno de robustez y de vida, él trabajaba, había traído de América y montado una monstruosa máquina de aserrar maderas; que éste, para apretar una tuerca o examinar el motor, había tenido un momento de descuido, y que había sido cogido por el juego del volante, precipitado, hecho trizas, antes de que los compañeros pudieran correr en su auxilio... ¡Muerto, triturado, transformado en horrible hacinamiento de carne y de sangre, que, sin embargo, no me causaba la emoción más ínfima, cual si de frío mármol fuese!

En mi macabra, aunque indiferente pesadilla, acompañé al cortejo funerario. Nos detuvimos en la casa de la familia y, como si se tratase de otro que no fuera yo, presencié impasible la escena de la llegada a ella de la espantosa noticia con sus menores detalles; escuché el grito de agonía de mi enloquecida hermana; percibí el sordo golpe de su cuerpo, cayendo pesadamente sobre los restos de su esposo, y hasta oí pronunciar mi nombre. Pero no se crea que lo percibía como de ordinario, sino mucho más intensamente, pues que podía seguir con la más impasible de las curiosidades indiscretas, el sacudimiento y la perturbación instantánea de aquel cerebro al estallar la escena; el movimiento vermiforme y agigantado de las fibras tubulares; el cambio fulgurante de coloración en el encéfalo y el paso de la materia nerviosa toda desde el blanco al escarlata, al rojo sombrío y al azul: un como relámpago lívido y fosfórico seguido de completa oscuridad en los ámbitos de la memoria, cual si aquella fulguración surgida de la tapa del cráneo, se ensanchase dibujando un contorno humano, duplicado, desprendido del inerte cuerpo de mi hermana, que se iba extendiendo y esfumando, mientras que yo me decía a mí mismo: “¡Esto es la locura, la incurable locura de por vida, pues que el principio inteligente, no sólo no está extinguido temporalmente, sino que acaba de abandonar para siempre el tabernáculo craneano, arrojado de él por la fuerza terrible de la repentina emoción...” “El lazo entre la esencia animal y la divina se acaba de romper”, me dije, mientras que al oír el término “divino” tan poco familiar en mí, “mi

Pensamiento” se echó como a reír... al par que seguían resonando como en el primer momento el final de mi inacabable frase... “saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan...”

Al conjuro de mi inacabable pregunta, la escena reveladora continuó. Vi a la madre, a mi propia hermana, convertida en una infeliz idiota en el manicomio de la ciudad, y a sus siete hijos menores en un asilo, mientras que mis predilectos, el chico, de quince años, y la chica mayor, de catorce, se ponían a servir como criados. El capitán de un buque mercante se llevaba a mi sobrino, y una vieja hebrea adoptaba a la pobre niña.

Yo seguía anotando en mi mente todos aquellos horripilantes detalles, con una indiferencia y una sangre fría pasmosas. La misma idea de “horrores” debe entenderse como algo ulterior, pues que yo no sentía, en verdad, horror alguno, ni durante toda la visión aquella experimenté la noción más débil de amor ni de piedad, porque mis sentimientos parecían paralizados, abolidos, al igual de mis sentidos externos... Sólo al volver en mí fue cuando pude darme cuenta en toda su enormidad de aquellas pérdidas irreparables, y por ello confieso que no poco de lo que siempre negaba obstinadamente, me veía a admitirlo, en vista de tamañas experiencias. Si alguien me hubiese dicho antes que el hombre podía actuar fuera de su cuerpo, pensar fuera de su cerebro y ser transportado mentalmente a miles de leguas de distancia de su carne por medio de un poder incomprensible y misterioso, al punto le hubiera deputado por loco, ¡y, sin embargo, este loco soy yo! Diez, ciento, mil veces durante el resto de mi miserable existencia, he pasado por semejante vida fuera de mi cuerpo. ¡Hora funesta fue aquella en que fue despertado en mí por vez primera tan terrible poder, pues ya ni el consuelo me queda de poder atribuir tales visiones de sucesos distantes a delirios de la locura!... Si un loco ve lo que no existe, mis visiones, ¡ay!, han resultado, por el contrario, infaliblemente exactas, para desgracia mía.

Pero sigamos con mi narración.

Apenas había visto a mi infeliz sobrina en su albergue israelita, cuando percibí un segundo choque de la misma naturaleza que el primero que me había lanzado y hecho bogar a través de las entrañas

de la Tierra. Abrí nuevamente los ojos y me hallé en el mismo punto de partida, fijando casualmente mi vista en las manecillas del reloj, que marcaban, ¡absurdo misterio! las cinco y siete minutos y medio... ¡Todas mis espantosas experiencias se habían desarrollado, pues, en sólo medio minuto!

Aun esta misma noción del brevísimo instante transcurrido entre el momento en que miré al reloj al tomar el espejo de manos del yamabooshi y aquel otro momento de medio minuto después, es también un pensamiento posterior. Iba ya a desplegar los labios para seguirme burlando del yamabooshi y de su experimento, cuando el recuerdo completo de cuanto acababa de ver fulguró cual vívido relámpago en mi cerebro. Un grito de desesperación suprema se escapó de mi pecho, y sentí como si la creación entera se desplomase sobre mi cabeza en un caos de ruina y desolación. Mi corazón presentía ya el destino que me aguardaba, y un fúnebre manto de tristeza cayó fatal sobre mí para todo el resto de mi vida...

El Regreso de las Dudas

Momentos después de lo que va referido, experimenté una reacción tan repentina como repentino fue mi pesar. Una formidable duda, un furioso deseo de negar lo que había visto, me asaltó, tratando de considerar el asunto como mero sueño insustancial y vano, hijo de mis nerviosidades y de mi exceso de trabajo. Sí, aquello no era sino un falaz espejismo, una estúpida ilusión sensitiva, una anormalidad de mi debilidad mental nacida.

–De otro modo –pensaba –¿cómo pude pasar revista a los horribles y distantes panoramas en simple medio minuto? Sólo en un sueño pueden darse tan por completo abolidas las nociones básicas del tiempo y del espacio. El yamabooshi nada tiene que ver con semejante pesadilla de horrores. Acaso no hizo sino recoger los propios clichés de mi cerebro perturbado; acaso, usando una bebida infernal, secreto de los de su secta, me ha privado del conocimiento unos segundos para sugerirme esta visión monstruosa. La teoría moderna relativa al ensueño y la rápida excitación de los ganglios cerebrales, son

explicación suficiente de cuantas anormalidades acabo de experimentar. ¡Fuera, pues, necios temores! ¡Mañana mismo partiré para Europa!

Este insensato monólogo le formulé en voz alta, sin el menor miramiento de respeto hacia el bonzo, ni siquiera hacia el yamabooshi que, hierático en su primera actitud, parecía leer tranquilo en mi interior con un silencio lleno de dignidad. El bonzo, por su parte, irradiando la más compasiva simpatía, se aproximó a mí cual lo hubiera hecho con un niño enfermo, y con lágrimas en los ojos, me dijo estrechándome las manos:

–Por lo que más améis, amigo mío, no dejéis la población sin antes ser purificado del impuro contacto con los dai–djín o espíritus inferiores, cuya intervención ha sido precisa para conducir a vuestra inexperta alma hacia la remota región que ansiabais ver. No perdáis, pues, el tiempo, hijo mío; cerrad la entrada de tan peligrosos intrusos hasta vuestro Yo Interior, y haced que para ello os purifique en seguida el santo Maestro.

Nada hay tan sordo a la razón como la cólera, una vez desatada. La “savia del raciocinio”, no podía, en aquel trance, “apagar el fuego de la pasión”, antes bien, caldeada al rojo blanco esta última, sentía ya efectivo odio contra el venerable anciano y no podía perdonarle su interferencia en el suceso. Así que, aquel dulce amigo cuyo nombre no puedo pronunciar hoy sin emocionarme, recibió la más acre y dura repulsa por sus frases, como protesta airada contra la idea de que yo pudiera llegar nunca a considerar la visión que había tenido sino como mero sueño, y como un gran impostor, por tanto, al yamabooshi.

–Partiré mañana, aunque en ello me fuese la vida –insistí furibundo.

–... Pero os arrepentiréis toda vuestra vida si antes no hacéis que el santo asceta haya cerrado una por una todas las entradas, hoy abiertas para los intrusos dai–djins, quienes, de lo contrario, no tardarán en dominaros por completo –siguió porfiando el bonzo.

No le dejé seguir, antes bien, brutal y despectivo, pronuncié no sé qué frases relativas a la paga que debía de dar al yamabooshi por su experiencia conmigo, a lo que el bonzo replicó con dignidad regia:

–El santo desprecia toda recompensa. ¡Su Orden es la más rica del mundo, dado que sus miembros, al hallarse por encima de todos los deseos terrenales, nada necesitan!...

–Y añadió: –No insultéis así al hombre compasivo que, por mera piedad hacia vuestros dolores, se prestó gustoso a libraros de vuestra mental tortura.

Todo en vano. El espíritu de la rebeldía se había adueñado de mí en términos que me era ya imposible el prestar oído a palabras tan llenas de sabiduría. Por fortuna, al volver la cabeza para seguir en mis ataques rabiosos, el yamabooshi había desaparecido.

¡Oh, y cuán estúpido era! Ciego a la evidencia, ¿por qué no reconocí el sublime poder del santo asceta? ¿Por qué no vi que al él desaparecer huía para siempre la paz de mi vida?... El fiero demonio del escepticismo, la incrédula negación sistemática de todo cuanto por mis propios ojos había visto, obstinándome, sin embargo, en creerlo necia fantasía, eran ya más poderosos que cualquiera otra fuerza de mi ser.

–¿Debo acaso creer, con la caterva de los supersticiosos y los débiles, que por encima de este mero compuesto de fósforo y otras materias hay algo que puede hacerme ver independientemente de mis sentidos físicos? me decía, añadiendo: –¿Nunca? El creer en los dai–djín de mi importuno amigo, equivaldría a admitir también las llamadas inteligencias planetarias, por los astrólogos, y el que los dioses del Sol y de Júpiter, de Saturno o de Mercurio y demás espíritus que guían las esferas de sus orbes, se preocupan también de los mortales. Tamaño absurdo de invisibles criaturas arrastrándome por el ámbito de sus elementos, es un insulto a la razón humana; un fárrago inadmisibles de locas supersticiones.

Así desvariaba yo ante el bonzo, pero, su paciencia, inalterable, superaba aun a mis furores, y una vez más insistió en que me sometiese a la ceremonia de la purificación, para evitar futuros eventos horribles.

–¡Jamás! –grité ya exasperado, y parafraseando a Richter añadí: – Prefiero morar en la atmósfera rarificada de una sana incredulidad, que en las nebulosidades de la necia superstición. Pero, como no

puedo prolongar mis dudas, partiré para Europa en el primer correo.

Semejante determinación acabó de desconcertar a mi bonzo.

–¡Amigo, de extranjera tierra! –exclamó –Ojalá no tengáis que arrepentiros tardíamente de vuestra ciega obstinación. ¡Que Kwan–Ou, el Santo Uno, y la Diosa de la Misericordia os protejan contra los djinsi, pues desde el momento en que rechazáis la purificación del yamabooshi, él es impotente para protegeros contra las malas influencias evocadas por vuestra incredulidad. ¡Permitid, al menos, en esta hora solemne, a un anciano que os quiere bien, que os enseñe algo que ignoráis aún! Sabed que, a menos que aquel venerable maestro que para aliviaros en vuestros dolores os abrió las puertas del santuario de vuestra alma, pueda, con la purificación, completar su obra, vuestra futura vida será tan espantosa que no merecerá la pena de vivirla. Abandonado así al poder de fuerzas poderosas, os sentiréis perseguido por ellas y acosado hasta la locura. Sabed que el peligroso don de la clarividencia, si bien se realiza por propia voluntad por aquellos para quien la Madre de Misericordia no tiene ya secretos, tratándose, por el contrario, de principiantes como usted, no puede lograrse sino por mediación de los djins aéreos, espíritus de la naturaleza, que, aunque inteligentes, carecen del divino don de la compasión, porque no tienen alma como nosotros. Nada tiene que temer, en verdad, de ellos, el arahat o adepto que ha sometido ya a semejantes criaturas, haciéndolas sus sumisos servidores, pero quien carece de tamaño poder, no es sino el esclavo de las mismas. Reprimid vuestro ignorante orgullo y vuestras ironías y sabed que durante visiones como la vuestra, el dai–djin tiene al vidente completamente bajo su poder, y este vidente, durante todo el tiempo de la visión astral no es él mismo, no es ya su propio e inmanente ser, sino que participa, por decirlo así, de la naturaleza de su guía, quien, en tales momentos en que así dirige su vista interna, guarda su alma en vil prisión, convirtiéndola en un ser como él, es decir, en un ser sin alma, desposeído de su divina luz espiritual, y, por tanto, careciendo a la sazón de toda emoción humana, tal como el temor, la piedad y el amor.

–¡Basta ya! –interrumpí exasperado, al recordar con estas últimas

palabras la indiferencia extraña con que, “en mi alucinación”, había presenciado la catástrofe de mi cuñado, la desesperación de mi hermana y su repentina locura –Si sabíais esto, ¿por qué me aconsejasteis experiencia tan peligrosa?

–Ella iba a durar tan sólo unos segundos, y mal alguno se hubiese derivado de ella si hubieseis cumplido vuestra promesa de someteros después a la purificación. Yo deseaba únicamente vuestro bien, porque mi corazón se despedazaba al veros sufrir día tras día, y no ignoraba que el experimento, dirigido por uno que sabe, es inofensivo, y sólo es peligroso cuando se desatiende aquella precaución. El “Maestro de Visión”, aquel que ha abierto una entrada en vuestra alma, es quien tiene luego que cerrarla, contra intrusiones ulteriores, con el sello de la Purificación.

–El “Maestro de Visión”: ¡decid más bien el Maestro de la Impostura!...

Tan dolorosamente intensa fue la expresión de pesar que se reflejó en el semblante del bonzo al escuchar este último insulto a su guía, que, levantándose y saludándome ceremoniosamente, se alejó de mí con estas sencillas palabras:

–¡Adiós, pues!

Parto, -pero no Solo

Pocos días después de la escena, me embarqué para Europa, sin volver a ver ya al buen bonzo. Sin duda estaba ofendido por mis impertinencias e insultos. ¿Qué furia extraña, en efecto, se apoderaba de mí y me obligaba, casi sin poderlo remediar, a insultar al santo asceta?... Sin duda, más que una fuerza exterior e insensible que me dominase, era mi amor propio escéptico el que así me impulsaba, y tan seguro me hallaba realmente acerca de las imposturas del yamabooshi, que de antemano saboreaba ya mi triunfo sobre él, al retornar entre los míos de allí a varias semanas, y hallarlos sanos y dichosos.

Mas, ¡ay!, no hacía una semana que me encontraba a bordo, cuando la venda incrédula comenzó a caer tardíamente de mis ojos.

Desde el día memorable de la experiencia del espejo, yo experimentaba en todo mi ser un cambio inexplicable, que en un principio achacaba a las preocupaciones acerca de los míos, con las que llevaba luchando varios, meses. Durante el día me encontraba abstraído, como embobado, perdiendo de vista por algunos minutos toda la realidad que me rodeaba. Mis noches eran intranquilas; mis ensueños tristísimos y hasta con horrores de angustiosas pesadillas. Aunque buen marino, y con tiempo extraordinariamente hermoso, sentía vagos mareos, y advertía de cuando en cuando que las caras familiares de los pasajeros adquirirían en tales momentos lar, más grotescas formas de caricatura. Así, cierta vez, Max Guinner, un joven alemán, a quien conocía de antaño, pareció transformado de repente en su anciano padre, a quien enterráremos tres años antes en el cementerio de nuestra colonia. Conversábamos sobre cubierta acerca del finado y de sus negocios, cuando la cabeza de Max se me antojó rodeada de una nebulosidad extraña y gris que, condensándose gradualmente en torno de su cara, sanota y colorada, la dió bien pronto toda la rugosa apariencia de aquel a quien antaño yo mismo diese tierra.

Otra vez, mientras que el capitán hablaba de un ladrón malayo, a cuya captura había contribuido, vi a su lado la repugnante y amarillenta cara del hombre a quien correspondía la descripción del marino, y aunque, por supuesto, guardé silencio respecto a tamañas alucinaciones creyéndolas debidas a las causas visibles que dice la Medicina, ello es que se iban haciendo más frecuentes de día en día.

Cierta noche me sentí despertar bruscamente por un penetrante grito de angustia... Era la voz de una mujer en el paroxismo de su desesperación impotente. Despertando, salté en una habitación que me era completamente desconocida, donde una adolescente, una niña casi, luchaba desesperadamente contra un hombre de mediana edad y de fuerzas hercúleas, que la había sorprendido mientras dormía, al par que detrás de la puerta, cerrada con llave, advertí una vieja haciendo la centinela, vieja en cuya cara infernal reconocí al punto a la judía que había adoptado a mi sobrinita, según viese en el ensueño de Kioto por las artes del yamabooshi. Al volver a mi estado normal y darme cuenta

de mi situación, caí en la cuenta, ¡oh desesperación cruel!, de que la víctima del brutal atropello no era otra que mi propia sobrina...

Ni más ni menos que en mi primera visión en Kioto, yo no sentía en mí esa compasión que nace de la simpatía hacia la desgracia de un ser amado, sino más bien una indignación varonil ante la afrenta infligida a una criatura desvalida. Así que me precipité fieramente en su socorro, asaltando el cuello de aquel ser lascivo y bestial; pero, no obstante mi esfuerzo rabioso, el hombre continuó como si yo no existiese. El rufián cobarde, exasperado ante la resistencia de la doncella, levantó irritado su brazo vigoroso y de un terrible puñetazo sobre los dorados bucles de su cabecita, la tendió en el suelo. Salté entonces sobre la lujuriosa bestia prorrumpiendo en un rugido de tigresa que defiende a sus cachorros, tratando de ahogarle entre mis garras; pero, horror de horrores. ¡Noté entonces, por primera vez, que aquel mi yo no era sino una vana sombra!

Mis imprecaciones y gritos despertaron a todos los pasajeros, quienes los atribuyeron a una pesadilla, así que no intenté confiar a nadie lo que me acontecía. Pero desde aquel infausto día, mi vida no fue ya sino una inacabable serie de torturas, porque, apenas cerraba los ojos, se me representaba con singular viveza el espantoso cuadro de dolores, desastres o crímenes pasados, presentes o futuros, cual si un demonio obseso se complaciese en ofrecerme el macabro panorama de todo cuanto de horripilante, bestial o maligno existe en este despreciable mundo. Nunca un destello de felicidad, hermosura o virtud descendió, en cambio, hasta la lóbrega cárcel de mi mental infortunio, sino lascivias, traiciones y crueldades sin fin, en inacabable calidoscopio, como consecuencia de las pasiones humanas desatadas doquier.

—¿Será todo esto —me dije al fin— el cumplimiento fatal del vaticinio de mi amigo el bonzo? ¿Estará mi alma real y efectivamente bajo el impío dominio de los crueles dai-djins?... Mas, no — me respondí al punto, tratando en vano de recobrar la tranquilidad perdida —Esto no es sino una pasajera anormalidad que cesará tan luego como me vea en Nuremberg y me convenza de lo infundado de mis absurdos temores. El hecho mismo de que mi imaginación no me ofrece sino

escenas macabras, me demuestra que ello carece de toda realidad – Pero entonces creí estar oyendo las palabras del bonzo, cuando me decía:

Dos planos únicos de visión tiene el hombre: el augusto plano del amor trascendente y las aspiraciones espirituales hacia una eterna Luz, y el tempestuoso mar de las pasiones humanas, en cuya luz inferior se bañan los descarriados dai–djins.

La Eternidad en un Sueño Corto

Antaño, las absurdas creencias de ciertas gentes respecto de los espíritus buenos y malos, me parecían incomprensibles, pero, a partir, ¡ay!, de las dolorosas experiencias de aquellos momentos, las comprendía ya.

Para robustecer, no obstante, mi incredulidad nativa, procuraba evocar en mi mente cuanto me era dable los recuerdos de mis lecturas antisupersticiosas: el juicioso razonar de Hume; las áticas mordacidades sarcásticas de Voltaire, y aquellos pasajes de Rousseau, donde llamaba a la superstición “la eterna perturbación de la sociedad”.–¿A qué afectarnos por las fantasmagorías del ensueño –me decía con ellos –cuando luego comprobamos su completa falsedad en la vigilia? ¿Por qué, como dijo el clásico, han de asustarnos con cosas que no son; nombres cuyo sentido no vemos?...

Un día en que el anciano capitán nos relataba supersticiosas historias marineras, un infatuado y pedante misionero inglés nos recordó aquella frase de Fielding de que “la superstición da al hombre la estupidez de la, bestia”, pero en el mismo instante que tal decía, le vi vacilar de un modo, extraño y detenerse bruscamente, mientras que yo, que había permanecido alejado de la conversación general, creí leer claramente en la aureola de vibrantes radiaciones que desde hacía muchos días percibía sobre todas las cabezas, las palabras con que Fielding concluía su proposición: “...y el escepticismo le torna loco”.

Había ya oído hablar muchas veces, sin admitirla, la afirmación de que quienes pretenden gozar del dudoso privilegio de la clarividencia ven los pensamientos de las personas presentes como retratados en su

propia aura. Yo ya, ¡absurda paradoja!, me veía dotado, en efecto, de la facultad desagradabilísima de poder comprobar por mí la exactitud del odioso hecho, agregando un nuevo conjunto de horrores a mi ridícula vida, y viéndome forzado a tener que ocultar a los demás dones tan funestos, cual si se tratara de un caso de lepra. Mi odio entonces hacia el yamabooshi y el bonzo no tuvo límites, pues aquél, sin duda alguna, había tocado con sus nefastas manipulaciones algún secreto resorte de mi cerebro fisiológico y puesto en acción alguna facultad de las ordinariamente ocultas en la constitución humana... ¡Y el maldito farsante japonés había introducido tal plaga en mí mismo!

De nada práctico me servía mi impotente cólera. Además, bogábamos ya en aguas europeas, y de allí a pocos días anclaríamos en Hamburgo, donde cesarían mis dudas y temores. Aun cuando la clarividencia pudiese existir en algún caso, tal como en la lectura de los pensamientos, lo de ver las cosas a distancia, según yo lo había soñado bajo la sugestión del yamabooshi, era demasiado admitir dentro de las humanas posibilidades... Pese a todos estos tristes razonamientos, mi corazón parecía decirme que me engañaba en ellos, sintiendo como si mi definitiva condenación se hallase próxima, con sufrimientos tan atrozadores, que intensificaban peligrosamente mi postración física y mental.

La noche misma de nuestra entrada en Hamburgo me asaltó un ensueño cruel. Me parecía que yo mismo me veía muerto; mi cuerpo yacía rígido e inerte, y al par que mi conciencia se daba cuenta de ello, parecía prepararse también a su extinción; más, como tenía aprendido que el cerebro, conservaba el calor vital durante unos minutos más que los órganos periféricos, aquello no me podía extrañar. Así, en el crepúsculo del gran misterio, al borde, ya sin duda, de la tenebrosa sima “que ningún mortal puede repasar una vez franqueada”; mi pensamiento, envuelto en los restos de una vitalidad que escapaba por instantes, se iba extinguiendo como una llama, y asistiendo al propio tiempo a su aniquilamiento, pero tornando mi “yo”, nota de aquellas mis últimas impresiones con el apresuramiento de aquel que sabe que va a caer el negro manto de la nada sobre su conciencia para tener el goce de sentir todo el gran triunfo de mis convicciones relativas a la

completa y absoluta cesación del ser...

Todo se iba obscureciendo por momentos en derredor mío. Enormes sombras, fantásticas e informes, desfilaban ante mi desvanecida vista; primero lentas, luego aceleradas, y, finalmente, girando vertiginosas en torno de mí, cual en terrible danza macabra, y una vez alcanzado su objeto de intensificar las tinieblas, abriendo un como indefinido ámbito de vacías e impalpables negruras; un insondable océano de eternidad, por el que, ilimitado, se deslizaba el tiempo, esa fantástica progenie del, hombre, sin que jamás alcance a acabarlo de cruzar...

No en vano ha dicho Catón que los ensueños no son sino el reflejo de todos nuestros temores y esperanzas. Como en estado de vigilia jamás he temido a la muerte, ante la evidencia de mi inminente afán me sentí tranquilo, hasta consolado de que el término de mis torturas mentales se avecindase. La angustia aquella mía se había ya tornado intolerable, y si, como dice Séneca, la muerte no es sino la cesación de todo cuanto fuésemos antes, valía más morir que no soportar durante tantos meses tamaña agonía.

–Mi cuerpo está ya muerto –me decía –y mi “yo”, mi conciencia, que es la que de mí queda por algunos momentos más, se prepara ya a seguirle; debilitándose mis percepciones mentales, se irán borrando segundo tras segundo, hasta que el anhelado olvido me envuelva por completo en su sudario. ¡Ven, pues, dulce y consoladora muerte; tu sueño sin ensueños es un puerto de paz y de refugio en medio de las borrascas de la vida...! ¡Dichosa, pues, la barca solitaria que a la ansiada orilla de la muerte me conduce! Allí, en su regazo eterno, descansaré por siempre, y tú, pobre cuerpo ¡adiós! ¡Gustoso te abandono, ya que me has dado más dolores que placeres en la vida!

Mientras yo entonaba este himno a la muerte libertadora, la examinaba al par con extraña curiosidad, no pudiendo menos de maravillarme, sin embargo, de que mi acción cerebral continuase siendo tan vigorosa. Mi cuerpo, desvanecido ante mi vista algunos segundos, reaparecía una y varias veces con su cadavérica faz... De improviso experimenté un violentísimo deseo de saber cuánto duraría el complicado proceso de mi disolución antes de que el cerebro, estampando su último sello, me dejase inerte. A través de las, para mí

transparentes, paredes de mi cráneo, podía contemplar y hasta tocar mi masa cerebral. ¿Con qué manos?, me es imposible el precisarlo; pero el contacto de su iría y viscosa materia, me producía profundísima impresión. Con un terror indecible, advertí que mi sangre se había congelado por completo, y que, alterada la íntima constitución de mis células cerebrales, se imposibilitaba ya en absoluto todo funcionamiento... Al par, la misma o mayor obscuridad me rodeaba impenetrable en todas direcciones; pero además, enfrente de mí, y fuese la que fuese la dirección de mi mirada, veía un gigantesco reloj circular; un disco, cuya cara enorme y blanca se destacaba de un modo siniestro sobre aquel oscuro marco que le rodeaba. Su péndola oscilaba con la acostumbrada regularidad a uno y otro lado, como si pretendiese divisar la eternidad, y las agujas señalaban ¡cosa bien extraordinaria!, las cinco y siete minutos, es decir, la hora precisa en que comenzase en Kioto mi tortura.

No bien noté esta terrible coincidencia, cuando, horrorizado del modo más pavoroso, me sentí arrastrado de idéntica manera que antaño; nadando, bogando veloz por debajo del suelo, en el mismo medio viscoso y paradójico. Así me vi otra vez ante la tumba, donde los despedazados restos de mi cuñado yacían; presencié luego, retrospectivamente, su muerte desdichada; la escena de la recepción de la noticia fatal por mi hermana, con el aditamento de su locura, todo sin perder el detalle más mínimo.

Para mayor espanto esta vez, ¡ay!, ya no estaba, acorazado en aquella tranquila indiferencia de roca con que viese la vez primera la escena, sino que mis torturas mentales, mi ansiedad, mi desesperación en medio de aquel ciclón de muerte, ya no tenían límites... ¡Oh, y cómo sufría aquel cúmulo de horrores infernales, con el añadido del peor de todos, que era la desesperada realidad de que mi cuerpo estaba ya muerto...!

No bien se hizo una leve pausa de alivio, torné a ver de igual modo la enorme esfera con sus manecillas colosales marcando ¡las cinco y siete y medio minutos! Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta exacta de tal cambio, la aguja empezó a moverse lentamente hacia atrás, deteniéndose en el séptimo minuto, para sentirme otra y

otra vez forzado a padecer sin término la repetición de los mismos horrores de bogar por el seno de la tierra y de presenciar la repetición exacta e implacable de las mismísimas escenas espantosas que parecían no terminar jamás...

Al propio tiempo mi conciencia parecía triplicarse, quintuplicarse, decuplicarse, pudiendo vivir y sentir en el mismo lapso de tiempo en media docena de sitios a la vez, desfilando ante mí múltiples sucesos de su vida en diferentes épocas y circunstancias de mi vida, pero predominando sobre todas mi experiencia espiritual de Kioto. A la manera de como en la famosa fuga del Don Juan, de Mozart, se destacan desgarradoras las notas de la desesperación de Elvira, sin que por esto se entrecrucen ni confundan con la melodía del minué, ni con el canto de seducción, ni con el coro, de la misma manera pasé una y mil veces, mezclada con las congojas de las demás escenas, por aquella indescriptible agonía de Kioto, y oía las inútiles exhortaciones del bonzo, al par que se me presentaban, sin con ello confundirse, múltiples recuerdos, ora de mi niñez o de mi adolescencia, ora de mis padres, ora, en fin, de aquel día memorable en que salvara a un amigo que estaba ahogándose y me burlaba de su padre, que me daba emocionado las gracias por haber así salvado “su alma”, no preparada sin duda aún para dar cuentas a “su Hacedor”. ¡Todo ello, por supuesto, en la conciencia más complicada y multiforme!

–¡Hablad, hablad de personalidades múltiples, vosotros los profesores de psicofisiología! –me decía en medio de aquella tortura que habría bastado a matar a media docena de hombres –¡Hablad vosotros, orgullosos, infatuados con la lectura de miles de libros... jamás podríais explicarme, no obstante, la sucesión de aquella horrorosa cadena real, al par que ensoñada, cuyo desfilarse parecía no tener fin. No, aunque se rebelase mi conciencia contra ciertas afirmaciones teológicas, negar no podía ya la realidad de mi Yo inmortal... ¿Cuál, es, pues, oh Misterio, tu insondable Realidad que de tal modo conduces, sin término conocido y con el cuerpo ya muerto, a nuestro pensamiento y nuestra imaginación? ¿Podrá, acaso, ser cierta esa doctrina de la reencarnación en la que tanto porfiaba el bonzo que creyese? ¿Por qué no, si cada año nace una nueva hoja y una nueva flor

de una misma y permanente raíz?...

En aquel punto, el fatídico reloj desapareció, mientras que la voz cariñosa del bonzo una vez más parecía repetir: “En el caso de que hayáis entreabierto sólo una vez la puerta del augusto Santuario de vuestra alma, tendréis que abrirla y cerrarla una y mil veces durante un periodo que, por más corto que sea, os parecerá una eternidad...”

Un instante después, la voz del bonzo era ahogada por multitud de otras voces en la cubierta. Anegado en un sudor frío, desperté. ¡Estábamos en Hamburgo!

Un Cuento de Aflicción

Mis socios de Hamburgo apenas pudieron reconocerme, itan enfermo, y cambiado estaba! Al punto partí para Nuremberg.

Media hora después de mi llegada a la ciudad de Nuremberg, toda duda relativa a la verdad de mi visión de Kioto había desaparecido. La realidad era, si cabe, peor que aquélla, y en adelante estaba fatalmente condenado a la vida más infeliz. Seguro podía estar de que, en efecto, había visto uno por uno todos los detalles de la tragedia desgarradora: mi cuñado destrozado por los engranajes de la máquina; mi hermana, loca y próxima a morir, y mi sobrina, la flor más acabada de la Naturaleza, deshonorada y en un antro de infamia; los niños pequeños muertos en un asilo, bajo una enfermedad contagiosa, y el único sobrino que sobrevivía, ausente de ignorado paradero. Todo un hogar feliz, aniquilado, quedando yo tan sólo como triste testigo de ello en este miserable mundo de desolación, deshonra y muerte. La brutalidad del choque, el peso horrendo del enorme desastre, me hizo caer desvanecido, pero no sin antes oír estas crueles palabras del burgomaestre:

–Si antes de partir de Kioto hubieseis teleografiado a las autoridades de la ciudad vuestra residencia y vuestra intención de regresar a vuestro país para encargarnos de vuestra familia, hubiéramos podido colocarla provisionalmente en otra parte, salvándolos as! de su destino; pero como todos ignorábamos que los niños tuviesen pariente alguno, sólo pudimos internarlos en el asilo donde por desgracia han

sucumbido...

Este era el golpe de gracia dado a mi desesperación. ¡Sí, mi abandono había matado a mis sobrinitos! Si yo, en vez de aferrarme a mis ridículos escepticismos, hubiese seguido los consejos del bonzo Tamoorá y dado crédito a la desgracia que por clarividencia y clariaudiencia me había hecho ver y oír el yamabooshi, aquello se hubiera podido evitar telegrafando a las autoridades antes de mi regreso. Acaso podría, pues, no alcanzarme la censura de mis semejantes; pero jamás podría ya escapar a las recriminaciones de mi propia conciencia, ni a la tortura de mi corazón en todos los días de mi vida. Allí fue, entonces, el maldecir mis pertinaces terquedades; mi sistemática negación de los hechos que yo mismo había visto, y hasta mi torcida educación. El mundo entero no había sabido darme otra...

Me sobrepuse a mi dolor, en un supremo esfuerzo, a fin de cumplir un último deber mío para con los muertos y con los vivos. Pero una vez que saqué a mi hermana del asilo e hice que viniese a su lado a su hija para asistirle en sus últimos días, no sin obligar a confesar su crimen a la infame judía, todas mis fuerzas me abandonaron, y una semana escasa después de mi llegada convertirme en un loco delirante atrapado bajo la garra de una fiebre cerebral. Durante algún tiempo fluctué entre la muerte y la vida, desafiando la pericia de los mejores médicos. Por fin venció mi robusta constitución, y, con gran pesar mío, me declararon salvado... ¡Salvado, sí, pero condenado a llevar eternamente sobre mis hombros la carga aborrecible de la vida, sin esperanza de remedio en la tierra y rehusando creer en otra cosa alguna más que en una corta supervivencia de la conciencia más allá de la tumba, y con el aditamento insufrible de la vuelta inmediata, durante los primeros días de la convalecencia, de aquellas inevitables visiones, cuya realidad ya no podía negar, ni considerarlas de allí en adelante como “las hijas de un cerebro ocioso, concebidas por la loca fantasía”, sino la fotografía de las desgracias de mis mejores amigos! ¡Mi tortura era, pues, la del Prometeo encadenado, y durante la noche una despiadada y férrea mano de hierro me conducía a la cabecera de la cama de mi hermana, forzado a observar hora tras hora el silencioso desmoronarse de su gastado organismo, y a presenciar, como si dentro

de él estuviese, los sufrimientos de un cerebro deshabitado por su dueño, e imposibilitado reflejar ni transmitir sus percepciones. Aún había algo peor para mí, y era el tener que mirar durante el día el rostro inocente e infantil de mi sobrinita, tan sublimemente pura en su misma profanación, y presenciar durante la noche, con el retorno de mis visiones, la escena, siempre renovada de su deshonra... Sueños de perfecta forma objetiva, idénticos a los sufridos en el vapor, y noche tras noche repetidos...

Algo, sin embargo, se había desarrollado nuevo en mí, cual la oruga que, evolucionando en crisálida, acaba por transformarse en mariposa, el símbolo del alma; algo nuevo y trascendental había brotado en mi ser de su antes cerrado capullo, y veía ya, no sólo como en un principio y por consecuencia de la identificación de mi naturaleza interna con la del dai-djin obsesor, sino por el espontáneo desarrollo de un nuevo poder personal y psíquico que aquellas infernales criaturas trataban de impedir, cuidando de que no pudiese ver nada elevado ni agradable. Mi lacerado Corazón era fuente ya de amor y simpatía hacía todos los dolores de mis semejantes, cual si un corazón nuevo fluyese fuera del corazón físico, repercutiendo fuertemente en mi alma separada del cuerpo. Así, ¡infeliz de mí!, tuve que apurar hasta las heces del sufrimiento por haber rechazado en Kioto la purificación ofrecida, purificación en que tardíamente creía ya, bajo el insoportable yugo de dai-djin.

Poco falta de mi triste historia. La pobre mártir de mi hermana loca, falleció, al fin, víctima de la tisis; su tierna hija no tardó en seguirla. En cuanto a mí, ya era un anciano prematuro de sesenta años, en lugar de treinta. Incapaz de sacudir mi yugo, que me mantenía tan al borde de la locura, tomé la resolución heroica de tornar a Kioto, postrarme a los pies del yamabooshi, pedirle perdón por mi necedad y no separarme de su lado hasta que aquel espíritu infernal que yo mismo había evocado, y del que mi incredulidad me impidió el separarme, fuese ahuyentado para siempre...

Tres meses después, me vi nuevamente en mi casa japonesa al lado del venerable bonzo Tamoorá Hideyeri, para que me condujese, sin perder un momento, a la presencia del santo asceta... La respuesta del

bonzo me llenó de estupor. ¡El yamabooshi había abandonado el país sin que se supiese su paradero y, según su costumbre, no tornaría al país hasta dentro de siete años!

Ante tamaño contratiempo fui a pedir ayuda y protección a otros santos yamabooshis, y aun cuando sabía hartos bien que en mi caso era inútil el buscar otro Adepto eficaz que me curase, mi venerable amigo Tamoorá hizo cuanto pudo por remediar mi desgraciada situación. ¡Todo en vano!; aquel gusano roedor amenazaba siempre acabar con mi razón y con mi vida. El bonzo y otros santos varones de su fraternidad me invitaron a que me incorporase a su instituto, diciéndome:

–Sólo el que evocó sobre vos el dai–djin es quien tiene el poder de ahuyentarlo. ¡Interin llega, la voluntad y la firme fe en los nativos poderes inherentes a nuestra alma es la que os puede servir de lenitivo. Un “espíritu” de la perversión de éste puede ser desalojado fácilmente de un alma en un principio, pero si se le deja apoderarse de ella, como en vuestro caso, se hace punto menos que imposible el desarraigar a tamaño ente infernal, sin poner en gran peligro la vida de la víctima.

Agradecido, acepté lo que aquellos piadosos varones me proponían. No obstante el demonio de mi incredulidad, tan arraigada en mi alma como el propio dai–djin, me esforcé en no perder aquella mi última probabilidad de salvación. Arreglé, pues, mis negocios comerciales. A pesar de mis pérdidas, me vi sorprendido con que poseía una regular fortuna, aunque las riquezas, sin nadie con quien compartirlas, ya no tenían atractivo alguno para mí, porque, con el gran Lau–tze, había ya aprendido que el conocimiento, la distinción entre lo que es real y lo que es ilusorio, es el áncora de salvación contra los embates de la vida. Asegurada una pequeña renta, abandoné el mundo e me incorporé al discipulado de “los Maestros de la Gran Visión”, en un retiro tranquilo y misterioso, donde, en soledad y silencio, llevo sondados mil hondos problemas de la ciencia y de la vida, y leído numerosos volúmenes secretos de la biblioteca oculta de Tzionene, mediante lo que he logrado el dominio sobre ciertos seres del mundo inferior. Pero no pude conseguir el gran secreto del señorío sobre los funestos dai–djin.

La clave sobre tan peligroso elemental sólo es poseída por los más altos iniciados de aquella Escuela de Ocultismo, pues hay que llegar antes a la suprema categoría de los santos yamabooshis. Mi eterno y nativo escepticismo era siempre un obstáculo para grandes progresos, y así, en mi nueva situación serenamente ascética, los consabidos cuadros se reproducían de cuando en cuando sin que lo pudiese evitar, por lo que convencido de mi ineptitud para la condición sublime de un Adepto ni de un Vidente, desistí de continuar. Sin esperanzas ya de perder por completo mi don fatal, regresé a Europa, confinándome en este chalet suizo, donde mi desgraciada hermana y yo hemos nacido, y donde escribo.

–Hijo mío –me había dicho el noble bonzo –no os desesperéis. Considerad como una mera consecuencia de vuestro karma lo que os ha sucedido. Ningún hombre que voluntariamente se haya entregado al señorío de un dai–djin puede esperar nunca el alcanzar el estado de yamabooshi, Arahat o Adepto, a menos de ser purificado inmediatamente. Al igual de la cicatriz que deja toda herida, la marca fatídica de un dai–djin no puede borrarse jamás de un alma hasta que ésta sea purificada por un nuevo nacimiento. No os desalentéis, antes bien, resignaos con vuestra desgracia que os ha conducido más o menos tortuosamente a adquirir ciertos conocimientos transcendentales, que de otro modo habríais despreciado siempre. De tamaño conocimiento no os podrá despojar nunca el más poderoso dai–djin. ¡Adiós, pues, y que la gran Madre de Misericordia os conceda su protección augusta y su consuelo...!

Desde entonces, mi vida de estudioso anacoreta ha hecho mucho más tardías mis visiones; bendigo al yamabooshi que me sacara del abismo de mi materialismo primitivo, y he mantenido la más fraternal de las correspondencias con el bonzo Tamoorá Hindeyeri, cuya santa muerte, gracias a mi funesto don, tuve el privilegio de presenciar a tantos miles de leguas, en el instante mismo en que ocurría.

Extraído del libro: Narraciones Ocultistas y Cuentos Macabros por Helena P. Blavatsky.